

OLIVIA KISS

¡MI HERMANASTRO ES UN HIGHLANDER!



¡Mi hermanastro es un highlander!

Olivia Kiss

Índice

[Sinopsis](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[Epílogo](#)

Sinopsis

Samantha no puede creerse en lo que se han convertido sus vacaciones. Todo empezó con la enésima locura de su madre, que había decidido casarse por cuarta vez en Escocia. Unos días de desconexión en Edimburgo, aprovechando la ceremonia, no le parecieron a Samantha una mala idea, pero... nada estaba saliendo como esperaba. Para empezar, la residencia de su futuro padrastro no está exactamente en la ciudad, así que la urbanita Samantha se ve obligada a pasar dos semanas en un castillo perdido en medio de las Highlands. Y además... se encuentra con un recibimiento no precisamente amistoso de su futuro hermanastro.

A Doug le gustan la naturaleza, los animales y la tranquilidad de su castillo. No soporta la idea de tener que distraer durante dos semanas a su nueva hermanastra norteamericana, que parece odiar todo lo que a él le encanta.

¿Será verdad eso de que los polos opuestos se atraen?

¿Pueden dos semanas en Escocia cambiar la vida de Samantha?

¿Será capaz Doug de continuar con la suya cuando ella vuelva a Estados Unidos?

1

Samantha resopló —por octava vez aquella tarde— cuando por la megafonía del avión informaron de que estaban a punto de atravesar una zona de turbulencias. Aún no entendía qué diablos estaba haciendo en aquel avión. Cómo se había dejado convencer para atravesar el Atlántico para asistir a la enésima locura de su madre en los últimos siete años. Más en concreto... a la tercera boda de su madre en los últimos siete años.

A Samantha le costaba identificar a la mujer que ocupaba el asiento contiguo al suyo con la madre que la había criado durante los primeros dieciséis años de su vida. Connie Ross había sido una mamá de película. Literalmente. De esas que se utilizan como tópico en el cine y las series de televisión. Horneaba galletas para las fiestas escolares, era la presidenta de la Asociación de Padres, llevaba a Samantha tres días a la semana al entrenamiento de gimnasia rítmica y estaba, además, siempre de buen humor. Y guapa. Muy guapa, también.

Cuando a Samantha le quedaban un par de años para acabar el instituto y matricularse de Arquitectura en Harvard, su madre dio la sorpresa. Se había enamorado de su profesor de salsa y quería el divorcio. Samantha y su padre se quedaron tan impactados que tardaron algunas horas en darse cuenta de que no era una broma. Y si a Samantha alguien le hubiera preguntado si prefería quedarse a vivir con su padre o marcharse con su madre... estaba segura de que habría elegido permanecer en la vivienda familiar, en la que había crecido, junto a su padre, que era un hombre formal pero divertido, un arquitecto de prestigio cuyos pasos soñaba seguir su única hija. Pero es que nadie le dio opción. Connie, según sus propias palabras, quería «recuperar todos estos años perdidos». Seguramente su intención no era mala al decir aquello, incluso Samantha entendía en parte a qué se refería, pero... tardó años en perdonarla.

Irse a la universidad fue una liberación. Su padre había quedado destrozado después del divorcio, perdido sin la presencia del amor de su vida. Además de que ni siquiera sabía dónde guardaba los calcetines. Cuando Samantha comprobaba su inutilidad doméstica, a veces tenía tentaciones de comprender a su madre. Pero se le pasaban pronto. Ella se convirtió en la sustituta de su madre al frente de la casa, a pesar de que solo era una adolescente cuando aquella responsabilidad le cayó sobre los hombros.

Pero todo compensó cuando se fue a Harvard. Allí vivió un año en una residencia de estudiantes, donde conoció a Amy y Lisa, que a partir del segundo curso se convirtieron en sus compañeras de piso. En Harvard estudió mucho, pero también disfrutó, aprendió bastante sobre la vida y acabó de definir lo que quería hacer con su futuro: regresar a Nueva York, entrar a trabajar en el estudio de su padre y utilizar el fideicomiso de su abuela para comprarse un apartamento bonito en Manhattan. Acababa de cumplir los veintitrés, pero nadie podía negarle que el resto de su vida estaba perfectamente planificado.

—¿De verdad no quieres una copa de champán? —Connie la distrajo de sus pensamientos —. ¡Es gratis! Edward se ha portado fenomenal pagándonos el pasaje en primera clase, ¿no crees?

—De maravilla —le respondió, con una mueca sarcástica. Sus dos maridos anteriores también habían sido «fantásticos» hasta que dejaron de serlo—. Pero no bebo, mamá, no sé cuántas veces tengo que decírtelo.

—¿Ni siquiera cuando es gratis?

Samantha miró a su madre durante unos segundos. Retuvo en la punta de su lengua una respuesta mordaz y se limitó a contestar con un resoplido, coger la almohada que la azafata le había dado al entrar en el avión y recostarse contra la ventanilla. Sabía que no dormiría —nunca

lo lograba en los aviones—, pero fingiría si hacía falta durante las seis horas que aún restaban para aterrizar en Edimburgo.

Samantha había asistido a la segunda boda de su madre, la primera después de dejar a la familia. Había sido con aquel bailarín cubano y la celebración no había estado mal, pero el matrimonio duró exactamente diecisiete días. Así, al modo de las famosas que se casan en Las Vegas en una locura de amor. Cuando, dos años después, le comunicó que volvía a casarse, Samantha alegó un examen importantísimo en la facultad y se saltó el trance de volver a ver a su madre haciendo el ridículo. Y aún no sabía cómo había logrado convencerla para asistir a esa tercera boda. Desde luego, si hubiera sabido antes de aceptar que la boda se celebraría al otro lado del mundo, su respuesta habría sido un rotundo «no».

Qué se le había perdido a ella en Edimburgo, se preguntaba Samantha mientras aquel avión se meneaba de un lado a otro en su vuelo sobre el Atlántico. A ella ni siquiera le gustaba Europa. Samantha era cuadrículada, en todos los sentidos posibles del término. Le gustaban las cosas ordenadas, las ciudades como Manhattan, que componen una cuadrícula perfecta sobre el suelo. Ella misma aseguraba que era capaz de atravesar las doce avenidas con los ojos cerrados, sabiendo los pasos exactos que separaban una manzana de otra. Había viajado en sus años de estudiante y no había logrado enamorarse de París, Londres ni Roma como lo habían hecho sus amigas. No le gustaban sus callejuelas estrechas, los incómodos adoquines, la piedra envejecida. Ella habría construido el mundo entero en madera clara, acero y cristal. En blanco, negro y gris. Había leído algo sobre Edimburgo cuando se había enterado de que la boda se celebraría allí. Se había emocionado un poco al saber que la ciudad se dividía en la Ciudad Vieja y la Ciudad Nueva, pero su gozo había caído directo al pozo de la desilusión europea al descubrir que la Ciudad *Nueva* databa del siglo XVIII. ¿Pero de cuándo era la Vieja, entonces? ¿De la Prehistoria?

—¿Sabes en qué barrio está nuestro hotel? —le preguntó a su madre en cuanto su iPad consiguió conectarse a la wifi del avión. No tenía sentido seguir fingiendo que dormía si podía dedicar un rato a navegar por internet.

—¿Hotel? —Su madre estalló en una carcajada—. ¿Qué hotel?

—El hotel en el que nos alojaremos, mamá. ¿Qué hotel va a ser?

—¿Pero tú te crees que Edward va a permitir que nos alojemos en un hotel? ¡Nos quedaremos en su casa!

—No, no, no, no. —Una migraña. Eso estaba naciendo en las sienas de Samantha mientras iba recibiendo nuevas informaciones sobre el viaje. La entrega de su proyecto final de máster la había tenido demasiado distraída en las semanas anteriores y no había podido supervisar todos los detalles con el celo habitual en ella—. Yo no me voy a alojar en casa de un hombre al que apenas conozco. Dime ahora mismo la zona en la que está su casa y busco un hotel cercano.

—Espera que lo busco. —Connie abrió su agenda y leyó—: Clashindarroch.

—¿Clashindarroch? ¿Eso es la calle?

—Debe de ser.

Samantha hizo una búsqueda en su *tablet*. Y después otra. Y otra más. A la cuarta se convenció de que no fallaba Google, sino la información que le había proporcionado su madre.

—Según Google, Clashindarroch es un pueblo a unas tres horas en coche de Edimburgo.

—Ah, sí, claro. Donde está el castillo.

—¿Qué castillo? —A Samantha le costaba dilucidar si su madre se había pasado con el champán o, simplemente, era así.

—El castillo donde se celebrará la boda.

—¿¿Vais a casaros a tres horas de donde nos alojamos?? ¿Pero a qué hora vamos a tener

que levantarnos?

—No entiendes nada. —Connie puso los ojos en blanco, como si no fuera ella la de la información deficiente, sino Samantha a la que le costaba pillarlo—. El castillo es la casa de Edward. Bueno, no la de él exactamente, sino la de su familia, desde hace algo así como tres o cuatro siglos. Él ahora vive en Edimburgo en un apartamento, pero quiso que la boda se celebrara allí porque...

—Mamá, para. —Samantha no quería gritar. Ella nunca gritaba. Mucho menos, en un avión—. ¿Me estás diciendo que Edward y tú os casáis en un castillo en las Highlands, y que es allí donde habíais pensado que nos alojáramos?

—¡Claro! ¿Qué no has entendido?

Samantha se negó a contestar. Si las ciudades europeas no eran su fuerte, desde luego, los pueblos perdidos en medio del campo eran algo parecido a su idea del infierno. Cogió su iPad de nuevo y tecleó con tanta furia que tuvo miedo a cargarse la pantalla con una de sus uñas de manicura perfecta. Esa sí sería una desgracia difícil de soportar.

—¿Y qué estás haciendo ahora?

—Buscar un hotel en Clashinro... Clashdan... Clashindarroch. O como coño se llame ese lugar perdido del mundo.

—Buena suerte.

El tono irónico y la carcajada seca de Connie podrían haberle dado una pista a Samantha de que su búsqueda no iba a ser tan sencilla, pero ni siquiera le estaba prestando atención, en medio de su frenesí de búsqueda de alojamiento.

—Mierda de wifi... —Samantha no solía decir palabrotas; esa era una de las muchas normas que se autoimponía, pero no pudo evitarlo cuándo actualizó por cuarta vez la página de búsqueda de hoteles y los resultados seguían saliendo en blanco.

—¿Qué pasa?

—No me carga los hoteles del pueblo ese.

—Es que no hay hoteles —dijo Connie, como si tal cosa.

—¿Qué?

—Que no hay ningún hotel en Clashindarroch.

—¿Cómo no va a haber...?

—Es un pueblo de unos sesenta habitantes. El hotel más próximo está a un buen trecho en coche y es en realidad un *bed and breakfast* sin baño en la habitación siquiera. Créeme, Edward se informó de todo para alojar a los invitados de la mejor manera posible. Los más cercanos se alojarán con nosotros en el castillo y algunos otros en Inverness y llegarán en un autobús a primera hora de la mañana del día de la boda.

—Pues...

—Y no, no quedan plazas ni en ese hotel ni en el autobús.

—Maldita sea...

Samantha dijo «maldita sea» como resumen. Lo que en realidad habría querido decir era la versión completa: «Maldito sea el día en que acepté venir a esta boda». La había enternecido su madre en una visita que le hizo al campus. Llevaba ya dos años de relación con Edward cuando él le pidió matrimonio y, por una vez, parecía que aquello iba en serio. Hasta Samantha tenía que reconocer que no se podía comparar a las dos anteriores experiencias matrimoniales de Connie. Incluso Edward había aparecido por sorpresa al día siguiente para entregarle en persona el precioso tarjetón —color marfil, tipografía clásica, letras doradas, un elegante filo de estampado de tartán— a través del cual la invitaban a acompañarlos en el día más importante de sus vidas.

Así lo había dicho él.

Y allí estaba, en aquel maldito avión que no dejaba pasar ni una sola turbulencia. No le sonaba apetecible cuando creía que estaba volando a Edimburgo. Empeoraba bastante si pensaba en un pueblo de las Highlands, un castillo lleno de desconocidos y una boda que solo podía cruzar los dedos para que fuera la última a la que asistiera. Al menos, con su madre como protagonista.

Sabía que no iba a dormir, pero Samantha se acurrucó de nuevo en su almohada de viaje. De repente, volvía a sentirse como una niña pequeña, enfurruñada, triste y con unas ganas enormes de estar de vuelta en su cama, rodeada de sus cosas. En el medio de su zona de confort, su lugar favorito del mundo.

Doug dio otro golpe de hacha y el sonido sordo de la madera partiéndose provocó eco en el patio interior del castillo. Eran apenas las siete de la mañana, pero hacía ya más de una hora que estaba cortando leña. Su padre se había empeñado en encargarse personalmente del ganado aquella mañana, así que a él le habían quedado un montón de horas libres por delante que necesitaba llenar con algo. Después del almuerzo se acercaría a comprobar que todo estuviera en orden en los cercados, porque su padre podía ser un McDougall, pero hacía demasiados años que vivía en la ciudad y Doug no estaba muy seguro de que supiera hacerse cargo del día a día del castillo.

Doug miró a su alrededor y resopló. Adoraba aquel castillo. Era su lugar favorito del mundo. Era su *único* lugar en el mundo. Había vivido allí hasta los doce años, hasta que todo su mundo se había derrumbado. Y después de aquello, siguió pasando todos los veranos y vacaciones escolares en aquel lugar perdido de la mano de Dios. Odió vivir en Edimburgo, por más que su padre se hubiera esforzado por que solo lo rodearan comodidades. Odió pasar su adolescencia en el internado, por más que allí había hecho amigos que casi se convirtieron en hermanos y con los que seguía en contacto más de una década después. Y odió los cuatro años de universidad en Saint Andrews, aunque allí aprendió cosas que no siempre formaban parte del currículum escolar. No respiraba igual en ningún otro lugar del mundo. Respiró mal, muy mal, los tres años en que ejerció como abogado en Edimburgo, en el bufete de su padre. Y no recuperó del todo el aliento hasta que, a los veinticinco, decidió dejarlo todo y volver al norte. No quería volver a perderlo.

Aquel castillo había pertenecido a su familia desde los tiempos de los clanes. Habían vivido allí generación tras generación, llevando con orgullo el apellido familiar incluso en los tiempos difíciles. En los tiempos modernos, hacía falta mucho esfuerzo para mantenerlo en pie. Los gastos eran enormes, los campos no siempre daban beneficios suficientes para subsanarlos y, si quería tener a los animales en buen estado, las inversiones debían ser constantes. Había sido una auténtica locura dejar un sueldo de seis ceros en la ciudad para regresar allí y ponerse al mando de su patrimonio familiar, pero... ni una sola vez en cuatro años Doug se había arrepentido de ello.

Era egoísta con el castillo. Aunque su legítimo dueño era aún su padre, él lo sentía muy suyo. La idea de que, a lo largo de las siguientes dos semanas, fuera a llenarse de gente lo ponía de los nervios. Todo empezaría con sus futuras madrastra y hermanastra, que llegarían esa misma tarde desde América. Doug soltó un bufido ante la sola mención de ese lugar. Había estado dos veces en Estados Unidos y no había conseguido que nada, absolutamente nada de ese país le pareciera atractivo. Las ciudades deshumanizadas, los edificios que mostraban prepotencia con su altura, los ciudadanos convencidos de que vivían en el jodido ombligo del planeta, mientras lo destruían con su capitalismo salvaje. Por lo que había oído, Connie, la futura mujer de su padre, era una especie de *hippy* moderna. Eso, en el cerebro de Doug, se traducía como alguien que tenía el suficiente dinero en el banco como para poder permitirse hacer lo que le diera la gana. Y la *hermanastra*... solo sabía que había estudiado Arquitectura en Harvard, que pensaba trasladarse en breve a Manhattan y, por lo que había podido deducir de las palabras de su padre, que aquella boda le hacía más o menos la misma ilusión que a él.

En los siguientes días llegaría más gente. El castillo tenía ochenta y cuatro habitaciones, y su padre se las había arreglado para llenar todas y cada una de ellas. Habría más gente en un hotel de Inverness. Al parecer, casarse a los sesenta y un años no era impedimento para celebrar una boda por todo lo alto. Un circo de boda en el que tendría que reencontrarse con tíos, primos y

amigos de la familia a los que hacía años que no veía y con los que imaginaba cuál sería el tema de conversación estrella. «¿Pero de verdad dejaste el trabajo en Edimburgo para venirte a vivir a este lugar en medio de la nada?». Qué cansado estaba de aquella pregunta...

No, no le hacía especial ilusión aquella boda. No quería ver *su* castillo lleno de gente. No quería tener que fingir que le hacía ilusión conocer a una madrastra y una hermanastra cuando estaba cerca de cumplir los treinta. No le apetecía que nadie cambiara la decoración de partes del castillo, algo que, al parecer, exigía la decoradora de la boda —él ni siquiera sabía que en las bodas había decoradoras; era algo que había descubierto en las últimas semanas—. Pero allí, solo en mitad del campo y con el hacha en la mano, tenía que ser sincero consigo mismo. Y, con el corazón en la mano, Doug sabía que todas esas eran meras excusas. A él no le apetecía aquella boda porque era un egoísta. Porque su familia habían sido solo su padre y él durante casi veinte años, y le costaba admitir que ahora él fuera a tener otra esposa. Edward y él se habían llevado siempre bien, con algunos altibajos más fruto de los típicos choques padre-hijo que por otra causa. Pasaban tiempo juntos en las escasas ocasiones en que Doug iba a Edimburgo y también cuando su padre subía al castillo a pasar algunos periodos de vacaciones. Le gustaba que estuvieran los dos solos. Al calor del fuego en invierno; nadando en algún lago helado en verano; hablando de temas profundos mientras sonaba algo de música en el viejo tocadiscos del salón principal. No le apetecía nada que, en el futuro, a esas escenas se incorporara más gente. No quería una madrastra. Ni una hermanastra. No las quería en absoluto.

Tenía que ser una broma. Tenía que ser una broma que la temperatura de un día de septiembre a las ocho y media de la tarde fuera de doce grados, según indicaba el termómetro del salpicadero del coche de Edward. Tenía que ser una broma que nadie la hubiera avisado de que no pasarían aquellos días en Edimburgo —donde la temperatura apenas rebasaba los veinte, pero eso era bastante mejor que doce— y no hubiera podido hacer una maleta eficiente y bien equipada.

Dos semanas. Dos malditas semanas iba a pasar en aquel lugar al que aún no habían llegado y ya había empezado a odiar. Sus primeras vacaciones de verdad en un año... y las iba a pasar en una especie de infierno helado. Adiós a la idea de estrenar los tres bikinis que había comprado antes de partir. Solo esperaba que en ese pueblo de nombre impronunciable hubiera alguna tienda en la que comprar unas cuantas sudaderas y jerséis, aunque eso estropearía todos los *looks* que tan cuidadosamente había diseñado para las vacaciones.

—Entonces, ¿piensas trasladarte a Nueva York al regresar de Escocia, Samantha? —le preguntó Edward. La había recogido en el aeropuerto en un coche enorme y llevaba tres horas intentando darle conversación, algo que no encajaba demasiado bien con el mal humor, la decepción y el *jet lag* de Samantha.

—Sí —respondió, lacónica, aunque enseguida se dio cuenta de que estaba siendo maleducada con aquel hombre que estaba siendo encantador con ella—. Sí, quiero empezar a trabajar con mi padre cuanto antes. Espero que, en estas dos semanas, él me encuentre un buen apartamento para mudarme cuanto antes.

—Mi hija es una buena chica, Eddie. —Ese era un comentario agradable, pero Samantha no podía evitar sentirlo como una crítica—. Ha estudiado Arquitectura en una buena universidad, a curso por año, sin suspender nunca ni un solo examen. Va a entrar a trabajar con su padre, a vivir en un piso de lujo en Manhattan... Tiene veintitrés años y su vida perfectamente organizada.

—Eso no tiene nada de malo, ¿no, mamá?

—¿Quién ha dicho que lo tuviera?

Connie se dio la vuelta desde el asiento del copiloto y le dirigió una sonrisa tan radiante que, para variar, descolocó a Samantha. Nunca sabía si su madre estaba orgullosa de ella por todos sus logros —primera estudiante en su instituto y capitana del equipo de atletismo, admisión en Harvard a la primera, mejor expediente en Arquitectura— o la juzgaba por lo que ella consideraba no salirse nunca del camino marcado.

A Samantha le gustaba ser así. Sabía que algunas de sus amigas hablaban a sus espaldas de su obsesión por el orden y el control, pero... a ella le encantaba. Hacía listas en su agenda, apuntaba con celo cada cita, reunión e incluso las noches de fiesta, que habían ido disminuyendo en número con el paso de los años. Su única obsesión en los últimos tiempos era llegar a ser una arquitecta de tanto prestigio como su padre llevaba años siendo.

—Y ahí está... el castillo de los McDougall —dijo Edward después de girar una última curva en aquel camino mal asfaltado por el que llevaban unos veinte minutos circulando.

Samantha también creyó que aquello era una broma. Lo que tenía ante sus ojos no parecía la casa de campo de una familia, ni siquiera de la más rica del mundo. De hecho, no parecía que aquel castillo tuviera sentido en el siglo XXI. En un solo parpadeo, Samantha sintió que acababa de trasladarse a un capítulo de *Juego de tronos*, o de *Outlander*, o de cualquiera de aquellas series a las que siempre se enganchaba con sus amigas en el apartamento compartido del campus.

—¿Os gusta? —Edward sonrió con orgullo tras aparcar y señalar el castillo con un gesto

de su mano—. Pertenece a mi familia desde hace siglos.

—Es impresionante, cariño. —Connie lo abrazó y aprovechó el movimiento para darle un beso que ninguna hija debería presenciar a plena luz del día—. Las fotos que me enseñaste no le hacían justicia.

—No es mi estilo arquitectónico favorito, la verdad —reconoció Samantha—, pero es muy bonito.

—Por desgracia... —Edward hizo una mueca con su boca en un gesto de decepción—, tengo un mensaje de mi hijo Doug. Mañana tiene que madrugar mucho para encargarse de algunas cuestiones de trabajo y no podrá cenar esta noche con nosotros.

Samantha no prestó demasiada atención al comentario. Sabía que el futuro marido de su madre tenía un hijo, pero no había pensado demasiado en ello. Sabía que era abogado y poco más. Se habría preocupado por la presencia de un hermanastro en su vida si tuviera doce años y otro niño fuera a instalarse en su casa, pero, viviendo en lados opuestos del Atlántico, dudaba que fuera a ver a aquel chico más allá de esas dos semanas previas a la boda y la propia ceremonia. Samantha tenía billete de vuelta para un vuelo en la mañana siguiente a la boda y no veía el momento de que llegara ese día.

Samantha sintió el implacable martillazo de la resaca en cuanto abrió los ojos. Tardó un par de minutos en darse cuenta de que hacía tres años que no probaba el alcohol y que lo que repiqueteaba en sus sienes no podía ser resaca. Sería el *jet lag*. Se incorporó en la enorme cama con dosel del cuarto que le habían asignado y siguió notándolo. Nunca había tenido buen despertar, pero lo mal que se sentía superaba incluso aquellas mañanas previas a un examen en que acusaba la falta de sueño. Echó un vistazo al reloj de pared y comprobó que solo pasaban unos minutos de las siete de la mañana. La noche anterior la cena se había dilatado en el tiempo, sobre todo después de que Edward hubiera decidido enseñarles cada estancia del castillo, y eran más de las doce cuando Samantha llegó a su cuarto. Deshizo la maleta, ordenó sus pertenencias con cuidado en el armario de doble cuerpo y el insomnio hizo de las suyas durante un buen rato, que ella dedicó a leer un ensayo sobre arquitectura racionalista que tenía empezado desde hacía un par de semanas. Debían de ser más de las tres cuando al fin se reconcilió con Morfeo.

A Samantha no le gustaban las mañanas. Esa era una de las causas por las que había roto con el único novio *oficial* que había tenido en su vida adulta, Noah. Lo pasaba bien con él y estaba enamorada —o todo lo enamorada que podía estar una Samantha a la que sus amigas llamaban «corazón de hielo»—, pero se dio cuenta de que no era el hombre de su vida porque odiaba encontrárselo en su apartamento por las mañanas. A Samantha le gustaba levantarse con calma, desayunar un buen café cargado y arreglarse en soledad hasta conseguir el aspecto impecable por el que todos la conocían. Cada vez que dormía con un hombre tenía que renunciar a parte de esa rutina de belleza y no le gustaba. Sabía que no era fea en absoluto —no había más que echar un vistazo a Connie para entender que la genética había sido generosa con ellas—, pero también sabía que era mucho más guapa gracias a todos los cuidados que seguía a rajatabla y a algunos trucos que ella consideraba los mejores amigos de una chica.

Pero aquella mañana ignoró su rutina. Se deshizo del sujetador especial con el que dormía cada noche para evitar las arrugas en su escote y también de la férula dental que usaba para mantener en su lugar aquellos dientes que tantos dolores le había costado poner en orden. Se echó una sudadera sobre el pijama —el pantalón eran unos *leggings*, así que nadie diría que acababa de saltar de la cama— y se puso las gafas para acabar de identificar de dónde diablos procedía aquel ruido que estaba a punto de provocarle una crisis nerviosa. Se acercó al enorme ventanal que daba al patio interior del castillo y vio a uno de los trabajadores golpeando unos troncos de madera con un hacha. Maldita fuera la ausencia de hoteles en aquel pueblo. En un alojamiento por el que hubiera desembolsado una buena cantidad dudaba mucho que un operario hiciera tal ruido cuando apenas acababa de amanecer. Se calzó unas deportivas que había metido en la maleta para no perder su ritmo de entrenamientos durante las vacaciones, tiró las gafas sobre la cama —una cosa era que no pensara seguir su rutina de belleza y otra muy diferente, que se dejara ver en público con gafas por primera vez desde que tenía trece años— y salió furibunda de su cuarto.

Se perdió un par de veces por las escaleras del castillo, en parte porque aquel lugar no parecía haberlo diseñado un arquitecto sino un hechicero loco, y en parte porque sus tres dioptrías y media no colaboraban demasiado para que reconociera los lugares por los que había pasado la noche anterior. Al fin encontró la salida al patio y allí, a pesar de su visión deficiente, reconoció al empleado que la había despertado a hachazos y le había asegurado un buen dolor de cabeza para el resto del día.

—Disculpe. ¡Disculpe! —chilló al darse cuenta de que él ni siquiera había registrado su

presencia—. ¡Perdone! ¿Puede hacerme caso?

Doug la oyó al fin y se giró lentamente hacia ella. Y Samantha era miope, muy miope, pero no lo suficiente como para no ver lo que tenía delante. Un hombre alto, muy alto, quizá algunos centímetros por encima del metro noventa. Con unos hombros anchos, una cintura estrecha y una uve espectacular de abdominales entre ambos. Samantha fue dolorosamente consciente de que entornaba los ojos para enfocar mejor y comprobar si era verdad eso que le sugería su mente borrosa: que aquello no era un *six pack*; era un *eight pack*. En aquel momento, bendijo a Escocia por primera vez desde que su madre le había comunicado que se casaba con Edward. Salivó. Literalmente. El pelo negro, largo más allá de los hombros, y los ojos verdes no ayudaron demasiado a que la boca dejara de hacersele agua. Tampoco el tatuaje de un símbolo de aspecto tribal que presidía su bíceps derecho. Y claro, para comprobar todo aquel despliegue de belleza masculina salvaje, Samantha tuvo que acercarse demasiado. Tanto que pudo percibir el aroma a hierba, madera y un cierto sudor que, curiosamente, no resultaba desagradable.

—¿Querías algo o solo vas a quedarte mirándome como si llevaras dos días sin comer?

¡Pero qué insolente! Cómo se atrevía un simple empleado del castillo a dirigirse así a ella, que estaba a punto de convertirse en la hijastra del propietario. Que tenía razón, de acuerdo, lo miraba como miraría un cruasán relleno de mantequilla si no se hubiera prohibido a sí misma la bollería industrial. Pero eso no le daba derecho a humillarla, mucho menos después de haberla despertado y haberle provocado un persistente dolor de cabeza —del que, al parecer, conseguía olvidarse cuando tenía a un hombre atractivo delante, pero eso era algo en lo que prefería no pensar todavía—, así que Samantha retomó el tema que la había llevado hasta allí.

—¿Le importaría no hacer tanto ruido? Ayer volé en un viaje transoceánico y me gustaría poder dormir un poco. Aunque creo que ahora ya no conseguiré volver a dormirme.

—¿Entonces? —Él soltó una carcajada llena de sarcasmo—. Mi intención es no congelarme esta noche, así que necesito leña. Y tú ya no podrías dormir, así que, si no te importa...

Samantha se sobresaltó cuando él acabó su argumentación —que había sido impecable, eso tenía que reconocérselo— con un nuevo golpe de hacha. Asumió su derrota en aquella batalla, pero eso no significó que el enfado que tenía disminuyera. Se limitó a darse la vuelta y regresar a su cuarto, rechinando tanto las muelas que sabía que su jaqueca no haría otra cosa que aumentar. Estaba ya a punto de atravesar el portón que la devolvería a la calidez del interior del castillo cuando decidió que no podía quedarse callada.

—¿Cuál es su nombre, por cierto? —Cambió el trato del tú al usted porque pensaba exigir lo mismo—. Soy familia del propietario de este castillo y me gustaría decirle que algunos de sus empleados se comportan con una insolencia difícil de soportar.

La respuesta de él fue una carcajada. Una carcajada enorme que brotó desde su estómago y retumbó en sus cuerdas vocales. Que hizo que su nuez rebotara arriba y abajo en su garganta en un movimiento tan *sexy* que, si Samantha hubiera sido capaz de verlo desde la distancia a la que estaba, habría olvidado del todo su enfado.

—Ya te enterarás de mi nombre, princesa. No te preocupes, que ya lo sabrás.

Samantha se había quedado con mal cuerpo desde el encontronazo de aquella mañana con el trabajador del castillo. Se preguntaba si todos los escoceses serían así: insolentes, maleducados, bárbaros... También se preguntaba si aquella belleza deslumbrante sería genética, pero a esa pregunta intentaba no dejarle espacio dentro de su cabeza. El otro único escocés con el que se había cruzado en su vida era el propio Edward, y sobre él no tenía dudas: no solo trataba a su madre con cariño y respeto, sino que era inmaculadamente educado.

Había conseguido desayunar un té negro y una tostada de pan blanco. Al parecer, otra de las peculiaridades de Escocia era que nadie había oído hablar del té *matcha* ni del pan integral. Aprovechó el resto de la mañana para hacer algo de ejercicio en su cuarto, que, por suerte, era lo suficientemente grande como para que pudiera desarrollar una rutina de yoga que aquel día necesitaba más que nunca. Su madre la había avisado de que comerían a las doce y media y que, en esa comida, al fin podría conocer a Doug, su futuro hermanastro. El «al fin» era una aportación de su madre; maldita la gana que tenía ella de seguir conociendo a escoceses.

Después de una larga ducha que le quitó parte del mal cuerpo, se plantó delante de su armario para elegir el atuendo del día. Era la primera comida *familiar* de esa nueva familia que su madre y Edward pretendían crear, así que quería dar buena imagen. Eligió un vestido de *tweed* sin mangas, en tonos marrones y rosa palo. Tenía las piernas bastante bronceadas después de un verano en el que había ido a la playa más que en los anteriores, así que prescindió de las medias. Pero eso sí, se calzó sus maravillosos zapatos de tacón de aguja de Louboutin en rosa pastel. Decidió dejar su teléfono móvil cargando, porque no necesitaba dinero, ni llaves ni ninguna otra cosa, así que no iba a usar bolso. Se puso las lentillas, se planchó el pelo —¿qué pasaba con la humedad en ese país?— y se aplicó un maquillaje suave y discreto. Eran las doce y veinticinco cuando bajó las escaleras del castillo y se estremeció un poco al sentirse observada por los retratos de varias decenas de antepasados de los McDougall, cuyos cuadros poblaban las paredes.

—Por Dios santo, este lugar necesita con urgencia un decorador —murmuró para sí misma antes de llegar al vestíbulo, donde había quedado con su madre.

Edward la recibió con una sonrisa radiante y su madre con un asentimiento de cabeza que se parecía mucho a una aprobación sobre el *look* elegido. Connie podía haberse convertido en una mujer muy *hippy* de pensamiento, pero seguía siendo una pija de manual en todo lo referente a la ropa y el aspecto físico.

—Está un día precioso hoy. —Samantha disentía de aquella opinión; la costa noreste de Estados Unidos, donde ella había vivido toda su vida, no era precisamente el Caribe, pero en septiembre «un día precioso» era otra cosa—. He pedido que nos preparen una mesa en el porche, ¿os parece bien?

Samantha asintió, pero, en cuanto atravesaron el portón de madera y salieron al exterior, se arrepintió de haber sido tan educada. También lamentó no haber cogido un abrigo, una chaqueta, una sudadera o hasta una manta de su cama, porque aquella temperatura no era demasiado compatible con sus brazos y sus piernas descubiertas.

La mesa era una auténtica monada. Aquel lugar podía ser demasiado clásico para su gusto, pero era evidente que tenían clase y sabían poner una mesa. Habían servido un par de ensaladas y una olla llena de mejillones a la marinera humeaba en el centro de la mesa redonda. Edward le retiró la silla e hizo a continuación lo mismo con su madre.

—Tenéis que disculpar a Doug. Juro que yo lo eduqué bien, pero la puntualidad ha sido

siempre su asignatura pendiente —comentó Edward con un brillo orgulloso en sus ojos que contradecía la crítica velada a su único hijo.

Habían pasado apenas cinco minutos de aquel comentario cuando Samantha lo vio venir. Se ruborizó antes incluso de que él llegara a la mesa. Vestía los mismos pantalones vaqueros negros que llevaba aquella mañana, mientras daba hachazos a un pedazo de madera y ella lo confundía con un operario del castillo. Se había cubierto el torso —¡qué torso, Dios mío!— con una camiseta gris de cuello redondo que parecía haber conocido mejores tiempos. Y llevaba su pelo largo mojado, peinado hacia atrás, lo que hizo que la maldita mente traidora de Samantha la hiciera pensar en una ducha reciente. Qué cambios de temperatura tan extraños sufrían las Highlands; de repente hacía muchísimo calor, ¿verdad?

Ahora podía ver su cara a la perfección, no medio tapada por su melena, como en aquella mañana miope. Y bueno, de los ojos verdes ya se había dado cuenta, pero ahora comprobaba que sus rasgos eran, simplemente, perfectos. Así, sin más. Perfectos. Maldita fuera su mala suerte.

—Encantado de conocerte, Connie. No te levantes, por favor. —Samantha vio como esbozaba en dirección a su madre una sonrisa radiante. Sus dientes también eran perfectos; blancos y con una alineación milimétrica. Qué sorpresa, ¿no?—. Hola, papá.

—Doug, quiero presentarte también a Samantha, la hija de Connie.

—Un placer, *princesa*.

Connie y Edward intercambiaron un fruncido de cejas ante aquel comentario de Doug, pero enseguida sirvieron los entrantes en los platos y no se volvió a hablar del tema. La conversación fluía a trompicones entre cuatro personas que coincidían por primera vez alrededor de una mesa, pero encontraron un tema seguro en los últimos preparativos para la boda: quedaban doce días y había muchos detalles que cerrar, en los que Samantha estaría encantada de colaborar con su madre. La boda seguía sin ser la ilusión de su vida, pero al menos la mantendría distraída en aquel lugar perdido de la mano de Dios en el que no tenía otra cosa que hacer. Doug se mantuvo callado durante la mayor parte de la comida; Samantha pensó que, probablemente, lo único que tenían en común era que ninguno de los dos estaba ilusionado con la idea de tener un nuevo padrastro o una nueva madrastra.

—¡Oh! Aquí viene el plato principal. —Edward se relamió cuando vio aparecer a uno de los cocineros del castillo portando una enorme bandeja de porcelana antigua—. ¿Has probado alguna vez los *haggis* Wellington, Samantha?

—La verdad es que no. —Samantha cuidaba muchísimo su alimentación, pero en vacaciones se permitía algunos deslices. Aquel pastel relleno de carne tenía un aspecto excelente y su aroma se filtraba por cada rincón de aquel jardín tan bonito—. Pero si sabe igual que huele... estoy deseando hacerlo.

Se encontraba de mejor humor de repente. Seguía muerta de frío, esas vacaciones en Escocia eran más una molestia que algo que celebrar y el encontronazo inicial con su futuro hermanastro la atormentaba, pero sabía que amargarse no iba a aportarle nada. Llevaría lo mejor posible las dos semanas escasas que le quedaban en el castillo y después regresaría a su vida, a Nueva York, a trabajar con su padre y vivir en su propio apartamento. Puede que aquellos días fueran un obstáculo inesperado, pero el futuro se presentaba brillante ante sus ojos.

—¿Te gusta? —le preguntó Doug, que no se había dirigido a ella directamente más que en el sarcástico saludo inicial.

—Está delicioso —reconoció Samantha. La carne tenía un sabor fuerte pero delicado a la vez. Y el hojaldre que la recubría estaba en su punto; dorado, crujiente y delicioso—. ¿Es típico de aquí?

—Los *haggis* son la comida nacional de Escocia —le respondió él, con un cierto desprecio en su voz, suponía que por el desconocimiento de ella—. Con esta preparación es menos habitual, pero a mí me encanta. Es mi comida favorita.

—¿Y la carne qué es? ¿Termera? ¿Cordero?

Samantha se había distraído. Aquella conversación no parecía hostil ya y bajó la guardia. No debería haberlo hecho. Lo intuyó cuando vio que Doug esbozaba una enorme sonrisa y pasaba a responder a su pregunta.

—Es cordero. —Samantha sonrió ante sus palabras. Quizá estaba siendo una paranoica y él solo trataba de ser amable, ahora que los dos sabían que iban a ser familia—. Más en concreto, es una mezcla de pulmón, hígado y corazón, con cebolla, harina de avena y algunas especias, todo ello embutido en una bolsa hecha con el propio estómago del cordero.

Samantha se quedó con el tenedor a medio camino de la boca, mirando fijamente a Doug, que seguía comiendo como si tal cosa. Como si lo que acababa de describir no fuera la definición exacta de un infierno culinario. Se dirigió a continuación a Edward, con una pregunta muda dibujada en sus ojos; solo quería que él le desmintiera lo que acababa de decir su hijo. Que dijera «Doug, por favor, deja de burlarte de Samantha; Samantha, los *haggis* son simplemente una parte de la paletilla del cordero». Algo así. Pero Edward tenía una media sonrisa que era compasiva pero también un poco divertida.

La arcada llegó. Vaya si llegó. En cuanto Samantha asimiló que llevaba un buen rato comiendo todo tipo de vísceras de un cordero, embutidas en sus propias tripas (las del cordero, no las suyas... aunque puede que también)... la bilis subió a su garganta de forma refleja. Salió corriendo en busca de un cuarto de baño; solo le pedía a Dios, si es que no la había abandonado por completo, tener la capacidad de aguante suficiente como para llegar a tiempo y no acabar vomitando en el jardín donde se desarrollaba su primera comida familiar en años. Uno de sus tacones de aguja se clavó en el césped y tropezó. Se rehízo como pudo y lo dejó allí abandonado. A continuación, se sacó también el otro, para equilibrarse un poco y no arriesgarse a otra caída tonta. Cuando al fin encontró uno de los cuartos de baño de la planta baja del castillo y abrazó la taza del váter mientras su estómago se vaciaba de contenido, aún creía oír de fondo las risas de su maldito hermanastro.

6

Habían pasado tres días de aquella comida que había acabado tan mal. Edward le había pedido perdón mil veces por no haberla advertido de que aquella comida que para los escoceses era lo más habitual del mundo podía extrañar a alguien de fuera. Connie había intentado que se integrara en los últimos preparativos de la boda, pero ella se había limitado a elegir unas flores para los centros de mesa y a comprar por internet una capa de pelo a conjunto con el vestido que había traído de Nueva York. No había imaginado entonces, cuando lo compró en una tarde de junio junto a sus amigas en una tienda de lujo de la Quinta Avenida, que necesitaría —¡en septiembre!— cubrirlo con una prenda de abrigo.

Pasaba la mayor parte del tiempo en su cuarto. Hacía ejercicio allí, leía mucho y pasaba horas mirando por la ventana de aquella habitación, porque lo único positivo que se atrevía a reconocer sobre aquel lugar era que las vistas de las montañas quitaban el aliento. Aquel día no era aún mediodía y ya había probado con todas sus actividades de ocio habituales, pero no lograba distraerse, así que decidió llamar a su padre.

—¡Hola, Sammy!

—¿Qué tal, papá? ¿Te pillo muy liado?

—Me pillas recién levantado, más bien. Menos mal que soy madrugador, hija...

—Ay, por Dios, ni había pensado en el cambio horario. ¡Lo siento!

—Nada, nada, no te preocupes. Había decidido madrugar para salir a correr, pero prefiero hablar contigo.

Samantha sonrió. Adoraba a su padre. Llevaba desde que había llegado a Escocia comunicándose con él por mensaje, pero no se había atrevido a llamarlo todavía. Ella sabía mejor que nadie cuantísimo había sufrido su padre con el divorcio y le daba un pudor tremendo hablar con él sobre la boda de su madre. Pasaron un rato charlando de temas intrascendentes y, cuando él se rio a carcajadas de la anécdota con los *haggis*, Samantha fue capaz por primera vez de tomárselo con humor.

—¿Y tu madre qué tal está?

—Bien, bien, todo bien —le respondió ella, esquivando.

—Sammy, sabes que puedes hablarme de tu madre sin problema, ¿verdad?

—Yo no...

—No te sientes cómoda, ya lo sé. —Su padre esbozó una sonrisa que atravesó la línea telefónica—. ¿Crees que no me he dado cuenta?

—Papá, es que... Fue duro, ¿o es que no te acuerdas?

—Pues claro que lo fue.

Había sido horrible. Su padre había caído en una depresión después de que Connie se marchara, que era una de las causas por las que a ella le había costado mucho perdonarle a su madre esa decisión. Ni siquiera estaba segura de haberlo hecho del todo. Ahora él estaba bien, o al menos eso parecía, pero a ella seguía costándole hablar con él de determinadas cosas.

—¿Tú eres feliz, papá? —le preguntó de repente y, si hubiera podido retirar esa pregunta al instante, lo habría hecho.

—Pues claro que lo soy. —Su padre se rio con carcajadas tan sonoras que no hubo lugar a duda en que era sincero en su respuesta—. Tengo un trabajo que me apasiona, una hija perfecta y...

—¿Y...?

—Bueno, llevo un tiempo saliendo con alguien.

—¿Qué?

—Se... se llama Patricia. Tiene un par de años menos que yo, es arquitecta también y estamos muy a gusto juntos.

—¿Tienes novia, papá?

—Pues... la verdad es que sí.

—¿Y cuándo pensabas contármelo?!

—Te juro que pensaba hacerlo en cuanto volvieras a Nueva York. No quise hacerlo mientras no estaba seguro de que era una historia que iba en serio y, luego, no me pareció oportuno contártelo por teléfono.

—Pues eso es justo lo que acabas de hacer. —A Samantha le dio la risa.

—¿Te parece mal? —Incluso a miles de kilómetros de distancia, pudo percibir el miedo a su respuesta en las palabras de su padre.

—¿Mal? ¡Me parece genial! —Y era verdad. Samantha no se había quedado anclada en aquel divorcio traumático, no soñaba con que sus padres volvieran a estar juntos algún día. Era la diferencia entre aquella vida loca de su madre y la más pausada de su padre la que le dolía: pensar que él se hubiera quedado traumatizado y no volviera a encontrar la felicidad—. ¿Y tú? ¿Estás feliz?

—Sí, Sammy. Me costó mucho tiempo entender que tu madre tenía razón.

—¡Papá! —Samantha no se podía creer lo que acababa de oír.

—No, no, escúchame. No digo que lo hiciera todo bien ni que su forma de vida actual... Bueno, es igual. —El padre de Samantha se rio y a ella le encantó escuchar ese sonido que durante tanto tiempo había estado silenciado—. Entiendo por qué se cansó de nuestro matrimonio. Yo trabajaba demasiado... Sigo trabajando demasiado, pero por suerte Patricia está igual de loca por la arquitectura que yo, así que no es problema. Y ella se ocupó de ti, de la casa y de mí casi en exclusiva, así que... sí, la comprendo. Me ha costado muchos años, pero ahora todos estamos felices y eso es lo único que importa.

—Me encanta que digas eso. —Samantha fue sincera—. Pero no te vas a librar tan fácilmente, papá. ¡Cuéntamelo todo sobre Patricia!

La conversación con su padre había dejado a Samantha de buen humor. Solo así se explica que, cuando, media hora después de colgar, Doug llamó a su puerta, ella abriera de buen grado. Aunque la cara de él... no auguraba nada bueno.

—Hola, Doug —lo saludó con timidez, porque aquel hombre seguía impresionándola de una manera que le costaba comprender.

—Voy a ser muy sincero: mi padre me obliga a sacarte a dar un paseo para que *unamos lazos*.

—Huy, pues no tienes que preocuparte de nada. —Samantha levantó la barbilla, recuperando por momentos el orgullo; nunca a un chico, en toda su vida, habían tenido que obligarlo a pasar tiempo con ella; solía atraerlos por sí misma, así que aquello hirió su amor propio—. Te libero de tu responsabilidad. Al fin he conseguido hacer funcionar Netflix en mi portátil y a eso pienso dedicar los once días que me quedan aquí.

—Mira, Samantha... Tampoco es que sea mi plan ideal para esta tarde, ¿de acuerdo? Pero, nos guste o no, nuestros padres van a casarse. Somos sus únicos hijos y es importante para ellos que nos llevemos bien.

—Yo... —Samantha resopló; aquel insolente, por una vez en la vida, tenía razón—. Está bien. ¿Qué tenías en mente?

—¿Te apetece dar una vuelta por los alrededores? Ya sé que esto no es precisamente tu estilo —el desprecio que mostró su cara fue tan obvio que Samantha estuvo a punto de cerrarle la puerta en las narices—, pero te aseguro que es un lugar precioso.

—De acuerdo. Deja que me calce y bajo.

—Te espero en el porche.

Samantha se consideraba una ciclista bastante experta, pero aquella tarde puso en duda sus destrezas. Ella tenía una bici preciosa en Harvard; era azul celeste, de estilo *fixie* y con un pequeño motorcito adosado que le permitía subir sin sudar las pocas cuestas que había en el campus. Aunque también tenía coche, aquella bici había sido su principal medio de transporte durante los cinco años de carrera y máster.

Cuando bajó al porche y se encontró a Doug con dos bicis de montañas apoyadas junto a él, estuvo a punto de echarse atrás. Sobre todo porque la que le tendió a ella era enorme, vieja y no especialmente limpia; en sus ruedas había barro suficiente para hacer una escultura al estilo *Ghost*. ¿Y por qué su cerebro había elegido aquel momento para pensar en una escena de lo más erótica? ¿Era un don del tal Doug o qué diablos pasaba?

Por suerte, consiguió hacerse con la bici pronto. No era de su talla y le resultaba algo incómoda, lo cual le garantizaba un dolor de culo para el día siguiente, pero al menos Doug había dejado de reírse de ella. Después de una hora. El primer tramo del *agradable* paseo en bici había consistido en que él le dirigiera miradas burlonas cuando la irregularidad del terreno conspiraba para que ella estuviera a punto de irse al suelo, cuando algún animal se cruzaba en su camino y ella no podía retener un grito o cuando le subían a la garganta las arcadas por culpa del olor a estiércol, que parecía estar por todas partes en aquel maldito país.

Pero, por suerte, las aguas se habían calmado. Ella había empezado a disfrutar de la belleza del paisaje y él había dejado de burlarse. Y es que el paisaje... ¡qué paisaje! Solo habían rodado durante una hora y media, o quizá dos, pero a Samantha le había dado tiempo a ver los

campos más verdes que jamás habría podido imaginar, a dejarse sorprender por dos o tres cascadas que surgían entre las montañas sin que las esperara y a maravillarse con el reflejo de las montañas con sus cumbres de nieves eternas sobre la superficie cristalina de algunos pequeños lagos.

—Te gusta, ¿eh? —le dijo Doug, y aunque su tono era algo burlón, ella supo que el sentimiento que primaba en él era el orgullo.

—Es todo precioso. De verdad.

—Si te parece, damos la vuelta. —Señaló con la barbilla un camino paralelo al que los había llevado hasta allí—. Yo estoy acostumbrado a montar en bici de noche por estos caminos, pero no es muy recomendable para quien no los conoce.

—De acuerdo.

Siguieron pedaleando durante un buen rato y Samantha tuvo que reconocerse a sí misma que se sentía genial. El ejercicio físico siempre le limpiaba el alma de preocupaciones y, si encima se hacía al aire libre, en un entorno como aquel, en vez de encerrada entre las paredes de un gimnasio, el resultado de la ecuación era un bienestar absoluto.

—Oye, ¿por qué no vamos por aquí? —se atrevió a decirle a Doug cuando ya estaban cerca del castillo. Sus almenas se recortaban contra el atardecer incipiente en la distancia. Cuando habían salido, Samantha aún estaba demasiado incómoda para darse cuenta, pero a la vuelta se fijó en un sendero señalado con un cartel oficial que rezaba «el atardecer más bonito del mundo».

—No, no, volvamos al castillo —protestó Doug a su espalda, porque Samantha se había venido arriba y lo había adelantado.

—¿Qué ocurre? No parece peligroso este camino... —le dijo ella, girando la cabeza para verle la cara, que estaba seria y circunspecta.

—No, no es peligroso.

—¿Entonces? —Samantha vio que había un pequeño aparcamiento para bicicletas al final del sendero y que había que continuar a pie. Se bajó de la bici, la dejó allí y se dirigió a Doug—. No tenemos candado...

—Nunca nadie ha robado una bici en las Highlands, Sammy. —La carcajada sorda que soltó, la manera en que su nuez se movió arriba y abajo al reírse, aquel diminutivo que solo su padre usaba con ella... todo eso conspiró para que Samantha se ruborizara, para que se excitara, para que empezara a ser consciente de que el aire de Escocia tenía que haberla perturbado porque no quería ni pensar en que hubiera otra opción—. Déjala ahí apoyada.

Doug caminaba en silencio y con un gesto en la cara que parecía de resignación. Samantha lo respetó, porque se dio cuenta de que tal vez había metido la pata al proponer ir a aquel lugar. Decidió romper el hielo con una pregunta que llevaba intrigándola desde que lo había conocido, aunque nunca hasta aquel momento le había parecido urgente conocer la respuesta.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Claro. Lo que quieras —le respondió Doug—. Luego ya decidiré yo si te contesto o no.

—Vale, creo que es una pregunta fácil. —A Samantha le entró una risita nerviosa—. ¿Cómo te llamas realmente?

—Doug —le respondió él, como si fuera lo más evidente del mundo.

—Pero Doug... ¿no es el diminutivo de McDougall?

—Puede. Y también puede ser el diminutivo de Douglas, que es mi nombre completo.

—¿Te llamas...? —La carcajada de Samantha fue ahora rotunda y sonora—. ¿Te llamas Douglas McDougall?

—Tradición familiar. Así se llamaban mi abuelo, mi bisabuelo, mi tatarabuelo...

—Pero tu padre se llama Edward...

—Porque no es el hermano mayor. El primogénito de todos los McDougall desde tiempos inmemoriales tiene que llamarse Douglas McDougall.

—¿Eres Douglas McDougall VIII o algo así?

—No. Esa horterada de poner número a los nombres es muy propia de vosotros, los yanquis. Yo soy Douglas McDougall, a secas. O mejor que todo eso... Doug.

Samantha pensaba responderle con algún comentario hiriente sobre esas tradiciones tan anticuadas, como venganza por su nuevo reproche a su lugar de origen, pero la visión que apareció ante sus ojos la dejó sin habla. Entre dos árboles bajos —que seguro que tenían un nombre científico, pero ella no lo conocía—, se abría un pequeño hueco a través del cual se accedía a la orilla de un lago. No era demasiado grande, pero sus aguas eran las más transparentes que Samantha había visto jamás en la naturaleza. Todo un lateral del lago, en el que ellos se encontraban, estaba teñido de diferentes tonos de verde, pues no había ni un centímetro cuadrado que no estuviera cubierto por copas de árboles de altura infinita. Y el otro lado era gris, blanco y azul, a causa de unas montañas altísimas, con nieves perpetuas en sus cimas, entre cuyos pedregales se colaban cascadas de ensueño.

—Dios mío, esto es...

Samantha no encontró el adjetivo. Se quedó en silencio unos minutos, y por eso tardó algo más de la cuenta en percatarse de que Doug estaba inusualmente callado. Lo miró, esperando encontrarlo embelesado en la belleza del entorno, pero en realidad Doug estaba sentado en una roca junto a la orilla del lago con la mirada fija en el suelo. Samantha se pensó mucho si hablarle o no, pero si la intención de aquella excursión era estrechar lazos entre futuros hermanastros ella pondría su mejor voluntad para hacerlo.

—¿Estás bien? —le susurró y se sentó junto a él en aquella piedra plana que podría ser el asiento con las mejores vistas del mundo.

—Yo... —Doug levantó la mirada y la fijó en los ojos de ella. Por primera vez, Samantha se dio cuenta de que sus ojos no eran solo verdes. En realidad, tenían unas motitas doradas que brillaban más bajo aquella luz del crepúsculo—. Preferiría no haber venido a este lugar.

—Lo... Lo siento.

—No. —Doug pareció espabilar un poco—. No es culpa tuya. Yo te he seguido, ¿no? En el fondo... siempre me apetece venir aquí.

—¿Lo haces a menudo?

—¡Claro! Estamos a quince o veinte minutos andando del castillo. Vengo todas las semanas, pero...

—¿Pero... qué?

—Siempre solo.

—Vaya, pues... siento sobrar. —Samantha no quiso sonar desagradable, así que se apresuró a pedir disculpas—. Y también siento haber dicho esto.

—No te preocupes, Sammy, es que... hay una historia detrás.

—¿Y quieres contármela? —se atrevió ella a preguntarle, aunque en un tono tan susurrante que él podría no haberla oído. Pero lo hizo.

—Este era el lugar favorito de mi madre. —Doug sonrió, pero fue un gesto tan triste que Samantha sintió un pellizco en el corazón—. Siempre veníamos aquí cuando yo era pequeño. Todos los domingos, a comer de pícnic, incluso cuando hacía un frío horrible. No había nada que no se solucionara con unas buenas mantas. Y si llovía, comíamos en el coche y disfrutábamos de las vistas. Eso, los fines de semana, todos juntos. Pero entre semana veníamos muchísimas veces,

en primavera, sobre todo, cuando yo salía del colegio. Y en verano, prácticamente todos los días.

—¿Dónde está ella ahora? —le preguntó Samantha, que habría jurado que su madre le había dicho que Edward estaba divorciado desde hacía años. Aunque quizá se equivocaba; de repente, no estaba segura de nada.

—Murió cuando yo tenía doce años. —Doug lo dijo en medio de una mueca—. Tuvo un accidente de coche en una autopista a las afueras de Glasgow. Se pasó años conduciendo por las carreteras terribles de las Highlands, llenas de nieve y hielo, y jamás le ocurrió nada. Y, sin embargo, un día de verano en que tuvo que ir a Glasgow para renovar su pasaporte, se encontró con un conductor borracho y...

—Lo siento mucho, Doug. —Samantha se había quedado realmente compungida con aquella historia y no pudo evitar deslizar su mano por la espalda de él.

—Está... —Doug negó con la cabeza—. Iba a decir que está superado, pero eso es una estupidez. Una cosa así no se supera; simplemente, aprendes a vivir con ello. Me costó mucho, no te creas. Fui un tío realmente amargado durante demasiado tiempo, pero creo que venirme a vivir aquí me ayudó a reconciliarme con aquello.

—¿Por qué?

—Ella adoraba esto. Es curioso, porque mi padre se crio aquí y, sin embargo, siempre prefirió la vida en la ciudad. Se fue a estudiar fuera a los dieciocho años y ya nunca quiso regresar al castillo más que de vacaciones. Luego, cuando la conoció, la trajo aquí un fin de semana y mi madre se enamoró de este lugar de una forma difícil de entender... al menos para quien no la conociera a ella y quien no conozca esto. Creo que encontró su lugar en el mundo. Mi madre era muy independiente, mi padre siempre dice que le costó Dios y ayuda convencerla para que se casara con él. Y solo lo consiguió cumpliendo la única condición que ella le impuso: vivir aquí, en el castillo. Él aceptó, adaptó su trabajo como pudo y vivieron aquí quince años. Hasta que ella murió...

—¿Y después?

—Mi padre no podía soportar estar aquí. A él le pasa lo contrario que a mí. Yo en el castillo me siento más cercano a ella y eso me calma; a él le hacía daño, supongo que ahora ya no, pero durante años... apenas quería pasar aquí un par de días al año. Yo me venía en cuanto podía, pasaba el verano solo, con el personal de servicio, que me trataban como a un hijo, así que no tengo queja, pero... no volví a vivir aquí de forma regular hasta hace cinco años. Y nunca he estado mejor anímicamente.

—Y vuelves aquí con frecuencia...

—Sí, sobre todo fuera de temporada turística. Te juro que cuando empezaron a incluirlo en las guías turísticas de lagos y paisajes y pusieron ese puñetero cartel... sentí que me estaban robando algo mío. *Nuestro*. Pero sigo viniendo mucho, aunque no me guste demasiado compartirlo con otras personas.

—Pues... siento mucho haberlo estropeado. Y lo digo de verdad.

—No, Sammy. —Doug le sonrió, y Samantha sintió que, en lugar de estar atardecido, el sol había vuelto a salir con fuerza—. Siempre es un placer venir aquí. Estoy demasiado acostumbrado a la vida de ermitaño, y me gusta, pero a veces también está bien compartir momentos con otras personas.

Remató sus palabras dándole un apretón en el antebrazo que Samantha sintió en todas y cada una de las terminaciones nerviosas de su cuerpo. Echaron a andar de nuevo en dirección al lugar donde habían dejado las bicicletas, en medio de un silencio que en ningún momento resultó incómodo.

—¿Estamos cerca, entonces? —Se les había hecho casi de noche, así que Samantha estaba un poco preocupada por el camino de regreso.

—Sí, pero estos caminos son un poco traicioneros para quien no los conozca, ahora que empieza a bajar la luz. Vamos caminando, si te apetece.

Pasearon sosteniendo sus bicis mientras el sol se ocultaba entre las montañas. Y cuando llegaron al castillo y se separaron en el gran patio central ajardinado, Samantha fue consciente de dos cosas. La primera era que Escocia no estaba tan mal. Ella podía ser una urbanita convencida —lo era, de hecho—, pero no tan imbécil como para no apreciar la belleza de unos paisajes que no había encontrado ni en Nueva Inglaterra, ni en el valle del Hudson, ni en sus muchos viajes alrededor del mundo. Se prometió dedicar los diez días que le quedaban en las Highlands a impregnar sus retinas de toda la belleza del lugar.

La segunda cosa de la que se dio cuenta en cuanto se quedó sola fue de que Doug le gustaba. Pero no *le gustaba* como debería gustarle un hombre destinado a ser su futuro hermanastro; alguien con quien tener una relación cordial suficiente para pasar de forma cómoda las dos o tres veces en que coincidieran en la siguiente década. No. Le gustaba como hombre, porque era quizá el ejemplar masculino más atractivo que hubiera tenido delante en toda su vida. Le gustaba de una manera que hacía que incluso el propio verbo «gustar» se le quedara corto. Le vibraba en la piel, no conocía otra forma mejor de definirlo. Así que también se prometió dedicar los diez días que le quedaban en las Highlands a impregnar sus retinas de toda la belleza de aquel hombre.

¿Podría eso ser un problema? Casi seguro que sí, pero... bienvenidos fueran si le hacían palpitar el corazón de aquella manera loca, cual caballo al galope, que sentía mientras subía a su dormitorio. Se había olvidado hasta de cenar.

Bum. Bum. Bum.

Doug golpeaba el tronco con su hacha con una cadencia rítmica. Apenas acababa de amanecer y, milagrosamente, el informe del tiempo auguraba un par de semanas de tiempo suave en la zona —al final, su padre iba a lograr la boda soleada con la que soñaba Connie—, pero él quiso asegurarse aquella mañana de hacerse con un buen cargamento de leña. ¿La razón? Que no se aguantaba ni a sí mismo y el ejercicio físico duro siempre conseguía distraerle el pensamiento.

El día anterior había sido raro. Demasiado. Había sido extraño, peculiar y... ¿bonito? Había empezado con su padre leyéndole la cartilla por no comportarse de la forma adecuada con su futura hermanastra —Doug creía haber sido bastante discreto en sus pullitas hacia aquella niña pija norteamericana, pero se ve que no lo había conseguido—, con aquella petición (más bien *orden*) de sacarla de paseo para distraerla y había acabado... bien. Demasiado bien. Lo cual, en realidad, significaba «demasiado mal». Ni metiéndola por los peores caminos empedrados y llenos de barro había logrado que ella se rindiera y pidiera volver al castillo. Después, el propio Doug había conseguido ablandarse al observar las caras de fascinación que ponía Samantha al ir descubriendo algunas de las maravillas que el paisaje de la zona ofrecía. Y el final de la tarde... A Doug le costaba creer que hubiera accedido a visitar el lago con alguien. Ni siquiera con su padre había vuelto desde el día en que su madre se fue a Glasgow para no regresar. Aquel era su refugio emocional, el lugar en el que estar a solas para pensar, para reencontrarse con los mejores recuerdos de su vida, para volver a ser feliz después de demasiados años amargado. A pesar de que, cuando ella tomó el sendero que llevaba a aquel lugar intentó detenerla, al final... tenía que reconocerlo. Le había gustado estar con Samantha allí. Lo que desconocía era el motivo.

No sabía por qué había disfrutado de aquel día, no sabía por qué le había contado la historia de su madre sin que ella preguntara apenas, no sabía por qué diablos se había sentido tan decepcionado cuando, al llegar al castillo, ella se retiró a su cuarto sin comentarle cuáles eran sus planes para la cena o... para el día siguiente. Doug se marchó a sus dependencias con un runrún ensordecedor en la cabeza que no consiguió que se le marchara ni con la lectura de un libro —a pesar de que era uno que lo tenía enganchadísimo—, ni con una pastilla para dormir ni, ya a la desesperada, con un par de vasos de *whisky*.

Por eso se había levantado tan enfadado aquella mañana. Porque al adormecimiento que le provocaban la mezcla de alcohol y somníferos —a buenas horas lo adormecían— se unía su propio cabreo por estar cayendo en las redes de Samantha. Sí, sí, así de claro. No es que ella las hubiera extendido para atraparlo, ni muchísimo menos... ¡ni siquiera parecía caerle bien! Pero él había caído de todos modos. Le gustaba. Sí, eso era. Era indudable que era una mujer atractiva; también resultaba simpática en las escasas ocasiones en que se desprendía de esa capa de niña bien de Nueva Inglaterra —y a Doug ni siquiera le gustaba la *vieja* Inglaterra, como para atreverse a intimar con la nueva—. Pero ni su belleza ni su carácter deberían haber sido razón suficiente para que Doug se mostrara tan *interesado*. Él tenía unas ideas muy firmes sobre su propia vida y sus relaciones con las mujeres y no pensaba permitir que la irrupción de una norteamericana atractiva los echase por tierra.

Doug se consideraba biológicamente incapaz de enamorarse. No de amar; de eso por supuesto que no. Quería con locura a su padre —si no fuera así, difícilmente habría aceptado ver su rutina puesta patas arriba por aquella boda que aún no sabía si le parecía del todo razonable—, quería mucho a algunos amigos que conservaba de las épocas del instituto y la universidad y

adoraba a algunos miembros del personal del castillo que lo habían criado como si fueran su propia familia; lo eran, en realidad. Pero no se enamoraba.

Había tenido su primera novia a los catorce, en el instituto de Edimburgo al que empezó a asistir después de que su madre muriera y él se trasladara con su padre a la ciudad, antes de entrar en el internado a los catorce. Después, había salido con algunas chicas más, también en la época de la universidad —pocas novias, mucho sexo esporádico— y había tenido su primera (y única) relación seria cuando trabajaba como abogado junto a su padre en Edimburgo. Ella se llamaba Gwen, era también abogada y se habían conocido en una fiesta de Navidad de su bufete. Estuvieron juntos algo más de dos años hasta que, cuando todos esperaban que Doug hincara la rodilla en el suelo y le pidiera matrimonio, él decidió, en cambio, romper la relación. Podría haberse casado con Gwen; era una chica encantadora y se lo pasaba bien con ella, dentro y fuera de la cama, pero... no estaba enamorado. Y ella sí. Gwen merecía tener la posibilidad de encontrar a alguien que llegara a quererla como se merecía, de una forma recíproca, en vez de pasarse el resto de su vida —o los años que pasaran hasta un probable divorcio— casada con un hombre que ni siquiera llegó a echarla realmente de menos después de la ruptura.

Poco después de aquello, Doug se mudó al castillo, que fue algo así como encontrarse a sí mismo, y entonces se dio cuenta de que eso del enamoramiento no era para él. No era una decisión personal; si hubiera podido elegir, él habría querido enamorarse, sentir esa conexión profunda con alguien, algo similar a lo que había captado siempre en las miradas que se dirigían sus padres en los buenos tiempos..., pero no pasaba. Simplemente, no pasaba. Así que, en los últimos cuatro años, se había limitado a tener relaciones esporádicas, huir de ellas cuando las cosas se ponían serias y aprovechar al máximo las escasas salidas nocturnas que hacía por Inverness o Edimburgo, cuando visitaba a su padre.

Además, cuando la treintena ya acechaba, Doug se había dado cuenta de que ni siquiera con enamorarse sería suficiente. Era todo demasiado complicado: por un lado, tenía que sentirlo él; por otro, tener la suerte de que la mujer de la que se enamorara sintiera algo recíproco; y por último, y eso era algo que no se había planteado en los años de primera juventud, tenían que coincidir los intereses de ambos. Y Doug tenía muy claras una serie de cosas que habían sido titubeantes durante años. Si algún día encontraba a *la persona*, tendría que compartir su estilo de vida. No quería imponérselo a nadie, eso jamás, pero tampoco pensaba ceder en un par de cuestiones que eran cruciales para su felicidad: la vida en el castillo y su trabajo en el campo. Doug ya había sido abogado —seguía siéndolo en teoría, aunque jamás se habría definido a sí mismo como tal cosa— y ya había vivido en la gran ciudad; en Edimburgo, además, que era su ciudad favorita de todo el mundo. Y aquello lo había hecho profundamente infeliz. En cambio, cuando había tomado la decisión —loca, en palabras de su padre— de dejar su trabajo en el bufete y ponerse al mando de la explotación agrícola y ganadera del castillo, que languidecía por llevar demasiados años en manos de personal externo, se encontró a sí mismo y fue más feliz de lo que nunca había sido. Incluso su padre se había arrepentido por haber cuestionado su decisión de irse a vivir al castillo y todo había fluido tan bien que, si se lo hubieran contado años atrás, no se lo habría creído. Por eso tenía claro que no renunciaría a aquella vida por nada. Ni mucho menos por *nadie*.

Doug no tenía ni idea de por qué su mente había viajado hasta ese razonamiento mientras cortaba leña. ¡Ah, sí!, recordó de repente. Porque la primera mujer por la que se sentía realmente atraído en los últimos tiempos no solo era probablemente inaccesible para él —estaba claro que a Samantha ni siquiera le caía bien salvo en momentos contados—, sino que vivía en la otra punta del planeta y odiaba Escocia —también, excepto en momentos contados—.

No, no había otra solución que descargar la ira partiendo leña. Lo que Doug había olvidado era que, a apenas unos metros del tocón sobre el que él cortaba madera, dormía Samantha. O lo intentaba, al menos.

—¿Hemos vuelto a las andadas, Doug?

Escuchó su voz a su espalda. Ya no eran las palabras impertinentes y bordes del primer día; ahora había un deje de complicidad en la frase que le dirigía. Doug podría haberse dado la vuelta, sonreírle —no era tonto y le habían dicho muchas veces que tenía una sonrisa matadora— y hacer algún comentario coqueto que acabara de asentar esa buena relación que había brotado el día anterior. Pero no lo hizo. Porque asentar cualquier cosa con Samantha era una idea espantosa.

—¿Sabes, Sammy? —Emitió una carcajada sarcástica que le dio grima hasta a él—. Esto no es tu casita de juegos. Es un castillo en el cual hay chimeneas que necesitan leña y, dado que tú no vas a romperte tus uñitas de princesa, tengo que ser yo quien empiece a trabajar al alba.

Doug no quiso mirar, pero al final no pudo evitar que la cara de sorpresa de Samantha se quedara grabada en su retina. Y no era una sorpresa buena. Era la viva imagen de la decepción. Y eso provocó que Doug quisiera rebobinar unos minutos en el tiempo y morderse la lengua. No, mejor: cortársela en pedacitos con la misma hacha con la que estaba partiendo leña.

Samantha no lo reconocería ante nadie, pero... lloró. Odió que aquella respuesta tan borde y fuera de lugar de Doug la hiciera llorar; la culpa de todo era de haber bajado la guardia. El día anterior la había enternecido, con toda aquella confesión de él sobre su infelicidad después de la muerte de su madre y cómo solo había sido capaz de encontrarse a sí mismo regresando a sus orígenes. Pensó que podrían ser amigos, además de hermanastros, y... bueno, para qué negarlo, también se sintió decepcionada porque Doug le gustaba y a nadie con dos dedos de frente le gusta que la rechace de una manera tan frontal alguien que le atrae. Sí, había bajado la guardia y no le volvería a ocurrir.

Pero a esa conclusión llegó después de llorar. Y eso sí que era un drama, que alguien a quien conocía desde hacía menos de una semana pudiera tener un efecto tan letal sobre una chica a la que sus amigas llamaban «la mujer de hielo» porque no lloraba casi nunca.

Después de aquel inicio tan abrupto, el día transcurrió sin más sobresaltos. Lo cual significa que no volvió a ver a Doug en toda la jornada. Comió sola con su madre y con Edward, que disculpó la ausencia de su hijo diciendo que tenía mucho trabajo y no podría acompañarlos, pero Samantha tuvo claro que lo que en realidad tenía eran muchas ganas de rehuirla.

Por la tarde, ayudó a su madre a cerrar las pocas cosas que quedaban pendientes en la organización de la boda. Samantha había conseguido ilusionarse un poco con ella. Veía aquella relación de Connie con Edward muy diferente a las que había tenido con sus dos fugaces maridos anteriores. Cruzó los dedos por que saliera bien, porque Connie podía parecer —y querer ser— una mujer muy independiente, pero Samantha sabía que gran parte de su felicidad dependía de que su relación de pareja, la que fuera que tuviera en cada momento, marchara bien. Edward parecía un buen hombre, y ella no pensaba ser tan cínica como para no darles el voto de confianza de que pudieran construir algo bonito después de aquella boda. Pensó que, al menos, de aquellas dos semanas en Escocia podría sacar una mejora en la relación con su madre. Después, ella regresaría a Nueva York, iniciaría su verdadera vida de adulta y su madre se quedaría en Escocia. No descartaba visitarla en el apartamento en el que viviría con Edward en Edimburgo de vez en cuando. Solo esperaba, en esas hipotéticas visitas futuras, no coincidir con su *hermanastro*.

El viernes transcurrió casi del mismo modo, al menos hasta que llegó la noche. Cuando bajó a cenar, al comedor de diario —que por su decoración recargada parecía cualquier cosa menos «de diario»— en el que solían comer, ya esperaba no encontrarse a Doug. Había faltado a la comida y a la cena del día anterior, y también al almuerzo de ese mismo día. Cuando lo encontró sentado a la mesa para la cena, se sintió en parte aliviada y en parte incómoda, así que decidió reaccionar de una manera que dominaba: con la barbilla alta y fingiendo más seguridad en sí misma de la que en realidad sentía.

—Vaya, Doug, un placer volver a verte. —Le sonrió, en una mueca tan falsa que era imposible que él no lo hubiera percibido—. Había llegado a pensar que habías huido lejos para no tener que encontrarte conmigo por el castillo.

—No, Sammy, no. —Doug cabeceó, al tiempo que emitía una carcajada llena de sarcasmo—. Si me cansara de verte por el castillo, serías tú quien se fuera.

—¡Douglas! —le gritó su padre—. Haz el favor de tener educación con Samantha.

—Haya paz, haya paz —interrumpió Connie antes de que hubiera una respuesta más desagradable que acabara de agriar el ambiente de la cena; su espíritu *hippy* y pacifista era una gran ventaja en momentos así—. Vamos a disfrutar de esta deliciosa cena y llevarnos bien.

—Cierto, Connie. —Doug asintió—. Papá, ¿sabes si hoy los *haggis* los han cargado más de pulmón de cordero o de hígado? ¡Me encantan cuando llevan mucha víscera!

—¿Hay...? —Samantha apenas fue capaz de pronunciar esas tres letras antes de que una arcada acudiera a su garganta. Vio entonces que Doug se carcajeaba, mientras su padre le hacía un gesto de advertencia para que dejara ya de burlarse—. Ah, que era una broma. Tenéis que disculparme todos, pero me temo que no acabo de captar el sutil humor de las Highlands.

—A lo mejor es que eres un poco cortita, ¿es posible?

—¡Douglas McDougall! —Edward estalló—. Una palabra más y me veré obligado a mandarte a tu habitación, como cuando tenías once años.

—Está bien.

El resto de la cena transcurrió en silencio. No hubo *haggis*, no. Solo una ensalada *caprese* deliciosa y una dorada a la espalda. A mitad del segundo plato, Edward y Connie se cansaron de mantenerse callados solo para no hacer estallar la tensión y se dedicaron a hablar de sus cosas. Entre ellos, Doug y Samantha apenas levantaron la cabeza de sus respectivos platos. Solo a mitad del postre —un tiramisú de frutos rojos del que Samantha se encargaría de conseguir la receta—, Connie se atrevió a dirigirse a ellos.

—Hemos dejado que pasarais casi una semana conviviendo, con la esperanza de que os llevarais bien. —Estaba muy seria mientras hablaba—. Y siento mucho deciros que tanto Edward como yo nos sentimos profundamente decepcionados con vuestra actitud.

—Pero yo... —Samantha quiso protestar; ella sentía que no había hecho nada y no le parecía justo pagar los platos rotos del carácter bipolar de Doug.

—Tú te callas —le dijo su madre, y el tono no admitió discusión.

—Sinceramente... —intervino Edward—, pensaba que las dificultades para presentar a dos futuros hermanastros desaparecerían si eran mayores de edad y tenían sus respectivas vidas cada uno a un lado del mundo. Pero ya veo que no. Lo único que me queda pedir, por lo tanto, es que os comportéis con la educación que me consta que tenéis de aquí al día de la boda.

—Mañana llegan los primeros invitados. —Connie los miró a ambos de forma alternativa—. Son dos parejas de amigos míos americanos que han decidido tomarse una semana de vacaciones en Escocia aprovechando que el sábado próximo asistirán a la boda. Se quedarán en un hotel en Inverness, pero mañana vendrán a cenar para conoceros a todos.

—Solo os pedimos que os comportéis. —Edward estaba tan serio que Doug se sintió avergonzado; hacía años que su padre no tenía que echarle una reprimenda—. No tenéis que ser amigos, no tenéis que caer bien ni teneros cariño. Es una semana. Comportaos como los adultos que se supone que sois.

—Por supuesto; no tenéis nada de qué preocuparos —susurró Samantha, con el rubor pintado en sus mejillas.

—Yo también colaboraré. Siento mucho haberos dado problemas. —Doug se levantó—. Y ahora, si me disculpáis, tengo bastantes cosas que hacer en mi dormitorio.

Samantha entendió esa huida a la perfección. Doug no la soportaba; podía tolerar su presencia si tenía vía libre para meterse con ella, pero, si prometía comportarse, no encontraría la manera de hacerlo, así que prefería rehuirla. El día de la excursión en bicicleta había sido un espejismo. Quizá estaba medicado o había hecho una promesa al santo patrón de las Highlands, pero... solo había sido eso. Un oasis de buen rollo en medio de dos semanas de desierto. Lo único que Samantha aún no había conseguido entender era qué había hecho ella para que la odiara tanto.

Estaba preciosa, maldita fuera. Ese era el único pensamiento que atravesaba la mente de Doug mientras la miraba. Porque... ¿podía dejar de mirarla? No. Rotundamente no. Estaba seguro de que ella se había arreglado especialmente para torturarlo porque, aunque a nadie se le escapaba —a él el primero— que era una mujer guapísima, lo de aquella noche era, simplemente, una locura. Llevaba un vestido de color rosa fucsia, tan ajustado que podría haber detectado el relieve de sus lunares, aderezados con unos tacones vertiginosos que convertían sus piernas en dos caminos que él habría matado por recorrer enteros. Con sus dedos, con la palma de sus manos o con la lengua. Joder. Estaban sentados a la mesa del comedor principal de la casa, rodeados por tres parejas de mediana edad, y Doug lucía una erección que lo estaba torturando.

En la cena no había llegado la sangre al río, pero... tampoco Doug y Samantha habían conseguido ponerse de acuerdo en un solo tema. Los amigos de Connie eran encantadores y no hubo silencios incómodos ni tensiones difíciles de aguantar, pero parecía como si los dos futuros hermanastros hubieran nacido en planetas diferentes. Quizá Manhattan y las Highlands lo eran, de hecho.

Primero se habló de arquitectura, una conversación que surgió a causa de la profesión de Samantha y de la solemnidad que los invitados consideraron que poseía la construcción del castillo. Doug había hablado un poco sobre lo que había ido leyendo a lo largo de los años sobre aquel tipo de edificaciones, su historia y algunas técnicas constructivas que resultaron innovadoras para la época. La conversación derivó hacia los edificios más imponentes del mundo, y Doug mencionó las ruinas de Melrose Abbey, que siempre conseguían sobrecogerlo, y, por supuesto, los castillos de Edimburgo y Stirling. Samantha seleccionó el Museo Guggenheim de Nueva York y la Torre One del nuevo World Trade Center.

La segunda conversación fue sobre comida, traída al hilo de los diferentes manjares que la cocina del castillo había seleccionado para esa noche. Doug, por supuesto, eligió los *haggis*. Samantha se decantó por el té *matcha* con semillas de chía, algo que Doug ni siquiera sabía muy bien qué era, pero, si era un té, definitivamente no era una comida.

También disintieron en gustos musicales (a Doug le gustaba Metallica; a Samantha, Coldplay), cinematográficos (él era un fan rendido de las películas épicas, a pesar de ese desastre que había hecho Hollywood con *Braveheart*; Samantha adoraba los musicales) y deportivos (a Doug le gustaban el fútbol y el rugby; a Samantha, el tenis y el ciclismo). En el momento del postre, la conversación giraba ya alrededor del clima, que parecía un lugar seguro:

—Aquí los inviernos deben de ser duros, ¿no? —le preguntó una de las invitadas a Doug.

—Sí, sin duda. —Doug esbozó una sonrisa tan encantadora que Samantha no pudo evitar preguntarse si algún día ella volvería a ser receptora de ese gesto—. Pero a mí me encanta el invierno. Si es un invierno abundante en nieve... ya me parece perfecto.

—¡Qué horror! —se le escapó a Samantha; a pesar de que no coincidían en opiniones, al menos habían sido capaces de mantener la cordialidad—. Yo viviría en un verano permanente. Seré la típica neoyorquina que se jubila y se va a Florida.

—Eso sí que me parece un horror a mí. —Doug tragó su cucharada de pudín antes de continuar—. El calor y Florida, las dos cosas.

—¿Habrá algún gusto que tengamos en común, Doug? Empiezo a dudarlo.

Él le respondió con un gesto bastante despectivo, pero, aunque Edward y Connie se dirigieron durante un segundo una mirada de tensión, nadie más en la mesa se dio cuenta. Se sirvió

té y las conversaciones continuaron, pero Samantha no aguantaba más allí. Estaba deseando retirarse a su cuarto... y también que pasara rápido una semana, porque, exactamente siete días después, Edward y su madre estarían casándose y ella tendría ya medio pie en la terminal de salida del aeropuerto de Edimburgo. Además, ya estaba harta de que, cada vez que se encontraban, fuera Doug quien hiciera *mutis por el foro*. Tenía todo el derecho del mundo —y muchas ganas— de ser ella quien hiciera una salida triunfal.

Y eso hizo. Subió las escaleras contoneándose con sus tacones, luciendo aquel vestido precioso que le había costado un dineral y que aquella noche había querido usar como «vestido de la venganza». Se lo había aconsejado su amiga Lisa después de que ella la llamara para contarle todo lo ocurrido en la última semana y ella se empeñara en echar las culpas a una hipotética atracción. «A ese tío le gustas», le había dicho, y a Samantha se le había escapado una carcajada incrédula; pero, por si hubiera una mínima posibilidad, quería torturarlo con aquella prenda que era la tela llevada a su mínima expresión.

—¡Sammy, espera!

La voz de Doug detrás de ella la sobresaltó. No había oído sus pasos. «Una razón más para odiar las alfombras mullidas y recargadas, McDougall», tuvo ganas de decirle, pero no le pareció el momento de retomar la discusión sobre arquitectura y decoración.

—¿Qué pasa?

—¿Podemos... hablar un segundo? —le dijo él, mientras se mordía el labio en un gesto tímido que no le pegaba nada.

—¿Te refieres a si podemos discutir? —El gesto de Samantha era pétreo; no pensaba darle un voto de confianza para que él acabara burlándose de ella.

—Por favor.

—¿Te manda tu padre? —Samantha arqueó una ceja.

—Te juro que no. —Seguían caminando mientras hablaban y Doug le hizo un gesto hacia una estancia en la que ella no había entrado más que de pasada el día que le enseñaron el castillo; no era su estilo, desde luego, pero no se podía negar que era una biblioteca espectacular—. Pasa.

—¿Qué ocurre?

—Yo... creo que te debo una disculpa por mi comportamiento de los últimos días. —Doug se pasó una mano por la cara; saltaba a la vista que no le estaba resultando fácil aquella conversación.

—¿Tú crees? —le preguntó Samantha, irónica.

—Pónmelo un poco fácil, anda. —Doug le sonrió y Samantha sintió que empezaba a ablandarse; no solo su carácter; también se le ablandaron las rodillas, que tenían la consistencia de la gelatina ya. Qué tendría aquel hombre, que surtía efecto inmediato sobre ella...

—Te lo voy a poner sencillísimo. Estoy dispuesta a olvidarlo todo... Las salidas de tono, el llevarme la contraria como por rutina ya, las respuestas bordes, el «princesita»... todo, si me dices el porqué de tu actitud. Porque no es que al principio parecieras encantado con mi presencia, pero pensaba que eso había cambiado desde el día que salimos en bici.

—No quieras saber por qué, Sammy. —Doug echó a andar por la biblioteca y se dirigió a una camarera sobre la que había varias botellas de cristal tallado. Se sirvió un vaso de *whisky* y dio un trago. Cuando levantó la mirada, Samantha estaba con los brazos en jarras y, de nuevo, la ceja levantada—. ¿Qué he hecho ahora?

—¿No te han enseñado a ofrecer una bebida cuando te sirves para ti? —Samantha no se podía creer que necesitara una copa, después de años abstemia, pero al parecer aquel hombre tenía la capacidad de revolucionarla en todos los sentidos.

—Es *whisky*... No tengo té *matcha* aquí —se burló Doug, aunque el tono era muy diferente al que había usado hasta entonces para dirigirse a ella; era cariñoso. De hecho, no había acabado aún la frase y ya estaba sirviéndole un vaso—. ¿Un brindis por la paz familiar?

—No intentes despistarme. ¿La razón por la que te comportas así conmigo?

—Yo... —Doug resopló y quizá se le escapó demasiado oxígeno del cerebro, porque se lanzó al mayor acto de valor de su vida—. Es que... me pones malo.

—¿Perdona? He intentado incluso estar callada la mayor parte del tiempo desde que soy consciente de que no me soportas. Eres tú el que ha estado buscándome desde...

—No, no, no me has entendido. —A Doug le dio la risa nerviosa—. Me pones malo... en otro sentido.

—¿Hay varios sentidos de eso que has dicho? —Samantha estaba tan inmersa en su cruzada por descubrir la causa de aquella enemistad que no se dio cuenta de que Doug y ella se habían ido acercando. Mucho. Demasiado.

—Hay este. —Y cuando quiso darse cuenta, Doug había cogido su mano y la acercaba a su propia entrepierna, cubierta por unos pantalones vaqueros que no conseguían disimular una erección... imponente. Samantha tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para que el vaso de *whisky* no saliera volando por la impresión—. Estoy así desde que has llegado, joder. Me va a dar un ictus.

—Yo...

—Preguntabas cenando si habría un solo gusto que tengamos en común... —Doug siguió hablando porque nada de lo que pudiera decir Samantha iba a favorecerlo; y, sin embargo, ella no apartó la mano. Si lo hubiera hecho, Doug no habría dudado ni un segundo en disculparse y dejarla marchar—. Creo que esto es lo que tenemos en común, Sammy. —Su voz bajó a un susurro—. Que nos ponemos. Mucho.

Samantha se quedó muda. E inmóvil. Su cerebro le gritaba que apartara la mano de aquella entrepierna cubierta de tela, pero su cuerpo no hacía ni caso. Incluso juraría que había empezado a apretar un poco. Y era dolorosamente consciente de que tenía los labios entreabiertos, esperando un beso que no llegaba. Y que ella tampoco debería estar deseando cual oasis en desierto.

Doug hizo un movimiento rápido. Rápido y certero. Samantha quedó encajada en el hueco —pequeño, cargado, perfecto— entre la pared panelada de madera y el cuerpo de Doug. Sentía su aliento hacerle cosquillas en la piel de la cara y hasta eso le pareció tan sensual que estuvo a punto de ser ella la que se lanzara a sus labios. Pero no tuvo tiempo, porque Doug ya había hecho su apuesta. Y sí, se dirigió a los labios de Samantha, pero... no a los de la boca.

Samantha sintió el roce sutil de sus dedos en la entrepierna. La falda de su vestido tenía un ligero vuelo, y ese era el único acceso a su cuerpo que permitía la indumentaria. Se tambaleó sobre los tacones y fue incapaz de emitir un solo sonido. La mirada verde acuosa de Doug se clavó en sus ojos, como pidiéndole permiso, y ella no pudo evitar dárselo. No es que quisiera que parara —¡por Dios, no!—, pero, aunque ese hubiera sido el caso, dudaba que su voz colaborara para hablar. Él reconoció el consentimiento y empezó a mover los dedos.

¿Existía el cielo? Samantha no había dedicado demasiadas horas de su tiempo a meditar ese tipo de cuestiones filosóficas, pero allí, justamente en aquella biblioteca, entendió lo que significa esa expresión de «tocar el cielo con las manos». Y es que aquellas manos de Doug... parecían las de un dios. Sería demasiado pedir que un hombre tan arrasadoramente atractivo no tuviera unos cuantos dones para el sexo. Porque aquello era sexo. Ni una sola prenda de ropa había caído al suelo, ni un solo milímetro de piel estaba expuesto, pero aquello era sexo. Nadie podría ponerlo en duda.

—Doug... —Su voz sonó sibilante, por el placer, pero también como advertencia. La puerta de la biblioteca estaba solo entornada y Samantha se la señaló con la cabeza.

—No te preocupes. Nadie entra aquí nunca —le susurró al oído. Samantha sintió su lengua rozarle el lóbulo de la oreja y en ese momento estuvo segura: había perdido la cabeza para siempre—. Intenta no gritar y nadie nos descubrirá. A ver si eres capaz...

Aquella prepotencia, que en los días anteriores la había puesto enferma, ahora... la excitaba. No fue tan absurda como para rebatirle aquella fanfarronada, porque sabía que tendría que poner los cinco sentidos —y alguno más, si lo encontraba— para no desgañitarse cuando el orgasmo la alcanzara. Ya le estaba costando lo suyo solo con los preliminares.

Y el orgasmo llegó. Arrollador como una ola de aquel océano que rodeaba las Highlands. Cálido como el sol que había calentado la piedra del castillo durante todo el día. Inolvidable, porque Samantha no lo reconocería en voz alta, pero jamás, en toda su vida, había experimentado un orgasmo como aquel. Literalmente, la dejó sin habla.

—Estás preciosa cuando te corres, Sammy —le dijo, en voz muy bajita, más por la intimidad que habían creado con aquel momento que por miedo a que los descubrieran. En aquel instante, estaban los dos tan excitados que poco les importaría hacer el amor sobre la mesa del comedor.

Para llevarlo todo más al límite, Doug la miró, con tanta firmeza y sensualidad en los ojos que a Samantha le habría encantado fotografiarlos para poder recurrir a esa imagen siempre que quisiera excitarse, y se llevó a la boca los dedos que había usado unos momentos antes para hacerla correrse. Los lamió y, a continuación, le lanzó un beso con ellos antes de dirigirse a la puerta.

—Mañana pasaré a verte por tu cuarto. —Le guiñó un ojo—. Me parece que tenemos que hablar.

Samantha apagó la alarma de su móvil sin darse cuenta apenas cuenta y siguió durmiendo. Ni siquiera sabía cómo había conseguido llegar a su cuarto la noche anterior. Le habían temblado tanto las rodillas después de aquel orgasmo demoledor que tuvo que descalzarse y recorrer con los pies desnudos las alfombras del castillo; de eso sí se acordaba. Una vez en su dormitorio, había tardado horas en conciliar el sueño —de ahí que ella, disciplinada como nadie, se hubiera quedado dormida a la mañana siguiente—. No dejaba de pensar en lo que había sentido en aquella biblioteca, en cómo toda su piel se había erizado con un simple primer roce, cómo sus terminaciones nerviosas habían respondido a las caricias de Doug, aquella sensación abrumadora de que nunca en toda su vida había disfrutado de un orgasmo así... y la desoladora de que no volvería a hacerlo.

Algo la despertó. *Algo*. En aquel maldito castillo siempre había algún ruido que perturbaba su sueño. Y... siempre era la misma persona quien lo producía, aunque eso no lo supo hasta que abrió la puerta.

—¿Quién es? ¿Y qué pasa? —preguntó, mientras abría la puerta con un gesto brusco. Estaba aún en algún punto entre la vigilia y el sueño, razón por la cual no se planteó ni el aspecto que tenía ni quién podía ser la persona que llamaba.

—Vaya... —Doug la recorrió de arriba abajo con la mirada y arqueó una ceja—. ¿Se nos han pegado las sábanas, Sammy?

No fue hasta ese instante cuando Samantha se dio cuenta del aspecto que tenía. Llevaba puestas unas mallas de hacer deporte, porque todos los pijamas que había metido en la maleta eran de verano —¡era septiembre!—. Por esa misma razón, también lucía una sudadera que, sin ninguna duda, había conocido mejores tiempos. Por debajo de ella, se translucía el horroroso sujetador ergonómico que impedía que sus pechos formaran arrugas en el escote al dormir. Su pelo era... ¿qué pasaba con la humedad en Escocia? Si normalmente le costaba mantenerlo sin encrespamiento, por las noches era misión imposible; necesitaba tirar de planchas del pelo cada mañana. Por supuesto, se había olvidado de quitarse la ortodoncia que usaba para dormir desde que le habían sacado los *brackets* a los dieciséis años —y esa era la razón por la que su frase de bienvenida había sonado a «¿Quién es y qué pasa?»—; pero había recordado coger las gafas —de pasta y con el grosor de un cristal blindado—. Podría haber sido al revés, pero la suerte no estaba de su lado aquella mañana, al parecer.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó, con el tono más desagradable que fue capaz de componer, justo después de deslizar disimuladamente su ortodoncia en el bolsillo de la sudadera.

—Creo que tenemos una conversación pendiente.

—¿Una conversación pendiente? —Samantha arqueó una ceja.

—Puede que estés aún demasiado dormida para recordarlo, pero ayer te corriste como una reina en mi mano.

—Veo que no te levantas tímido.

Doug se sentó en la cama, que aún tenía las sábanas revueltas, y la miró. La recorrió con la mirada mientras se preguntaba si algún día se cansaría de hacerlo. Ella lo miró desde arriba —parecía estar tanteando la situación—, pero finalmente se rindió y se sentó junto a él.

—¿Qué quieres decirme?

—¿Yo? —le preguntó Doug, con un gesto divertido pintado en la cara.

—Tú eres el que ha irrumpido aquí a primera hora de la mañana para hablar.

—¿Primera hora? Son más de las nueve.

—¿Vas a decir algo o...?

—Voy a proponerte un trato.

—¿Un trato? —Samantha tenía la sensación de estar repitiendo todo el rato lo que él decía, como un loro bien amaestrado.

—Creo que es evidente que me pones... mucho. Y me atrevo a decir que yo a ti también, a no ser que seas una gran actriz. Si es esto último, recuérdame que escriba a Hollywood para asegurarme de que te den el Oscar este año. —Doug resopló—. El caso es que... te queda una semana aquí. ¿Crees que podríamos...?

—¿... vivir una aventura tórrida con mucho sexo y sin ningún compromiso? —Samantha lo dijo en tono irónico. De verdad que esa fue su intención al hacer aquella pregunta; justo a continuación pensaba decirle a Doug que se largara por donde había venido y se olvidara de aquella gilipollez. Pero, a mitad de frase, se dio cuenta de que había sentido un tirón intenso entre las piernas y que las últimas palabras se le habían escapado en un susurro sensual. Y a Doug no le pasó inadvertido, por supuesto.

—Tenía la esperanza de que te mostraras tan entusiasmada como yo con la idea. Bien, Sammy, bien —se burló Doug, aunque ya no había en sus palabras aquel tono punzante que ponía enferma a Samantha. Ahora la ponía... otra cosa.

—No he dicho que sí.

—No me gustaría tener que recurrir al sucio truco de recordarte que me debes un orgasmo.

Samantha se ruborizó. Y Doug se dio cuenta de que nunca le había parecido tan encantadora como en aquel momento.

—Tengo dos condiciones. —Samantha se rindió a la realidad de que aquello le apetecía tanto como a Doug.

—Acepto.

—¡Pero si no sabes ni lo que voy a decir! —A Samantha se le escapó una carcajada.

—A ver, tú dirás. Pero voy a aceptar, créeme. Te tengo demasiadas ganas. —Eso último lo dijo en un susurro tan sexi que Samantha creyó enloquecer.

—La primera es que será lo que hemos dicho. Sexo, solo sexo, solo esta semana.

—De acuerdo.

—Y la segunda es que nunca nadie podrá saberlo. Por si no lo recuerdas, nuestros padres se casan en seis días.

—También de acuerdo. —Doug se acercó más a ella, se acercó *mucho* a ella, y le acarició la mejilla—. Y ahora... ¿te he dicho alguna vez que en Escocia tenemos una manera especial de sellar los tratos?

—¿Una que implica desnudarse?

—Sí. —Doug asintió con la cabeza—. Y jadear. Jadear mucho también.

Había aceptado. Doug apenas podía creérselo. Aquella noche, después del episodio de la biblioteca, no había pegado ojo. Se había levantado temprano, más incluso de lo habitual, y solo después de dos sesiones de entrenamiento en modo experto fue capaz de pensar con claridad. Con un poco de claridad, al menos. O quizá aquellas series de flexiones y dominadas habían impedido que la sangre le llegara al cerebro y por eso se había plantado en la habitación de Samantha para proponerle aquel pacto que ni siquiera se podía creer que ella hubiera aceptado.

Pero lo había hecho. Y lo habían celebrado por todo lo alto. El sexo lento y cálido de primera hora de la mañana había derivado en una sesión de caricias algo inesperada, culminada al final por otro par de orgasmos rapidito —pero no por ello menos placentero—. Solo consiguieron salir de la cama ante la amenaza de que alguien se diera cuenta de a qué habían dedicado la mañana. Al menos fueron capaces de componer un aspecto decente para presentarse a almorzar con la familia sin que sospecharan nada.

Por la tarde, los dos necesitaban dormir una siesta. Y fueron capaces, de puro milagro, de hacerlo por separado. Volvieron a encontrarse a la hora de cenar y nunca una comida se les había hecho tan larga. Samantha ni siquiera recordaba qué excusa había dado para levantarse de la mesa apenas tres minutos después de que Doug dijera que se iba. Tenía pocas dudas de que se lo iba a encontrar en algún punto de aquel castillo, entre el comedor de diario y su cuarto.

—Pensaba que esa maldita cena no se iba a acabar nunca. —Doug apareció de repente detrás de una esquina y le susurró esas palabras al oído. Samantha se sobresaltó durante un segundo, pero enseguida su cuerpo comprendió: pasó en un segundo del susto a la excitación extrema.

Llegaron al cuarto de Samantha envueltos en un beso que era todo lengua, dientes y ganas. En cuanto la cerradura de la puerta hizo clic, la ropa empezó a volar. Y ni dos segundos después estaban ya sobre la cama.

Fue una noche perfecta. De sexo y pasión. De besos y orgasmos. De labios que buscan piel, dedos que hacen música y lenguas que no necesitan palabras para hablar. A Doug y a Samantha les costaba creer que, apenas veinticuatro horas antes, tuvieran una relación más cercana al odio que al amor... que a la atracción, o lo que fuera que tenían ahora. No querían ni pensar en la palabra «amor», por supuesto.

Aquella fue también la primera vez que durmieron juntos. Samantha estaba deseando pedirle que se quedara; al fin y al cabo, había más posibilidades de que alguien lo viera huir del castillo como un amante a la fuga si se iba a esas horas que si lo hacía a primera hora de la mañana. Pero no se atrevió. Tampoco le hizo falta.

—¿Puedo decirte algo de lo que seguramente me arrepienta? —le dijo Doug, en voz muy bajita, y Samantha estuvo a punto de ronronear. Por alguna razón que desconocía, la volvía loca aquella forma de hablar de él, siempre dejando que su aliento se le colara en el oído y le tocara una música que a ella le sonaba celestial.

—Miedo me das —quiso bromear, aunque le daba pánico lo que él tuviera que decirle.

—Esta mañana, cuando he venido por sorpresa a tu cuarto, tú...

—¿Yo...?

—Estabas diferente.

Samantha se tapó la cabeza con la almohada. Allí, desnuda, en brazos del hombre más atractivo con el que había tenido la suerte de cruzarse en su vida, se sentía muy sensual, pero si

pensaba en el aspecto con el que se la había encontrado Doug aquella mañana... ni siquiera entendía muy bien por qué había decidido seguir adelante con aquel pacto que traería pensado de casa, de cuando creía que ella era una atractiva rubia de la costa este.

—No me lo recuerdes —le dijo, con la voz titubeante.

—No, Sammy, escúchame. —Doug la obligó a girarse y mirarlo a la cara—. ¿Por qué te avergüenzas?

—Oye, quizá tú naciste con ese aspecto de dios griego... o escocés, o lo que sea. —El piropo inesperado hizo sonreír a Doug—. Pero yo tengo que trabajármelo mucho para estar guapa, ¿sabes?

—Vaya estupidez más enorme. —Doug puso los ojos en blanco—. Para empezar, yo no nací con este aspecto, aunque es muy de agradecer que tengas ese concepto de mí. Que sepas, para que te sientas acompañada en esa humillación absurda que sientes, que tuve un acné muy precoz y persistente. Mi madre me ponía una mascarilla de arcilla verde cada noche para intentar controlarlo. —A Samantha le dio la risa, y a Doug se le dibujó una sonrisa nostálgica—. Y tengo otros muchos defectos que no te voy a contar ahora, porque estás desnuda y muy rica, así que no me apetece demasiado perder puntos.

—No es justo. Tú me has visto con gafas, aparato, un sujetador ortopédico y el pelo como si hubiera metido los dedos en un enchufe.

—Mala suerte. —Doug se rio, pero a continuación su rictus cambió a serio—. ¿Por qué crees que es necesario que te disfraces tanto para ser atractiva?

—¿Disfrazarme? ¿En serio? —Samantha se sintió ofendida por primera vez en todo el día; y ya casi había olvidado lo que era esa sensación, a pesar de que había estado una semana viviéndola casi a diario con Doug.

—No quería decir eso, perdona. A lo que me refiero es a que... ¿por qué no un poco más de naturalidad? ¿Tienes...? ¿Cuántos...? ¿Veinticuatro años?

—Veintitrés.

—Pues deberías salir a la calle con la cara lavada, los pelos que tú llamas de loca y unas zapatillas de deporte en lugar de esos tacones de vértigo.

—Eso es un poco paternalista, ¿no? Yo me vestiré y me arreglaré como me dé la gana.

—Por supuesto que sí, solo faltaría —le dijo Doug, y solo por el tono que usó Samantha supo que hablaba muy en serio—. Pero me da la sensación de que haces todo eso más porque crees que la gente lo espera de ti que porque realmente te apetezca. Al fin y al cabo, cuando estás sola en tu cuarto, te pones cómoda y te olvidas de esas tonterías.

—Ya, pero es que...

—Nos hemos desviado del tema —la interrumpió Doug, porque, como muy sabiamente había dicho antes, la tenía en la cama desnuda y muy rica, así que no le parecía un buen momento para mantener un debate—. Lo único que pretendía decirte es que nunca, ni siquiera anoche con ese vestido fucsia que me la puso tan dura, me has parecido más bonita que esta mañana, al natural.

Samantha no supo qué responderle; no al menos con palabras. Se lanzó a sus labios porque acababa de darse cuenta de que Doug no era solo un hombre guapo, atractivo y dotado de grandes aptitudes en el sexo —que todo eso lo era, por supuesto que sí—. También era un buen tío. Completamente opuesto a ella, con ideas muy diferentes a las que Samantha había tenido toda su vida. Pero un buen tío. ¿Había algo más importante que eso? Cuando Samantha al fin cayó dormida entre sus brazos, tuvo la respuesta: no, no lo había.

«Me he ido antes de que empezara a despertarse el castillo. Una pena no poder verte recién levantada, que ya sabes que me encanta ☺ . He programado tu alarma para las nueve. Ponte un bikini y espérame en la puerta de la cochera. Yo me encargo de decirles a todos que te llevo de excursión».

Un bikini. Samantha había metido ocho en la maleta —ella creía que se iba dos semanas a un lugar que entendía el concepto de «verano»—, pero ninguno le pareció adecuado en aquel momento. Supuso que Sam querría llevarla a algún lugar con piscina, porque con aquellas temperaturas ni se podía plantear ver una playa. Tendrían que fabricar bikinis de manga larga y tela de sudadera para las pobres mujeres escoceses. O para las americanas que acababan en las Highlands por un par de jugadas extrañas del destino. Al final se decidió por el modelo más escueto: braga brasileña de color negro y top de triángulo con lazo al cuello y estampado de flores negras y amarillas. Sabía que a Doug le gustaba lo que veía cuando se desnudaba... y aquello era lo más parecido a estar desnuda que podría permitirse en público.

Samantha no conocía el plan que había ideado Doug y tampoco que su intención primaria al hacer aquella propuesta había sido verla en bikini. Lo cual era un poco ridículo, porque en las últimas veinticuatro horas la había visto desnuda de forma continuada, pero a solas y en el contorno cerrado de una habitación. Si de él hubiera dependido, se pasearían por todas las Highlands desnudos, pero aquello no parecía lo más apropiado, así que ir a darse un baño y disfrutar de los milagrosos rayos de sol que habían salido aquella mañana era una alternativa estupenda.

Cuando Samantha llegó a los portones de las cocheras, Doug ya estaba allí. No la saludó con un beso en los labios, aunque fuera breve, como ella había esperado, pero prefirió achacarlo a la posibilidad de que alguien en el castillo los viera que darle demasiadas vueltas a la cabeza. Por un momento, mientras se vestía, se mortificó un poco pensando que corría el peligro de convertirse en el juguete sexual de Doug durante aquella semana de pasión sin compromiso. Claro que se le pasó enseguida, en cuanto se dio cuenta de que solo estaba escuchando las voces de prejuicios anticuados, porque ¿acaso no estaba haciendo ella lo mismo?

—¿Vamos a ir en... esto? —Samantha señaló con la barbilla el coche cuyo parabrisas limpiaba Doug en ese momento.

—¿Esto? Esto es mi coche. —Doug se carcajeó, tiró a una esquina de la cochera la bayeta que había utilizado y le abrió a Samantha la puerta del copiloto.

—Ah. —Samantha estaba sorprendida; siempre lo estaba con Doug, en realidad. Aquel hombre vivía en un castillo espectacular, cuyo valor en el mercado inmobiliario Samantha era incapaz de calcular; era descendiente de una de las familias más aristocráticas de la Escocia de los clanes; era abogado, aunque ya no ejerciera, y no había que ser un lince para darse cuenta de que tenía una situación económica desahogada. Y, sin embargo, su coche parecía una antigualla y estaba tan cubierto de barro que dudaba que pudiera llegar a retirarse todo sin llevarse una buena parte de la pintura.

—¿No te gusta mi coche, Sammy? —Aquel tono entre burlón y sexi de Doug acabaría por volverla loca. Le costaba hasta responder cuando le hablaba así.

—No... me lo esperaba. Está un poco viejo, ¿no?

—¿Viejo? Es un clásico, joder. Un *jeep* de finales de los ochenta. Ya no se hacen coches como este.

—¿Y por eso no lo lavas? ¿Para preservarlo? —Samantha también sabía burlarse.

—Vamos a ver... ¿qué coche tienes tú?

—No voy a responder a eso. —Samantha se cruzó de brazos en cuanto subió al coche y Doug arrancó.

—¿Por qué? —Doug lo preguntó en medio de una carcajada sonora y Samantha siguió con la mirada la subida y bajada de su nuez.

—Porque te vas a reír de mí y empiezo a cansarme de eso, ¿sabes?

—Dijo la mujer que acaba de llamar viejo y sucio a mi pobre coche. —Doug apartó un segundo la vista de la carretera y la miró—. Apuesto por un Mini.

—Pues no...

—¡No, no! ¡Un Beetle! —Samantha emitió un sonido de fastidio que espoleó a Doug—. ¡Es un Beetle, ¿verdad?!

—Color rosa chicle. —Samantha sabía que no iba a poder evitar las burlas, así que al menos se enorgullecería de ser quien era; aquel coche le encantaba—. Me gusta, aunque apenas lo uso. Suelo moverme por el campus en bicicleta.

—Y cuando vuelvas a Nueva York tampoco creo que puedas usarlo mucho, ¿no?

—¡Qué va! Me trasladaré en metro y en taxi, aunque la verdad es que espero encontrar un apartamento cerca del trabajo. —Samantha se puso cómoda en el asiento y miró a Doug—. En eso sí te envidio, ¿sabes? Yo voy a dejarme la herencia de mi abuela en la compra de un apartamento que será del tamaño del cuarto de baño más pequeño de tu castillo.

—Ventajas de vivir en el fin del mundo, Sammy.

—Oye, ¿a dónde estamos yendo? —Las carreteras de Escocia la parecían siempre iguales a Samantha y no habría sabido orientarse ni siguiendo los carteles, que además estaban en gran parte escritos en gaélico y, por lo tanto, no entendía nada. Eso sí, no era capaz de apartar la mirada de la ventanilla, porque el paisaje era tan espectacular como le había parecido en aquella primera escapada en bicicleta de la que le parecía que hacía un siglo.

—Ya lo verás.

Samantha aceptó con una sonrisa; siempre le habían gustado las sorpresas. Doug encendió el equipo de música y sonó algún tipo de banda de *rock* duro, con mucha guitarra de fondo, pero sorprendentemente a Samantha no le molestó.

Recorrieron carreteras y caminos durante una hora, aproximadamente, hasta que Doug se desvió por un sendero que no habrían podido salvar con otro tipo de vehículo. Los árboles golpeaban las ventanillas y el sol intentaba colarse entre sus hojas. Paró el coche en un claro entre los árboles y le hizo un gesto para que se bajarán.

—¿Aquí?

—No arrugues la nariz, Sammy. Que te va a encantar.

Ella se encogió de hombros, tomó su bolsa de playa, en la que había introducido todo tipo de enseres, porque no tenía ni idea de lo que le depararía el día, y lo siguió. Doug la cogió de la mano. Fue un gesto inesperado. También fue bonito. Precioso, como el lago al que llegaron tras un breve paseo bajo los tímidos rayos de sol.

—¿Un lago? —Samantha sonrió, porque el lugar era tan bonito que no había otra posibilidad, pero había esperado una piscina o quizá incluso una playa.

—Ven, anda.

Doug hizo un retranqueo entre los árboles y llegaron a una especie de playa. La arena no era exactamente tal, sino unas piedras de tamaño muy pequeño que brillaban bajo la luz del sol. En la orilla rompían de forma muy suave las pequeñas olas que la brisa generaba en la superficie

del lago. Pero nada de eso era lo mejor de todo; lo que verdaderamente enamoró a Samantha de aquel lugar fue el silencio. Un silencio casi absoluto, en el que solo se oía el piar de algunos pájaros y el rumor de las hojas de los árboles. No se veía a una sola persona, a pesar de que la vista abarcaba varios kilómetros a la redonda.

—Pero... qué bonito es esto, ¿no? —Samantha le sonrió y Doug le devolvió el gesto—. Y qué tranquilo.

—Muy mala suerte tendríamos que tener para que apareciera alguien. Hay otros lagos que sí están muy frecuentados por bañistas en los días de sol, pero aquí no suele venir nadie ya a estas alturas de septiembre.

Doug hablaba mientras se despojaba de su ropa. Llevaba aquel día unos pantalones vaqueros negros y una camiseta de manga corta de color verde botella. Cuando se sacó los pantalones, quedó vestido únicamente con un bañador algo clásico, de cuadros verdes y negros; Samantha no pudo evitar preguntarse si lo había combinado a propósito con su ropa. Le gustó. Siempre le habían gustado los chicos clásicos.

Ella, por su parte, se despojó de los *shorts* vaqueros deshilachados que había recuperado del fondo de su maleta. La mirada de Doug la estaba radiografiando, así que tuvo que tragar saliva un par de veces antes de sacarse por la cabeza la camiseta negra. Doug le dirigió una sonrisa tan canalla que tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para no desnudarlo allí mismo y olvidarse de broncearse, bañarse o lo que fuera que él tuviera en mente para ese día.

—¿Has desayunado? —le preguntó él, lo cual fue muy útil para sacar a Samantha de aquella línea de pensamiento tan peligrosa.

—La verdad es que no.

—Lo imaginaba. —Doug sacó de su mochila un par de fiambresas—. He traído un poco de todo, *haggis* no, tranquila. Podemos almorzar ahora, si te apetece.

Se sentaron en una toalla enorme que había encontrado Doug en un altillo de su armario y que le pareció la excusa perfecta para que compartieran espacio. Se sentían cómodos así, apenas vestidos, recostados en el suelo y picoteando algo de pan con fiambre de unos platos improvisados.

—¿Puedo preguntar qué significan? —se atrevió a decir Samantha. Señalaba con su dedo índice los dos tatuajes que lucía Doug sobre su piel. El del bíceps lo había entrevisto cuando se habían acostado (y ya antes aquel primer día en que tuvieron un encontronazo con la leña de por medio), pero no estaba ella en aquel momento en la mejor situación para observarlo de cerca; el que llevaba sobre el gemelo de su pierna izquierda ni siquiera lo había visto antes.

—Claro. —Doug pasó la palma de su mano por aquella porción de piel de su brazo en la que destacaban grandes trazos de tinta negra—. Esto es un símbolo celta muy conocido, un *awen*.

—¿Significa algo?

—Es algo así como la comunión entre el hombre y la naturaleza, no sé explicarlo mejor. Entre el ser humano y el mundo en el que habita, algo un poco místico. Me lo hice cuando decidí dejarlo todo en Edimburgo y venirme a vivir aquí. Nunca me he arrepentido.

—¿De haberte hecho el tatuaje o de haberte venido?

—De ninguna de las dos cosas.

—¿Y el otro? —Samantha señaló con su barbilla la pierna de Doug.

—Este... —Los dedos de él recorrieron aquellas líneas en las que se podían distinguir algunas palabras que Samantha leía, pero no sabía identificar—. Es parte de la letra de *Maggie May*, la canción de Rod Stewart. Era la favorita de mi madre.

—Oh... —se le escapó a Samantha al reparar en la expresión triste que se había dibujado

en los ojos de Doug.

—Me lo hice al cumplir los dieciocho; lo tenía claro desde mucho antes.

—Qué bonito, Doug.

Él se la quedó mirando un momento y, a continuación, la estrechó contra su cuerpo y la besó. La besó sin intención de nada más. Sin pretender desnudarla, tocarla ni hacerla jadear contra su piel. La besó porque le apetecía hacerlo, porque tuvo durante un segundo la sensación de que no podría seguir respirando si no lo hacía. Doug nunca había sido un hombre de besos —era demasiado pragmático; para él los besos siempre suponían la antesala de una buena sesión de sexo—; quizá por eso se sorprendió tanto al desear aquel beso de la manera que lo hizo. No, no es que lo deseara; lo necesitaba.

—¿Vamos a bañarnos? —Doug hizo la propuesta porque no quería seguir manteniendo esa línea de pensamiento. Samantha sería su aventura de aquella semana. Una a quien, si todo acababa bien, recordaría siempre con cariño y quizá saludaría en los eventos familiares en los que coincidieran con el brillo burlón de quien recuerda las buenas noches de sexo. Pero nada más. No era posible nada más.

—No sé yo cómo estará la temperatura de esa agua...

—Vamos, Sammy. —Doug se levantó y se oían sus carcajadas mientras se dirigía a la orilla—. A mí no me la cueles, tú no eres de Florida ni de California. Estoy segura de que en Nueva York o en Boston está el agua congelada también.

—¡Ah! O sea, que reconoces que está helada, ¿no?

—Ven y compruébalo.

Samantha no había tenido demasiada intención de hacerlo, porque la temperatura ambiente no debía de pasar demasiado de los veintidós o los veintitrés grados y ella estaba acostumbrada a ir a la playa solo cuando el calor era abrasador. Pero ver a Doug zambullirse en aquellas aguas la convenció definitivamente. Y cuando se acercó y metió su pie en aquella masa enorme de agua cristalina comprobó dos cosas: que puede que el lago estuviera a una temperatura gélida, pero la presencia de Doug en ella la calentaba unos cuantos grados. Y que, por estar con él, estaba dispuesta a sumergirse incluso en un bloque de hielo. Algo que le hacía latir el corazón de esa manera no podía ser malo, ¿verdad?

Samantha despertó a la mañana siguiente con la agradable sensación de la piel tirante que deja un bonito día al sol. Parecía que no, pero después de tantas horas, incluso los tímidos rayos de sol de las Highlands podían penetrar en la piel y dejar un recuerdo tostado. Pero no era ese ligero bronceado el rasgo que más destacaba en su físico aquella mañana. Era una sonrisa inmensa. El día en el lago había sido una preciosidad. Había hablado con Doug de todo y de nada, se habían reído juntos, se habían bañado cuatro o cinco veces e incluso habían hecho el amor dentro del agua, cosa que para ella fue una primera experiencia de sexo acuático muy satisfactoria. A media tarde, habían decidido volver al castillo, él se había colado en su cuarto y se habían duchado juntos. Solo cuando Connie llamó a la puerta —lo cual estuvo a punto de provocarles sendos infartos— para avisar a Samantha de que la cena estaba servida, fueron capaces de separarse.

Sin embargo, aquel martes iba a ser diferente. Doug le había dicho la noche anterior que tenía que encargarse de unos asuntos de trabajo durante todo el día; había estado algo descuidado en sus funciones desde que su padre había llegado hacía un par de semanas para preparar la boda y, mucho más, desde que Connie y Samantha habían aparecido. Había decidido dedicar una jornada entera a unas cuantas reuniones que había ido aplazando, para quedarse ya de vacaciones hasta después de la boda.

Samantha dedicó el día a pasar tiempo con su madre. De manera milagrosa, habían conseguido reencontrarse como madre e hija de una manera que no lo eran desde aquel divorcio demoledor, más de siete años atrás.

—No sabes cómo te agradezco que te estés involucrando tanto en todo, Samantha —le dijo Connie, con un Martini en la mano, después de que revisaran un par de veces aquel Excel eterno en el que la organizadora de bodas le había ido apuntando cada una de las funciones que tendría que realizar cada día. Para una mujer tan caótica como Connie era un reto cumplir con aquellas obligaciones, pero la ayuda de Samantha, que siempre había sido muy organizada y eficiente, hizo que todo apuntara a que la boda saldría a la perfección.

—No hay nada que agradecer, mamá.

Lo decía en serio. Lo pensaba porque, aunque no hubiera cambiado su aventura con Doug por nada, se sentía también un poco culpable hacia su madre. Al fin y al cabo, aquel viaje a Escocia le había parecido una pesadilla mientras se trataba solo de asistir a su boda. En cambio, desde que Doug había entrado en escena, parecía como si las Highlands fueran su único hogar verdadero. Se alegraba mucho de que Connie viviera casi todo el tiempo en las nubes, porque cualquier otra mujer con un mínimo de intuición maternal se habría dado cuenta ya de toda la jugada.

A las seis y media de la tarde, después de su hora diaria de yoga, de haber salido a correr un ratito por los alrededores del castillo y de dos conversaciones telefónicas de media hora (una con su padre, otra con su mejor amiga), Samantha se encontraba duchada y vestida, sentada sobre su preciosa cama con dosel y... nerviosa. Doug le había dicho que cenarían juntos en su apartamento y hacía ya un rato que le había confirmado que estaba de camino. Samantha se preocupó un poco cuando se dio cuenta de que no había acabado de respirar tranquila hasta que él le había dicho que la esperaba en las cuadras del fondo de la finca cuando estuviera preparada.

Samantha había deducido de algunas conversaciones con él que era allí donde vivía. En las cuadras. No quiso sacar su espíritu de *princesita*, ese del que tanto se burlaba Doug, pero no pudo evitar imaginarse lo peor al escuchar que aquel hombre vivía en unas cuadras. Sabía desde

el comienzo de su estancia que él no vivía en el edificio principal del castillo, pero tampoco se había planteado que se hubiera ido a vivir a las cuadras.

—Bienvenida a mi palacio, princesa —le dijo Doug al recibirla, antes de atraerla hacia él para darle un beso para el cual incluso el adjetivo «tórrido» se quedaba corto. Aquella zona de las cuadras quedaba bastante alejada del edificio principal, había todo un precioso jardín en medio, así que se sentían a salvo de miradas indiscretas.

—A ver... ¿me enseñas esas cuadras en las que vives? —le preguntó Samantha en tono burlón.

Pero *burlada* quedó ella al comprobar que las cuadras ni se parecían a la imagen mental que ella hubiera podido hacerse. Doug le iba enseñando el lugar al mismo tiempo que le explicaba su historia.

—Cuando me mudé de vuelta desde Edimburgo al castillo, me di cuenta de dos cosas: que era urgente introducir una modernización profunda en el trabajo agrícola y ganadero de la casa, por el que parecía que ni había pasado la Revolución Industrial. Funcionaba más o menos igual que en el siglo XVII, cuando lo dirigían mis tata-tatarabuelos.

—¿Y cómo lo hiciste? —le preguntó Samantha mientras atravesaba la puerta principal de aquella construcción de piedra a la que le calculaba, a ojo de arquitecta novata, unos ciento cincuenta metros cuadrados.

—Con mucho esfuerzo y muchos dolores de cabeza. Pero, afortunadamente, al año y medio, más o menos, ya teníamos externalizado el trabajo agrícola y los animales desplazados a instalaciones externas al castillo, en las cuales viven muchísimo mejor y resultan más productivos.

—Pero siguen perteneciendo al castillo, ¿no?

—Sí. —Doug le indicó con la mano que pasara a la estancia principal de aquellas antiguas cuadras, el que era su apartamento—. Digamos que dejó de ser una explotación casera para convertirse en una empresa moderna. No fue fácil, pero funcionó.

—¿Y cuál fue la otra cosa de la que te diste cuenta?

—De que no podía vivir en el castillo. Era demasiado grande, demasiado antiguo... Ahora está abierto para la boda y parece que tiene mucha vida, gracias al personal de servicio y todos los que estáis viviendo allí, pero para una sola persona durante todo el año... creo que acabaría convertido en un ermitaño loco. Así que decidí reformar las cuadras, que se habían quedado vacías después de que los animales se fueran de aquí, y convertirlas en... esto.

Samantha echó un vistazo alrededor. Si la vivienda de Doug hubiera sido un iglú, ella no se habría sorprendido más. Su alma de arquitecta, de auténtica apasionada del diseño, sintió un pinchazo al encontrarse con una de las casas más bonitas que había visto en toda su vida. La vivienda tenía planta cuadrada; la zona principal, la más amplia, quedaba a la izquierda de la puerta de entrada y la ocupaba por completo un salón-comedor con cocina integrada. Estaba orientada al sur, en los límites del terreno del castillo, y unos enormes ventanales de suelo a techo permitían vislumbrar las montañas, al fondo, y un bosque con árboles de copas tupidas en primer plano. Era fácil perderse en aquellas vistas; daba la sensación de estar en medio de la naturaleza, aunque bien resguardados en el calor del hogar, que salía de una chimenea de diseño, preciosa, colgada del techo, que separaba una pequeña biblioteca del resto de la estancia. La cocina era muy moderna, de estilo industrial, con los electrodomésticos en acero inoxidable y los muebles en madera de color claro. Toda la decoración, en general, seguía un patrón que mezclaba modernidad y tradición. Había libros que suponía Samantha que habrían salido de la biblioteca principal del castillo, porque tenían sin duda más edad que el propio Doug; había tapices enmarcados, alfombras mullidas y pinturas antiguas, entremezcladas con muebles de diseño nórdico, lámparas

industriales y aparatos electrónicos de última generación.

—Y este es el dormitorio. —En la voz de Doug había un tono burlón, pero Samantha ni siquiera lo percibió, distraída como estaba admirando el estilo de aquel apartamento.

En el cuarto de Doug destacaba una enorme cama sin cabecero, muy austera, decorada con una colcha de cuadros escoceses, cómo no. Un vestidor separaba la zona de dormir de un cuarto de baño también muy moderno, pero con una bañera de patas vestida también con una cortina con los mismos cuadros de la colcha.

—Cuadros escoceses por todas partes, eh. —Samantha le guiñó un ojo a Doug; se había fijado ya en el salón de que los mismos colores decoraban los cojines del gran sofá principal.

—Tartán —la corrigió Doug—. ¿Sabes que, en la antigua Escocia de los clanes, cada familia tenía unos colores propios?

—Reconozco que lo poco que sé sobre ese asunto lo he aprendido viendo *Outlander*. —Samantha se mordió el labio, preparada para que Doug se burlara, casi deseando que lo hiciera, pero él, en cambio, se acercó, le liberó con el pulgar el labio que apresaba entre sus dientes, y la besó con suavidad.

—Estos son los colores del clan de los McDougall. —Doug señaló hacia aquella cortina de ducha tan original—. Marrón oscuro, azul marino y azul celeste.

—Es precioso.

Doug asintió y la dirigió hacia la zona de la casa que les quedaba por ver. Había allí otro cuarto de baño, algo más pequeño, y un despacho presidido por una enorme mesa de cristal llena de papeles y archivadores.

—¿Trabajas desde aquí?

—Cuando me tocan tareas de oficina, que por suerte no es demasiado a menudo, sí. Pero la mayor parte del tiempo la paso en el campo. —Doug la tomó de la mano y Samantha dio un respingo; un respingo de ilusión—. Y ahora, ¿me dejas que te invite a cenar?

—Claro.

Doug la condujo a la única parte de la casa que había pasado desapercibida a su escrutinio. Una puerta de cristal conducía a una pequeña terraza interior, que quedaba en el centro del cuadrado que constituía la casa y que era accesible desde el dormitorio, el salón, el despacho y la biblioteca. El suelo era de madera de teca y, en el centro de ella, había una mesa y dos sillas del mismo material. Doug había desplegado sobre ella un mantel —también del tartán de su clan— y varios platos tapados por campanas metálicas los esperaban. Dos velas titilaban en el centro de la mesa.

—Guau... —Fue la única palabra que Samantha se sintió capaz de pronunciar.

—¿Acierto si digo que te he impresionado un poco?

—¿Has cocinado tú la cena? —Samantha le respondió con otra pregunta.

—He preparado una ensalada y un pescado al horno, no te creas que he desplegado grandes cualidades. Eso... me lo reservo para más tarde.

Un nuevo guiño de los ojos de Doug alteró el ritmo cardíaco de Samantha. La primera vez que había visto a Doug le había parecido poco más que un patán, y la actitud de él durante aquella primera semana no había hecho más que confirmarle su impresión inicial. Pero desde que se habían *acercado* —mejor usar un eufemismo, porque cualquier término que se acercara a la realidad de lo que estaban viviendo podía ser peligroso—, pensaba muy diferente de él: era un hombre culto, lector, que había dejado una vida cómoda porque creía en sus ideales, que había trabajado duro por renovar una empresa obsoleta, con un gusto exquisito para la decoración, una buena relación con su padre y, encima, sabía cocinar. Qué difícil estaba resultando no enamorarse

de él, por Dios santo...

Comieron en silencio, pero fue cómodo. Solo el canto de los grillos hacía de banda sonora de aquel momento. Un escalofrío recorrió a Samantha después de terminar el segundo plato; siempre le entraba el frío después de comer, y las temperaturas de las Highlands a esas horas de la noche no ayudaban demasiado.

—Espera un segundo.

Doug se llevó los platos dentro y volvió apenas unos segundos después, con dos *coulants* de chocolate en los platos y una sudadera sobre el hombro.

—Veo que sigue costándote acostumbrarte a las temperaturas de estas tierras. —Doug le entregó la sudadera, que era de color azul marino y tenía un logo de la Universidad de Saint Andrews. Él sí parecía acostumbrado; vestía unos pantalones vaqueros y una camiseta de manga corta—. Toma, ponte algo de ropa... antes de que te la quite toda.

—Vas a tener que competir con ese *coulant* por mi atención.

Durante el postre, bromearon, rieron, charlaron y, aunque no lo dijeron en voz alta, confirmaron aquella sensación que llevaba días anidando dentro de ellos de que tenían más cosas que los unían de las que los separaban.

—Seguro que pensabas que vivían en unas cuerdas con olor a mierda, ¿no?

—Bueno... por aquí huele a estiércol el noventa y nueve por ciento del tiempo.

—Yo ya estoy acostumbrado. —Doug se rio y, después de dar la última cucharada a su postre, acercó su silla a la de Samantha y le acarició la mejilla—. Además, merece la pena solo por ver cómo arrugas la naricita.

—¿En serio hago eso? —Samantha sonrió.

—Y me dan ganas de mordértela cada una de las veces.

Doug la devoró en un beso con sabor a chocolate y pasión. Pero Samantha quería decirle algo y no pensaba dejar pasar la ocasión. Al fin y al cabo, tenían toda la noche para dar rienda suelta a sus ganas.

—Es cierto que no esperaba un apartamento como este. ¿Lo diseñaste tú?

—Contraté a un arquitecto de Inverness, pero la base de la idea del diseño es mía, sí. ¿Te gusta?

—Me parece espectacular.

—Igual no soy tan paleta *highlander* como tú pensabas, ¿no?

—No responderé a eso hasta que tú me digas si sigues pensando que soy una princesita de Nueva Inglaterra.

—Lo eres. —Doug la interrumpió antes de que ella consiguiera emitir su protesta—. Pero eres muchísimas más cosas de ti que eso. ¡Qué coño! ¡Incluso eso me gusta!

Y ya no hubo tiempo para más palabras. Al más puro estilo de escena erótica en el cine, Doug tiró al suelo los restos de la cena y lo siguiente que sintió Samantha fue que su cuerpo se elevaba en los brazos de él y su espalda rozaba la mesa. Fue rápido, sexi y especial. Hicieron el amor bajo las estrellas, en aquel reducto apartado del mundo que era la terraza interior de la casa de Doug. Se entregaron de una manera en que no lo habían hecho antes, más profunda, más intensa. Estaban dando tanto de sí mismos que, cuando quisieran darse cuenta, puede que ya estuvieran enamorados.

Era ya de madrugada cuando Doug llevó a Samantha en brazos a su cama. Allí volvieron a hacer el amor, dos veces, hasta que acabaron tan agotados que hasta jadear les suponía un esfuerzo. Doug estuvo a punto de levantarse al terminar y preparar el camino para que no fuera violento sugerirle a Samantha que se marchara; era lo que acostumbraba a hacer en las escasas

ocasiones en que había llevado a una mujer a su casa. Pero no lo hizo.

Samantha les pidió a sus músculos que reunieran las fuerzas suficientes para levantarse y regresar a su dormitorio en el castillo; nunca le había gustado dormir con un hombre al que solo lo unía una relación puramente física. Pero no lo hizo.

—¿Por qué no te quedas a dormir? —le preguntó Doug, después de un silencio que ambos aprovecharon para recuperar el aliento. No tuvo ni idea de dónde había salido la decisión de hacer aquella petición, pero no se arrepintió ni por un segundo de haberlo dicho.

—Pero... —Samantha estaba detrás de él, abrazándolo por la cintura, los dos desnudos, toda la piel de sus cuerpos tocándose, ardiente—. Pueden pillarnos, ¿no?

—No somos adolescentes, Sammy. —Doug se dio la vuelta y le dio un beso breve—. Tu madre sabe que mañana nos vamos a pasar el día a Edimburgo y mi padre está encantado de que te enseñe el país. Ya sería mala suerte que pasaran por tu habitación de madrugada. Y si lo hacen por la mañana, darán por hecho que ya nos hemos marchado.

—Está bien —aceptó ella con la boquita pequeña.

—Qué poca emoción, querida. No creo que vuelva a invitarte a dormir en mi casa si no te muestras un poco más interesada.

—¿Ah, no?

Samantha arqueó una ceja con actitud burlona. Era verdad que no se había mostrado demasiado efusiva con la idea de quedarse a dormir en el apartamento de Doug, pero no porque no lo sintiera así; ni siquiera por el miedo a que su madre o Edward descubrieran aquel idilio con fecha de caducidad. Había titubeado a la hora de aceptar porque le daba pavor lo mucho que le apetecía. Lo mucho que la ilusionaba. Casi tenía que repetirse de forma continua que aquello era algo temporal, algo meramente sexual. Y por eso, por eso y porque le apetecía, miró a Doug fijamente a los ojos, destapó la sábana que los cubría a ambos y se encaramó a horcajadas sobre él.

—¿Te parezco ya lo suficientemente emocionada? —le preguntó, con su mejor pose de mujer fatal.

Doug se quedó paralizado durante unos dos o tres segundos, antes de agarrarla por la cintura y darle las gracias a su cuerpo por responder para un cuarto asalto aquella noche. Pero, durante aquellos dos o tres segundos, un único pensamiento ocupó su mente: que ya no veía a Samantha como «una princesita», sino como la jodida reina de todo su imperio.

La mañana siguiente llegó demasiado pronto, pero Samantha no se quejó. No se quejó porque despertó con el rumor sordo del placer ascendiendo por su vientre y la cara de Doug enterrada entre sus piernas. Estuvo a punto de protestar por puro pudor, pero, llegados a aquel punto, habría sido una hipocresía hacerlo. Prefirió correrse a lo grande, de forma ruidosa y desinhibida, antes de acompañar a Doug a la preciosa bañera de patas y devolverle el favor.

—Creo que podría pedirte que te vinieras a vivir aquí, si todas las mañanas pasan tantas cosas antes del desayuno —comentó Doug en tono de broma mientras servía el té y batía unos huevos para preparar revueltos. Pero, justo después de hablar, quiso retirar sus palabras. Joder, qué fácil resultaba con Samantha confundir las cosas, qué sencillo era cerrar los ojos y pensar que aquello era algo más que una aventura destinada a acabarse apenas cuatro días después.

—¡Sigue soñando! —Samantha captó absolutamente todo lo que había ocurrido en aquella cocina; quizá los orgasmos matutinos la hacían más perspicaz. Se dio cuenta de que Doug había hablado sin pensar, que a continuación se había arrepentido y... lo entendió. Porque a ella aquellas expresiones que se les escapaban de vez en cuando la llenaban de ilusión y miedo al mismo tiempo. Pero en la mesa tenía una taza de su variedad favorita de té, unos huevos revueltos de aspecto delicioso, la perspectiva de un viaje a la gran ciudad y un hombre tan sexi que dejar que un nubarrón estropear la vista sería una estupidez.

Desayunaron rápido, porque no querían que se les hiciera tarde para llegar a Edimburgo, que quedaba bastante lejos de allí. Pero lo disfrutaron de todos modos, porque la comida era deliciosa y la conversación fluía entre ellos de una manera que no se habrían podido creer una semana atrás.

—Entonces, ¿Edimburgo te gusta o no? —le preguntó Samantha a Doug, porque aquello no había acabado de quedarle claro.

—Me parece la ciudad más bonita de Europa, y te aseguro que he conocido muchas.

—¿Has viajado mucho?

—Bastante. Sobre todo en la época de la universidad. Y ahora también me gusta tomarme un par de días y volar a algún sitio lleno de arte y cultura.

—Pensaba que aborrecías las ciudades —titubeó Samantha, que se daba cuenta cada día de que Doug estaba lleno de matices.

—No me gustan para vivir, pero no soy tan obtuso como para no valorar lo bonitas que son Barcelona, Roma o Viena. —Doug dio un sorbo a su taza de té—. Y eso mismo es lo que me pasa con Edimburgo. Me parece preciosa, pero por nada del mundo volvería a vivir allí.

—¿Y qué me vas a enseñar? —Samantha se emocionó como una niña pequeña. Le encantaba esa emoción previa a un viaje, la de conocer un lugar nuevo e impregnarse de sus calles.

—Eso ya lo descubrirás sobre la marcha, pequeña.

«Pequeña». Sonaba bien. Sonaba tan bien como Sammy, como «querida» e incluso como «princesita». Samantha le sonrió, él recogió en un momento los enseres del desayuno y la cogió de la mano de camino a las cocheras. Cuando ya quedaban a la vista del castillo, se soltaron sin comentarlo, en una especie de pacto tácito. Todo el mundo dormía aún, no eran ni las ocho de la mañana, pero por nada del mundo querrían cometer un desliz que los descubriera.

Al llegar a la cochera, Samantha se llevó la primera sorpresa del día. Bueno... en realidad, fue la segunda, teniendo en cuenta aquel despertar tan placentero. Ya tenía la mano en la

manilla de la puerta del destartado *jeep* de Doug cuando él chasqueó la lengua y, cuando Samantha lo miró, él negó con la cabeza y señaló hacia un *objeto* cubierto por una gran lona a la izquierda del coche.

—¿Qué es eso? —preguntó Samantha, pero no necesitó esperar respuesta, pues, en cuanto Doug levantó la lona y las volutas de polvo cayeron sobre sus cabezas, quedó claro que era aquello.

Una Harley Davidson. Negra. Brillante. Con todo el encanto clásico pero moderna. Tan cuidada que nadie diría que su propietario era el mismo que maltrataba su coche con barro y suciedad.

—No pretenderás que viaje contigo en *eso*, ¿verdad?

—*Eso* es mi mejor amiga, así que ni se te ocurra decir una mala palabra de ella.

—No te imaginaba yo como un motero, ¿sabes? —Samantha se apoyó en un banco de trabajo que había en aquella cochera y miró a Doug con una ceja arqueada.

—No lo era. Solo tuve un *scooter* cuando era un crío y luego me pasé más de diez años sin subirme a una moto. Pero hace dos años me entró el capricho y... ya ves.

—Así que, para intentar convencerme, me dices además que no eres un conductor de motos experimentado...

—¡Pues claro que lo soy! Si me muevo por esta zona en invierno, créeme que ir a Edimburgo por autopista en pleno verano no supondrá un gran reto.

—¿Ni siquiera conmigo a la espalda? —Samantha se acercó y dibujó con su dedo índice un camino de caricias por su pecho. No sabía por qué, o quizá sí, pero pocas veces se había sentido más sexual que aquella mañana.

—Eso sí será complicado. Solo asegúrate de tener las manos quietas y yo te garantizo que estaremos a salvo.

A Samantha le daba un poco de miedo subirse a aquella moto gigantesca. Sus únicas experiencias en la materia eran en motos pequeñas de amigos con las que se había movido como paquete por la ciudad, pero... también le apetecía probar algo nuevo. Le apetecía mucho probar todo lo nuevo que aquella experiencia escocesa le ofrecía.

Doug le prestó un casco —cómo no, con los colores del clan de los McDougall— y se puso él otro más simple, de color negro liso. Incluso esa tontería, que él le prestara el que Samantha estaba segura de que era su casco habitual, le pareció un detalle bonito. Ya no sabía si se estaba volviendo loca, tonta o se estaba asegurando un sufrimiento garantizado cuando llegara el momento de la despedida.

Circularon durante algo más de tres horas por las carreteras de aquel país que Samantha ya no podría negar jamás que era precioso. Llegaron a Edimburgo poco antes del mediodía, y Doug dejó su moto en el aparcamiento de un hotel muy céntrico.

—Bueno... ¿Por dónde empezamos?

—Solo hay una respuesta posible a esa pregunta en esta ciudad —le dijo Doug—. ¡Vámonos al castillo!

Samantha se rio, porque parecía que toda su estancia en Escocia estaría presidida por castillos, pero pronto entendió que el Castillo de Edimburgo era algo diferente a todos los demás. Era una construcción de un tamaño impresionante, enclavada en el centro mismo de la ciudad. Doug pagó la entrada, sin darle opción a protestar, y durante un par de horas recorrieron sus estancias, jardines y torres.

Al salir, pararon a tomar una comida tardía, acompañada por un par de pintas bien grandes de cerveza, en uno de los pubs de la Royal Mile. Samantha apenas había tenido tiempo de

disfrutar de las vistas de aquella calle de la que algunos dicen que es de las más hermosas del mundo, porque Doug se había empeñado en correr para llegar al Castillo en una de las visitas que comenzaban a las horas en punto. Pero, cuando salieron de comer y pudieron recorrer aquella vía adoquinada con calma, sus retinas se inundaron de toda la belleza de aquel lugar. Entraron en un par de tiendas de tartán, donde Samantha se enamoró de tantas bufandas, chales y pashminas que al final no compró ninguna. Doug se burló de ella, se besaron mientras un gaitero tocaba una antigua marcha fúnebre gaélica y se encaminaron, por consejo de él, hacia el Museo Nacional de Escocia.

—No esperaba yo que me llevaras a un museo —le dijo Samantha, con una sonrisa, aunque ya encaminándose a la entrada sin dudar. Aún no había llegado el día en que los lugares que descubría con Doug no le parecieran imponentes.

—Yo creo que te va a gustar. Diría... que es de las pocas cosas en las que juego sobre seguro si digo que nos va a gustar a los dos.

Y tuvo razón. Dentro de aquel impresionante edificio victoriano, Samantha descubrió ingenios tecnológicos como las primeras cabinas telefónicas rojas que habían sido una plaga sobre las calles británicas durante décadas o el cuerpo disecado de la oveja Dolly —que le dio bastante mal rollo, todo sea dicho de paso—. Doug le habló de forma apasionada de las antiguas culturas de los clanes que habían dominado Escocia muchos siglos atrás y, por primera vez, ella mostró un interés real por aquella parte de la historia de la que, hasta entonces, no había sabido nada.

—¿Te gustan los perros? —le preguntó Doug cuando ya llevaban un par de horas recorriendo las diferentes salas del museo y se dirigían hacia la tienda de regalos.

—¿Los perros? —Samantha arrugó la nariz, pero Doug ya había aprendido a apreciar que aquel gesto no siempre significaba que lo que estaba viendo o escuchando la desagradara—. Nunca he tenido uno, ¿sabes?

—Los perros son innegociables —le dijo Doug de repente, y ella notó un vuelco en el estómago al darse cuenta de que cualquiera que los escuchara desde fuera pensaría que eran una pareja pactando las condiciones de su relación; le gustó cómo sonaba—. Quiero decir... yo no podría vivir sin perro.

—Pero no tienes, ¿no?

—No. —En la cara de Doug se dibujó un gesto triste—. Hace unos meses murió mi labrador, tenía ya doce años y... Bueno, necesito un tiempo para el duelo antes de plantearme adoptar otro.

—Lo siento mucho.

Samantha le acarició la cara y se asustó por la oleada de ternura que acababa de invadirla. Él debió de darse cuenta, tal vez a él le había pasado lo mismo, porque enseguida se apartó y le señaló la pequeña estatua de bronce que había a su espalda, a pocos pasos de la salida del museo.

—Ese es Bobby. —La figura representaba a un perro pequeño, con una cara tan simpática que Samantha no pudo evitar hacerse una foto con él—. La ciudad le levantó este monumento como símbolo de fidelidad. Su dueño murió y lo enterraron en el cementerio de Greyfriars, aquí cerca. Durante los siguientes catorce años, hasta que él mismo murió, Bobby no dejó ni un día de visitar su tumba. Ahora está enterrado allí, junto a su dueño, y la gente deja palos sobre su tumba como ofrenda.

—Joder... —Samantha no solía decir palabrotas, pero... no pudo evitar aquella. Claro que tampoco solía llorar y, cuando se quiso dar cuenta, tenía dos enormes goterones cayendo de sus ojos—. ¡Ni me mires!

—No es malo tener un corazoncito, princesa. —Doug se acercó a ella con tal pasión que la

humedad de Samantha pasó de forma inmediata desde sus ojos hasta una zona algo más al sur.

Después de aquella muestra de afecto tan pública, se dirigieron al propio cementerio de Greyfriars, porque Samantha ahora ya no podía volver a los Estados Unidos sin ver la tumba llena de palos de juguete de Bobby. Caminaron por él mientras el sol comenzaba a ocultarse entre las nubes y ambos sentían pena por que el día estuviera llegando a su fin. Doug no dejaba de pensar que le quedaban un millón de lugares de Edimburgo que le apetecía enseñarle a Samantha; ella no se sacaba de la cabeza la idea de que, con él, podría seguir caminando durante horas por cualquier ciudad del mundo.

—La visita no da para mucho más, pero... ¿estás muy cansada?

—No lo suficiente como para perderme lo que sea que estés a punto de proponer.

—Te voy a enseñar el mejor atardecer del mundo entero.

—¿Conoces el mundo entero?

—Conozco lo que tengo que conocer.

Samantha se dio por satisfecha con aquella respuesta y aceptó la mano que él le tendía para echar a andar. Recorrieron las calles de la ciudad, con algunas paradas en los puntos más destacados, hasta que llegaron a una colina que Samantha creyó que no sería capaz de subir, después de tantos kilómetros recorridos a pie, pero... Doug parecía haberse convertido en su oxígeno. Prefería ni pensar qué diablos significaba aquello.

—¿Dónde estamos?

—Esto es Calton Hill. Solo un par de cuestas arriba más... y verás.

Y Samantha vio. Vio el sol recortarse contra el horizonte y el cielo convertirse en una masa de colores naranjas, púrpuras y rosas. Vio su propia sonrisa, aunque eso sea imposible. Vio la de Doug, mientras él le acariciaba la cintura. Vio un futuro que era imposible y en el que prefería no pensar demasiado. Vio también el miedo. El miedo enorme y aterrador a empezar a sentir algo que no debía. Que no podía. El miedo a volver a Estados Unidos y recordar demasiado a menudo a un *highlander* moreno de ojos verdes que le había robado la cordura en tiempo récord.

—Se ha hecho tarde, ¿no? —le dijo Samantha, porque cualquier comentario cotidiano era una excusa perfecta para no pensar demasiado.

—Sí, mucho...

—Lo siento. Te tocará conducir con poca luz y...

—¿Te apetece quedarte a dormir aquí?

—¿Qué?

—Que a mí no me apetece demasiado coger la moto, aparte de que conozco un pub gourmet especializado en *whiskies* de reserva que sería fantástico enseñarte... Pero si quieres volver al castillo, entonces...

—Por supuesto que quiero quedarme. —Samantha le respondió tan seria, con tal intensidad en la mirada, que quiso obligarse a sonreír para quitarle peso a aquel momento; pero no hizo falta, porque Doug tenía exactamente la misma expresión—. ¿Aún tienes un apartamento aquí?

—No. Cuando vengo suelo quedarme en el piso de mi padre, pero ni se me ocurrió traer las llaves. —Doug hizo una mueca que enseguida convirtió en sonrisa—. Pero esto me da la oportunidad de hacer algo que llevo toda mi vida deseando.

—¿Ah, sí? —le preguntó ella, con un tono coqueto que a Doug se la puso dura de inmediato.

—Eso también. —Doug soltó una carcajada sonora, tan varonil que las bragas de

Samantha estuvieron a punto de desaparecer por combustión espontánea—. Pero ¿no te ha pasado nunca que vas paseando por tu ciudad, por Nueva York, y ves un hotelazo impresionante y piensas «qué putada vivir aquí, porque nunca me quedará en ese hotel»?

—Estás realmente loco. —A Samantha se le contagió la risa—. Aunque no diría que no a pasar una noche en el Plaza, tienes toda la razón.

—Pues *el Plaza* de Edimburgo es el hotel Balmoral. Y con un poco de suerte... —Doug sacó su teléfono móvil del bolsillo trasero de sus pantalones negros— tendrán una habitación para nosotros.

La tenían. Una de las más lujosas del hotel más lujoso y con más *charme* clásico de todo Edimburgo. Samantha nunca sabría si aquella había sido la jugada definitiva de Doug para convencerla de que no solo las construcciones modernas, llenas de acero y cristal, podían impresionar, pero... sin duda lo consiguió.

Samantha y Doug entraron en la habitación ya enredados en un beso que fue la única manera que encontraron de callar. De callar lo que sentían, lo que aquellos días les estaban mostrando del otro, lo que aquella escapada a Edimburgo había supuesto. Ninguno recordaba haberse sentido tan cómodo nunca con alguna pareja anterior. Ninguno quería ni pensar en que al día siguiente sería ya jueves y el domingo por la mañana Samantha se marcharía para no volver.

Se quedaron dormidos de madrugada. Saciados, aunque nunca lo estarían del todo del otro. Sintiendo plenos, felices. Enamorados ya, aunque no se habían atrevido ni a reconocérselo a sí mismos. Porque, si lo hubieran hecho, habrían sido conscientes de que estaban metiéndose en un tremendo lío.

Al día siguiente llegaron de vuelta al castillo justo a tiempo para comer. Hicieron el trayecto de regreso en silencio —tampoco es que la moto permitiera mucho más— y ambos lo agradecieron. Estaban confusos y no querían que el otro lo supiera. Además, a partir de aquel jueves empezaba el verdadero *sprint* final para la boda. Connie estaría todo el día fuera, en Inverness, recibiendo en el aeropuerto, la estación de tren y diferentes hoteles a los invitados norteamericanos que ya empezaban a llegar. Además, debía recoger algunos encargos de última hora para que el día fuera perfecto. Samantha aprovechó la ausencia de su madre para dormir una siesta después de comer y para hacer algo de deporte. Necesitaba distancia, porque la presencia de Doug le robaba la cordura como nunca nada antes lo había hecho.

Doug, por su parte, contaba con otras distracciones. Aquella mañana habían llegado sus primos, Pete y Kate. Eran dos de los hijos del hermano mayor de su padre; Kate era hija de su segundo matrimonio y aún era muy pequeña, pero Pete tenía la misma edad que Doug y se habían criado juntos. Si Doug alguna vez se hubiera preguntado quién era su mejor amigo en el mundo, no le habría titubeado la voz a la hora de mencionar a Pete. Después de aquella comida rápida que habían compartido todos, y tras la desaparición en su cuarto de Samantha, cada uno de los presentes fueron haciendo sus planes. Doug y su primo Pete se quedaron solos e intercambiaron una sonrisa pícaro; desde que tenían seis o siete años, sabían que ese era un buen caldo de cultivo para hacer alguna travesura.

Los años habían pasado y ellos habían madurado. Un poco, al menos. Se habían saludado con cariño cuando Doug y Samantha habían llegado de Edimburgo, pero, cuando se quedaron a solas, sin que ninguno de los dos necesitara mencionarlo, se fundieron en un abrazo que hablaba de cuánto cariño se tenían y hasta qué punto se habían echado de menos. Se habían criado juntos en el castillo, antes de que Doug se mudara a Edimburgo, pero habían continuado pasando los veranos en Clashindarroch, veranos que los convirtieron en inseparables. Después de eso, en la adolescencia, habían coincidido en el mismo internado y, más tarde, en la universidad. A Pete le había surgido la oportunidad de hacer unas prácticas en Copenhague después de licenciarse y... ya nunca había vuelto a Escocia. Había empezado allí su carrera profesional, se había casado con una chica y, cuando el matrimonio fracasó y se planteó regresar a Edimburgo, se dio cuenta de que casi toda su vida adulta la había hecho en Dinamarca y regresar a Escocia no tenía demasiado sentido. Doug lo había visitado tres o cuatro veces a lo largo de aquellos años, y Pete no perdonaba al menos una visita anual al castillo, además de que hablaban a menudo por mensaje o en alguna videoconferencia, pero... no era lo mismo que verse cada día.

—Joder, tío... —Pete echó un vistazo alrededor, mientras cogía la bici que le ofrecía Doug, la misma que había usado Samantha una semana antes, y sonrió—. De una vez a otra se me olvida cuantísimo me gusta esto.

—Yo ya no te voy a decir más veces que mandes a la mierda tu vida en la gélida Dinamarca y vuelvas a casa.

—Y yo no te voy a decir más veces que hace bastante más frío en las Highlands que en Copenhague. —Pete se rio y los dos empezaron a pedalear por los caminos de tierra cercanos al castillo. Eso era lo que siempre hacían cuando se reunían y la lluvia les permitía salir en bicicleta.

Recorrieron unos cuantos kilómetros en silencio, retándose en algunas cuestas arriba solo aptas para quien estuviera muy en forma, lo cual era el caso de ambos. Cuando llegaron a un claro del camino, desde el que había unas vistas espectaculares de una cascada de la que el agua caía

con fuerza, a pesar de que no había llovido demasiado en los últimos tiempos, pararon y se sentaron sobre el césped, sin necesidad de hablarlo antes.

—Bueno, ¿me lo vas a contar o qué? —le preguntó Pete, que se había dado cuenta hacía rato de que Doug estaba raro. Su habitual humor burlón estaba opacado aquel día.

—¿El qué? —Doug frunció el ceño.

—Lo que sea que te pasa. Y si tiene o no relación con esa preciosidad rubia que se ha bajado de tu Harley antes.

—Cuidadito, Pete —le dijo Doug en tono de amenaza y enseguida deseó haberse mordido la lengua, porque se delató él solito.

—Así que es eso... Dime, por favor, que no te estás tirando a tu futura hermanastra. —Pete ignoró la mirada de odio de Doug y siguió hablando—. Joder, primo, te has coronado. Mira que las has liado gordas antes, pero esto...

—¿Quieres hacer el puto favor de callarte, joder? —Doug no quería gritar, pero... lo hizo.

Los dos se quedaron en silencio un buen rato. Pete, con una sonrisa burlona pintada en la cara. Doug, con una expresión torturada que no era nada propia de él. Habrían matado por tener una botella de *whisky*, como solían hacer en la adolescencia, a pesar de que se habían llevado algunas buenas broncas, castigos y hasta coscorriones por ello. Pero tendrían que conformarse con el aire puro y el sonido del agua cayendo sobre el lago que había bajo la cascada.

—La respuesta sería sí si me hubieras preguntado el lunes —dijo Doug de repente.

—¿Qué?

—Que, si me hubieras preguntado el lunes, te diría que sí, que estoy metido en el lío de follarme a mi futura hermanastra y te pediría que me dieras una colleja para dejar de estar obsesionado con ese cuerpo.

—Pero...

—Pero han pasado tres días y, de repente, la situación real es otra.

—¿Cuál? —preguntó Pete, con el ceño fruncido.

—Me tienes que prometer que esto no se lo vas a contar nunca a nadie. Tienes que jurarme por lo más sagrado que jamás se sabrá que Samantha y yo hemos estado juntos. El sábado se convertirá en parte de mi familia, el domingo se vuelve a Estados Unidos y todo esto quedará como algo que solo sabremos ella, yo... y tú, al parecer.

—No hace falta ni que te lo jure. ¿Alguna vez he traicionado alguno de los muchos secretos que me has contado? ¿O lo has hecho tú con los míos?

—No.

—Pues eso. —Pete le echó un brazo sobre los hombros; sintió que su primo lo necesitaba—. Dispara.

—Creo que... me estoy enamorando de ella.

Pete no podría haber estado más sorprendido ni aunque se les hubiera aparecido el fantasma del mismísimo William Wallace gritándoles que los ingleses podrían quitarles la vida, pero que jamás les quitarían la libertad. Doug nunca había sido un sentimental. Se había acostado con muchas mujeres, había salido con algunas y probablemente hubiera estado algo parecido a enamorado. Pero... ¿confesar su amor por una chica a la que conocía desde hacía apenas semana y media y con la que no podía haber compartido mucho más que unas cuantas noches de pasión?

—Y yo creo que... no te estás enamorando de ella.

—No, Pete, en serio. No es solo sexo. Lo fue al principio, pero ahora...

—No, no. No es eso lo que te estoy negando. —Pete soltó una breve carcajada—. Lo que pretendo decir es que creo que ya estás enamorado de ella. Si no, ni se te habría pasado por la

cabeza esa opción. Mucho me temo que, cuando has querido darte cuenta, ya tenías a esa chica mucho más adentro de lo que crees.

—Es posible —reconoció Doug, aunque por su tono de voz más parecía que lo hubieran condenado a muerte que que sintiera algo tan bonito por otra persona—. No, no es posible. Es que es así, joder.

—¿Es mutuo? —Doug se encogió de hombros, sin decir que sí ni que no—. ¿Ella siente lo mismo por ti?

—No lo hemos hablado, obviamente, pero... sé que le gusto. Y no parece una tía fácil, enamoradiza o que muestre determinadas emociones a la ligera.

—Buena noticia, entonces, ¿no?

—¿Buena noticia, Pete? —Doug se rio, pero fue un sonido tan sarcástico que no tuvo ni puñetera gracia—. Ni siquiera voy a entrar en la barbaridad que considerarían nuestros padres que sus hijos se hayan liado cuando van a ser hermanastros.

—Vamos, no me jodas. Ni que fuerais hermanos de sangre o algo así. Os habéis conocido rozando los treinta.

—Ella tiene veintitrés. —Doug negó con la cabeza—. Me estoy yendo del tema principal. Que da igual la familia, da igual la edad, da igual que sea mutuo o no. Lo único verdaderamente importante, en el remoto caso de que pudiéramos plantearnos una relación, es que yo vivo en el norte de Escocia y ella está a punto de mudarse a Nueva York. Es posible que, después de este domingo, no vuelva a verla en años.

—¿Y qué piensas hacer?

—Nada.

—¿Nada?

—Hoy necesito estar solo. O sea... —Doug le dirigió una sonrisa a su primo favorito—, a ti puedo soportarte. Pero no quedaré con ella. Tampoco...

—¿Qué?

—Tampoco la veo a ella muy interesada. —Doug se pasó una mano por la cara, con frustración. Llevaba desde el final de la comida mirando su móvil cada pocos minutos y no había recibido ni un triste mensaje de Samantha—. Es igual. El caso es que... es lo mejor. Mañana intentaré pasar el día con ella, porque es la última oportunidad que tendremos de estar a solas. Y el sábado... espero al menos bailar una canción con ella en la boda. Y, luego, decirle adiós.

—Si sigues contándomelo así, te juro que os compondré una balada triste. Muy muy triste.

Doug le dio un puñetazo en el hombro a su primo que estuvo a punto de derribarlo. Pensó que ya estaba bien de dramas, que no necesitaba más que unas cuantas horas alejado de Samantha para superar la resaca —una resaca preciosa— que le había dejado la escapada a Edimburgo. Pete y él regresaron al castillo y cenaron a solas en el apartamento de Doug. Nadie de la familia se extrañaría; desde que eran muy niños, tendían a dejar de lado a todo el mundo cuando se juntaban, y nadie se había sentido nunca mal por ello. Un par de vasos de *whisky* y tres partidas de póker después, Doug casi había conseguido olvidar que a unos pocos metros de allí, en la planta superior del castillo que lo había visto crecer, Samantha dormía sola. Casi.

Samantha amaneció la mañana anterior a la boda de su madre con mal sabor de boca. No en el sentido literal, sino como con una especie de resaca incómoda y tristonosa. Sabía la causa, al menos no tendría que perder tiempo tratando de averiguarla. Echaba de menos a Doug. Y eso hacía que no pudiera evitar el maldito pensamiento de cuánto llegaría a añorarlo cuando, en apenas cuarenta y ocho horas, cogiera un vuelo que la llevara a la otra punta del mundo, lejos de él para siempre. Además, se sentía culpable; o más que culpable, imbécil. El día anterior había llegado de Edimburgo demasiado aturdida, y no precisamente por los kilómetros recorridos en moto. Estaba aturdida por sus propios sentimientos, de los que era tan consciente que le dolía. Y había decidido quedarse en su cuarto y no hacer nada por ver a Doug. Claro que tampoco es que él se hubiera mostrado muy interesado...

Dos golpes suaves sobre la madera de su puerta la distrajeron de esa línea de pensamiento, que tanto daño podría hacerle si se lo permitía. Ni siquiera se molestó en peinarse, adecentarse o cualquiera de aquellas cosas que tanto la preocupaban en sus primeros días en el castillo, a pesar de que estaba noventa y nueve por cien segura de quién era el que llamaba.

—¿Puedo pasar? —le preguntó, con una sonrisa tan deslumbrante que a Samantha se le olvidó todo aquello que la atormentaba. Y olvidó, sobre todo, la razón por la que la noche anterior le había parecido tan lógico mantenerse lejos de él.

—Claro.

—¿Tienes planes para hoy? —le preguntó, Samantha diría que tímido, si es que ese adjetivo tuviera algún sentido en relación con aquel escocés descarado.

—Mmmm... pues no sé si irme a un centro comercial, comprar entradas para la ópera o darme un paseo por la calle principal —bromeó, porque no era lógico que, después de todo lo que habían compartido, se mostraran tan cortados uno con el otro.

—¿Es eso una crítica velada a estas tierras, Sammy?

—Para nada... —Qué bien sonaba esa palabra entre sus labios. Ese «Sammy» que olía a intimidad—. A estas alturas ya deberías haberte dado cuenta de que me he enamorado perdidamente de estas tierras.

Se quedaron prendidos en una mirada. Una que decía tantas cosas... Doug estuvo a punto de reconocerle a Samantha el valor que le había echado para hacer aquella confesión, aunque fuera de una forma tan sutil y velada. Samantha le dijo con sus pupilas que sí, que ella había sido valiente, que aquellas palabras significaban exactamente aquello que parecía.

—Pues yo venía a proponerte un plan para que te enamores un poco más... de las Highlands.

—Acepto.

—¿Sin saber lo que es? —Doug dibujó una sonrisa burlona y, a continuación, se acercó a Samantha, rodeó su cintura con un brazo y le dio un beso tan cálido que ninguno de los dos pudo entender cómo habían tardado tantos minutos en saludarse de la manera adecuada.

—¿No te he demostrado suficientes veces que me he convertido en una temeraria?

Las carcajadas resonaron mientras bajaban las escaleras. Doug le confesó que la mejor decisión que podían tomar ese día era mantenerse alejados del castillo. Durante toda la jornada vendrían proveedores a traer lo necesario para que, al día siguiente, se celebrara el gran evento de la boda de Edward y Connie. Floristas, cáterin, decoradores, músicos... A última hora de la tarde, habría una cena informal para ir recibiendo a los diferentes invitados que pasarían la noche

en el castillo —todos muy cercanos a la familia—, pero, hasta entonces, eran libres para hacer lo que les diera la gana.

Doug condujo a Samantha por un sendero y, en un determinado punto, la tomó de la mano. Con una sonrisa, él le explicó que conocía el castillo y sus alrededores como la palma de su mano y que sabía el punto exacto a partir del cual dejaban de ser visibles desde cualquier ventana o zona de la construcción.

Llegaron enseguida a un edificio anexo donde se alojaban parte de los animales que pertenecían a la ganadería del castillo. Samantha frunció el ceño, pero en cuanto Doug abrió un gran portón metálico se quedó con la boca tan abierta que ya ni siquiera tuvo que preguntar. Ante ellos, dos espectaculares caballos zainos, muy grandes, de alguna raza que Samantha no conocía, aunque tampoco es que ella supiera mucho de animales.

—¿Has montado alguna vez a caballo? —le preguntó Doug.

—Un poco tarde para asegurarte de eso, ¿no?

—No quería darte la oportunidad de echarte atrás. —Doug le tocó con infinita ternura la punta de la nariz—. ¿Has montado o no?

—Un par de veces, pero... hace un millón de años.

—Esta es mi yegua, se llama Watermelon. Por favor, no te rías, venía con el nombre puesto cuando la compré. Te aseguro que es la más mansa que te puedas imaginar. Yo montaré a su hermano, que siempre ha sido más bravo, pero a mí, por alguna extraña razón, me respeta.

—Bueno, yo...

—Ven, yo te ayudo a montar.

Samantha sonrió porque había llegado a conocer bastante bien a Doug y sabía que, cuando algo le hacía especial ilusión, no cejaba en su empeño hasta conseguirlo. Y, al parecer, en aquel momento le hacía especial ilusión salir a montar a caballo con ella. Samantha consiguió auparse, no sin esfuerzo, pero en cuanto se vio encima de la yegua recordó de forma instintiva lo que había aprendido en un par de jornadas de equitación a las que había asistido con sus amigas unos cuantos años atrás.

Doug marcó el ritmo y cabalgaron al paso durante un rato. Él se preocupó de elegir los caminos más cómodos para una amazona poco experta y Samantha enseguida se olvidó de los nervios, relajó sus músculos y pudo disfrutar de aquellos paisajes increíbles que jamás olvidaría.

—¿Vamos a probar todos los medios de transporte posibles durante esta semana? —le preguntó, burlona, cuando coordinaron el paso de ambos animales y pudieron cabalgar en paralelo.

—Sí. —Doug se puso muy serio—. Quería que fuera una sorpresa, pero lo confieso: mañana pienso sacar el helicóptero, en plan Christian Grey.

—Mañana tengo una boda, lo siento. Tendrás que llevar a otra.

Siguieron bromeando un buen rato y, Dios..., qué bien sentaba aquello. Cuando llegaron a lo alto de una pequeña colina, Doug le indicó el mejor modo de coger las riendas para dar media vuelta; se estaban alejando demasiado y era hora de ir regresando. El camino hacia el castillo lo hicieron en silencio; Doug no sabía qué estaría pensando Samantha, pero tenía clarísima la idea que no lograba sacar de su cabeza: probablemente, aquellos momentos juntos serían los últimos que pasarían a solas en el resto de sus vidas. Como mucho, y con un poco de suerte, podría convencer a Samantha para que el domingo le permitiera acercarla al aeropuerto de Edimburgo y tendrían tres horas de agónica despedida. Y después... la nada.

Samantha lo miraba. No podía dejar de hacerlo. Lo que más deseaba en el mundo era grabar la imagen de aquel Doug en su cabeza. Del Doug tierno, divertido, sexi, cariñoso,

enamorado de su tierra y quizá incluso un poco de ella. No quería que se le olvidara jamás que, un día y de forma completamente inesperada, había conocido a un hombre tan magnífico.

Cuando llegaron a los establos donde vivían los caballos, un hombre mayor salió a recibirlos. Era alto y caminaba erguido, pero su pelo blanco y las arrugas que poblaban su cara delataban que había pasado con mucho la edad de jubilación, aunque se hizo cargo de las riendas de ambos caballos y, a continuación, comenzó a remover el heno con un rastrillo. Doug intercambió con él algunas palabras que Samantha no entendió, en un idioma que sonaba al mismo tiempo rudo y dulce.

—¿Eso era... gaélico? —le preguntó en cuanto se despidieron del anciano.

—Sí. —Doug le sonrió—. Suelo hablarlo con la gente de por aquí. También con mi padre cuando estamos a solas.

—¿Y qué habéis hablado?

—Me ha dicho que eres muy guapa. —Doug bajó la mirada para ocultar una sonrisa—. Y ha hecho un par de preguntas indiscretas que me he negado a contestarle.

—¿Es un empleado del castillo? Parece muy mayor, ¿no?

—¡Tienes más de ochenta años! Pero se ha criado aquí. Es más McDougall que muchos de los auténticos McDougall. Sus padres, abuelos, bisabuelos... todos han crecido en el castillo y, después, trabajado en él. Para mí, es lo más parecido a un abuelo que he tenido.

Samantha le sonrió y tuvo que ocultar el rubor que le cubrió las mejillas. Desde hacía un par de días, quizá incluso desde antes, aunque no se hubiera dado cuenta, todo lo que tenía que ver con Doug... le encantaba. Comprobar ese lado tierno que había sacado de forma involuntaria al hablar con aquel hombre acabó de confirmarle que sí, que era un buen hombre... Que era una auténtica faena que se escuchara ya alta y clara la cuenta atrás del reloj que los separaría.

—Espera, no... —Doug la retuvo justo cuando pasaban por delante de su apartamento en las antiguas cuadras—. Aún tenemos un ratito de margen hasta la cena. ¿Te apetece entrar?

—Claro. —Samantha acarició el pecho de Doug con su dedo índice—. Pero no sé yo si «un ratito» será suficiente para lo que tengas en mente.

En realidad, Doug no tenía nada sexual en mente —o sea, sí, porque con Samantha cerca lo tenía todo el rato, pero no de forma inminente—. Quería pasar unos últimos momentos a solas con ella antes de que la vorágine de la boda se lo llevara todo y un Boeing 747 se la llevara a ella al otro lado del Atlántico.

Pero bueno, tampoco iba a rechazar una posibilidad como aquella... La besó antes incluso de que cerraran la puerta de entrada. La desnudó sin preocuparse siquiera de encender la luz; aún había algo de claridad en el ambiente, y tendría que ser suficiente para que Doug memorizara cada centímetro cuadrado de la piel de Samantha. Hicieron el amor con algo de prisa, porque no querían que eso fuera lo único que se llevara aquel último ratito juntos. Y no por ello lo disfrutaron menos. Sus cuerpos se unieron de una manera tan íntima que más bien parecía que estaban uniendo sus almas.

—Tengo una cosa para ti —le susurró Doug al oído. Estaban tumbados en el sofá, con sus cuerpos muy pegados y las palabras de él le hicieron cosquillas a Samantha en el lóbulo de la oreja.

—¿Una cosa?

—Sí. —Doug respondió en medio de un pesado suspiro. Parecía que le doliera haberse encariñado tanto con ella. Parecía que «encariñado» fuese solo un eufemismo—. Vengo ahora.

Doug se levantó, en toda su espléndida desnudez, y Samantha se permitió el lujo de contemplarlo. No quería ser superficial, pero no pudo evitar pensar que, con solo veintitrés años,

ya estaba condenada a no volver a acostarse jamás con un hombre tan atractivo. Porque no lo había ni a uno ni al otro lado del charco, más que nada. Doug regresó con un paquete envuelto en papel de periódico y lo puso delante de Samantha.

—Vale, lo reconozco, no tenía papel de regalo ni quería delatarme preguntando en el castillo si alguien podía prestarme un pedazo.

—No pasa nada, Doug... —Samantha se ruborizó—. Pero no hacía falta que me regalaras nada. Qué vergüenza, a mí ni siquiera se me ha ocurrido...

—¿Quieres hacer el favor de callarte y abrirlo?

Samantha sonrió y rasgó aquel papel de periódico colocado de forma algo precaria. Y enseguida las yemas de sus dedos tropezaron con un tejido suave y cálido. Lo extendió ante ella y encontró una bufanda estilo *pashmina* con los colores del clan de los McDougall.

—Dios mío, Doug, ¡es preciosa!

—Sabía que querías llevarte un recuerdo de tartán de Escocia y... —A pesar de que la recepción del regalo por parte de Samantha no podría haber sido mejor, Doug no podía evitar estar ruborizado; no estaba acostumbrado a sentimentalismos, y había pocas dudas de que aquel detalle era algo más que un regalo: estaba repleto de pura emoción—. Qué mejor que los colores de mi clan, ¿no?

—Estoy emocionada —reconoció Samantha sin ápice de vergüenza.

—Pensaba dártelo mañana, pero va a ser un día de locos y...

—Ya.

—También es mi forma de decirte que te voy a echar de menos cuando te vayas. —Doug no había planeado decírselo. Tenía muy claro que fingiría no sentir nada más que una atracción enorme por ella hasta el momento en que les tocara despedirse; y luego, trabajaría por olvidarla. Pero las palabras se le desbordaron; las emociones lo hicieron—. No sé si quizá debería callarme, no he olvidado que el pacto decía que esto sería solo...

—Hemos hecho mucho más que follar, Doug. —Aquella palabra en labios de Samantha le sonó a Doug a puro fuego. Y lo que significaba aquella confesión... le sonó a miedo, a ilusión... a ganas—. Yo también me he dado cuenta, aunque no lo haya dicho en voz alta.

—Y mira que hemos follado, eh.

Los dos estallaron en carcajadas. Eso era lo más importante de todo, lo más bonito: que siempre que estaban juntos, las risas eran la banda sonora que flotaba en el ambiente.

—Me temo que tenemos que irnos ya. —La cara de Doug podría haber aparecido en el diccionario al lado de la palabra «fastidio».

—Sí, qué remedio.

—Pero, por si no volviéramos a quedarnos a solas antes de que te vayas, Sammy... —Doug la ayudó a levantarse, le pasó su ropa y, a continuación, la agarró por la cintura y la acercó a él—. Quiero que sepas que no te olvidaré.

—Yo a ti tampoco, Doug. —A Samantha la voz le salió entrecortada. Si no fuera porque ella no lloraba, ni se dejaba llevar por sentimentalismos absurdos, habría jurado que estaba a punto de deshacerse en lágrimas—. No creo que pueda olvidarte nunca.

La mañana de la boda amaneció radiante. En los días anteriores, todos en el castillo habían estado muy pendientes de la previsión meteorológica, y las mejores expectativas se habían cumplido. A las nueve de la mañana, el sol ya brillaba en lo alto del cielo. Samantha iba bien de tiempo. Su madre le había ofrecido la posibilidad de que la peinaran y la maquillaran en la misma peluquería del pueblo más cercano a la que asistiría ella, pero Samantha prefirió hacerlo a su modo.

Se duchó en el cuarto de baño incorporado de su dormitorio. Se tomó su tiempo para permitir que el agua caliente se llevara esa tristeza tenue que tenía impregnada a la piel desde que, en cierto modo, se había despedido de Doug la tarde anterior. Después de aquello, habían compartido mesa en la cena previa a la boda, pero ya no eran ellos dos, Doug y Sammy, sino los hijos únicos de los novios que contraerían matrimonio al día siguiente.

Después de la ducha, se secó el pelo con cuidado y le dio forma con unas tenacillas. Había pensado en hacerse un recogido —siempre se le había dado bien la peluquería—, pero algo se había asilvestrado en ella durante aquellas dos semanas en las Highlands y decidió dejarse su melena rubia al aire, solo con un pequeño toque ondulado en las puntas. A continuación, sacó de su funda el vestido que había comprado en Nueva York. Era de color azul celeste, largo por los pies y con un escote bastante recatado en la parte delantera, que contrastaba con su espectacular espalda, que dejaba al descubierto casi toda su piel, justo hasta el límite donde perdía su casto nombre. Al final, podría prescindir de la capa de pelo que había comprado por si el frío de Escocia hacía de las suyas. De hecho, en aquellas semanas había descubierto que ni siquiera el frío la molestaba ya; quizá es que llevaba el calor por dentro desde que Doug se había colado en sus venas.

Cuando se colocó delante del espejo con aquel precioso vestido de firma... le gustó lo que veía. Le gustó mucho. Y la venció la impaciencia por que Doug la viera con aquel aspecto. Quería verse guapa para sí misma, pero también para él. Quería que aquella, justo aquella, fuera la imagen que le quedara a él para siempre impregnada en la rutina cuando la recordara.

La boda se celebraría en la capilla del castillo. Era bastante grande para tratarse de una construcción privada, pero no suficiente para alojar a todos los invitados —a Edward y a Connie, definitivamente, se les había ido de las manos la lista de asistentes—. En la capilla estarían la familia y los amigos más íntimos, mientras que el resto de los invitados seguirían la ceremonia a través de una pantalla instalada en el jardín. Hortera... pero efectivo. Doug sería el padrino de Edward, pero Connie había decidido saltarse las tradiciones y llegar sola al altar. Samantha la acompañaría un poco más adelante, portando las alianzas que después unirían a los novios.

A las once y media, Samantha llamó a la puerta de la habitación que su madre había elegido para prepararse; el dormitorio principal del castillo se lo había quedado Edward para ese día. No es que Samantha fuera muy dada a las cursiladas —o tal vez aquella semana la había cambiado definitivamente—, pero estuvo a punto de derramar lágrimas cuando vio a su madre con el aspecto que presentaba. A punto de cumplir cincuenta, y tratándose de su cuarta boda, Connie tuvo el buen juicio de no elegir un vestido de novia virginal; en su lugar, optó por un traje de color marfil, de corte elegante, complementado con una corona de flores que le daba un aspecto regio y, al mismo tiempo, le restaba diez años a su edad real.

—Estás increíble, mamá. —Samantha fue sincera.

—¿Tú te has mirado, cariño? —Connie se acercó a ella y la besó, aunque sin tocarse demasiado para no arruinar los respectivos maquillajes—. ¿Nadie te ha dicho que no se debe

eclipsar a la novia?

—No digas tonterías. Nadie se va a dar cuenta ni de que estoy ahí cuando te vean entrar en la iglesia.

—Bueno... Tal vez alguien sí te mire a ti.

Connie hizo ese comentario con un tono burlón que aterrizó a Samantha, pero aquel día lo único que importaba era la boda y lo dejó correr. Aunque el rubor de sus mejillas tardó un rato en desaparecer.

—Tenemos que bajar. —Samantha no se apartaba de la ventana, desde la que se divisaba la entrada a la capilla—. Edward acaba de entrar ya.

Samantha no había visto entrar a Doug, así que supo que tendría que enfrentarse delante de muchas personas a la visión de aquel hombre del que ya empezaba a sospechar que estaba irremediabilmente enamorada, vestido de traje y —no le hacía falta verlo para comprobarlo— impresionante.

Ni cinco minutos después, Samantha enfilaba el pasillo que conducía al altar. Contra todo pronóstico, porque ella siempre había sido calmada y algo fría, se puso muy nerviosa en el momento en que sus espectaculares *stiletto*s azul marino tocaron la alfombra roja de la capilla. Debió de sufrir algún tipo de regresión extraña, quizá una abducción extraterrestre, y durante un segundo sintió que ella era la protagonista de aquel día soleado en las Highlands. Se imaginó caminando hacia el altar, con un ramo de flores entre las manos, en lugar del cojincito —con los colores del clan McDougall, por supuesto— sobre el que reposaban las alianzas. Y se imaginó que el hombre que la esperaba junto al cura era...

¡Dios mío, era él! Quería que fuera él. Soñaba con que fuera él.

En ese momento, como si todas las piezas de un rompecabezas encajaran de repente, alzó la cabeza. Y lo vio. Y si no lloró fue porque ella era una chica dura, porque tantas emociones se arremolinaban en su cabeza que bastante milagro era que no se volviera loca. A la emoción por participar en un día tan especial en la vida de su madre se unió la pena por saber que, apenas veinticuatro horas después, estaría subida a un avión de camino a su otra vida; a su vida auténtica, en realidad, por más que, durante la última semana, hubiera soñado que ella pertenecía a ese lugar, a esas Highlands que ya nunca podría en su cabeza disociar de Doug.

Doug. Qué guapo estaba. Qué corta se había quedado al imaginarlo vestido de traje, chaqué o esmoquin. Qué poco previsora al no pensar que él, en un día tan especial para su padre, se vestiría con el tradicional *kilt* escocés con aquellos colores que significaban tanto. Tardó unos segundos en hacer contacto visual con los ojos de Doug y, durante unos instantes, casi se arrepintió de haberlo hecho. Porque podría haber dado un traspié y caerse de culo delante de doscientos ochenta invitados; porque podría haberse desmayado y hacer un ridículo de antología; porque podría haberse puesto a gritar «¿Veis cómo me mira? Solo a mí me mira así». Samantha tuvo que reprimir una carcajada cuando ese pensamiento se plantó en medio de su mente. ¿De dónde diablos había salido eso? Jamás en su vida había sido posesiva ni presuntuosa ni le había encontrado nada de especial al modo en que se viera reflejada en los ojos de un hombre. Y allí, a punto de alcanzar el altar de aquella capilla, enmudeció al ver la manera en que los ojos de Doug brillaban al mirarla. Enmudeció tanto que olvidó saludarlo y ni siquiera felicitó al novio.

Por suerte, la entrada de Connie en la iglesia distrajo a cualquiera que se hubiera podido dar cuenta del momento de mayor nerviosismo —y también de mayor excitación— que había vivido Samantha en toda su vida. Edward se emocionó hasta el punto de que Doug tuvo que acercarle un pañuelo y darle un apretón cariñoso en el hombro; y en ese momento Samantha supo que era un buen hombre. Lo supo de ambos.

La ceremonia transcurrió sin grandes sorpresas. Se intercambiaron las fórmulas habituales, mezclando en diferentes partes las tradiciones norteamericanas y las escocesas. Los novios estuvieron simpáticos, tiernos y emocionados. Y poco más podría decir Samantha sobre la cuarta boda de su madre cuando le preguntaran sus amigas al regresar a Estados Unidos, porque... su vista había estado fija durante demasiado tiempo en las rodillas de Doug. ¿Pueden unas rodillas ser excitantes? Hasta aquel mediodía de septiembre, Samantha habría dicho que no, que jamás. Retaría a cualquiera a tener delante de la cara durante cuarenta minutos las piernas de Doug vestido con aquel *kilt* que, de repente, le parecía la prenda más sensual del mundo.

A la salida de la capilla, al fin, pudieron hablar. Los novios salieron de primeros, para recibir la lluvia de pétalos de flores y tréboles de cuatro hojas con que los premiaron los invitados por iniciativa de los empleados del castillo, que habían querido darles aquella sorpresa. Doug y Samantha saldrían detrás, cogidos del brazo, y el simple roce de su piel contra la americana que lucía él, provocó que Samantha sintiera la carne de gallina.

—Vaya tortura de ceremonia, Sammy —le susurró en cuanto estuvieron a salvo de oídos indiscretos.

—¿No te ha gustado? —Samantha frunció el ceño; no había esperado ese comentario por su parte.

—Pues claro que me ha gustado, pero... ¿tú sabes lo que es tenerte delante, con ese maldito vestido, durante casi una hora? ¿Te imaginas las putas ganas que tengo de arrancártelo y comerte entera? —Se acercó a su oído y separó las tres sílabas de una manera que hizo temblar de ganas a Samantha—. En-te-ra.

—Te confieso que tú tampoco estás mal con falda.

—*Kilt*.

—Lo que sea. ¿Crees que podremos escaquearnos un rato antes del aperitivo?

Doug estaba ya diciéndole un «sí» rotundo y a punto de cogerla de la mano y llevársela a su apartamento cuando oyeron un «¡Chicos! ¡Chicos!» que destruyó sus planes. Sus padres los reclamaban para presentarles a una cantidad infame de invitados, y a eso tuvieron que dedicar el tiempo Samantha y Doug hasta que la organizadora de bodas los condujo a todos al jardín principal, donde se celebraría la comida.

Por suerte, les tocó estar sentados a la misma mesa, la mesa principal. Por desgracia, les tocó hacerlo separados por sus padres, así que no intercambiaron apenas palabras en todo el —eterno— tiempo que duró aquel convite. Samantha se dedicó a jugar con la comida; Doug, a beber *whisky* de malta. No veían la hora de que la fiesta empezara a decaer —que sus padres y Dios los perdonaran— y poder ir hasta las antiguas cuadras a despedirse por todo lo alto.

A media tarde, cuando ya el sol parecía querer empezar a ocultarse tras las colinas que rodeaban el castillo, empezó el baile. Lo abrieron Edward y Connie, por supuesto, con un vals clásico que hizo levantar suspiros entre el público. Samantha se quedó sentada, esperando a que Doug la invitara a salir a bailar, porque parecía lo lógico, incluso lo protocolario. Pero él, en cambio, se levantó con un aspecto algo airado y se marchó hacia una puerta lateral del castillo. Samantha estuvo a punto de ir tras él, pero una mano ante ella la interrumpió.

—¿Quieres bailar? —Aquel era Pete, el primo favorito de Doug, con el que había coincidido un par de veces en los últimos dos días.

Samantha estaba tan distraída por la reacción anterior de Doug, por su huida a la carrera, que no supo reaccionar y aceptó aquel baile. Por el sistema de sonido ultramoderno que habían instalado en aquel jardín sonaba la melodía de *What a Wonderful World*, de Louis Armstrong. Era una canción preciosa, pero a Samantha en aquel momento el mundo le parecía cualquier cosa

menos *wonderful*. Y puede que nunca volviera a parecerse sin Doug a su lado. Se dejó mecer entre los brazos de Pete para no pensar en nada, aunque mantuvo las distancias, no fueran a complicarse sus últimas horas en Escocia con algún malentendido.

—¿Puedes dejarme bailar con mi chica, pedazo de imbécil?

La voz de Doug sobresaltó a Samantha. No así a Pete, que se limitó a reaccionar con una carcajada, antes de alejarse mientras le guiñaba un ojo a Samantha. Pero no fue solo aquel tono de voz grave, profundo y sensual lo que sobresaltó a Samantha. En cuanto procesó la frase que él había dicho, aquellas dos palabras, aquel «mi chica»... puso su corazón a latir a un ritmo que no recordaba haber alcanzado ni siquiera el año en que se decidió a correr el maratón de Boston.

Lo siguiente que supo Samantha era que bailaba en los brazos de Doug. La música había cambiado y lo que sonaba era *My Heart Will Go On*, en la increíble voz de Celine Dion. Samantha estuvo a punto de echarse a llorar. Porque *Titanic* siempre lo conseguía, porque esa travesía dramática del Atlántico no hacía otra cosa que recordarle que en unas horas saldría su vuelo hacia Boston, porque quería a Doug y había tardado una eternidad en darse cuenta. Una eternidad de una semana.

—¿A dónde has ido antes? —Samantha se atrevió a alzar la mirada y sus ojos acuosos se encontraron con los de Doug, que brillaban también, aunque no estaba demasiado clara la causa.

—A dar un paseo por el jardín pequeño. Necesitaba... estar a solas.

—¿Por qué? —La voz le salió a Samantha en un susurro.

—Porque la he cagado, Sammy. Porque me he metido en un lío que nunca pensé... —Doug cerró los ojos con fuerza—. Es igual. Bailemos.

Ella le hizo caso, porque la canción era preciosa y mecerse entre sus brazos era una sensación que toda mujer debería experimentar al menos una vez en la vida —aunque ella le arrancaría los pelos a cualquiera que se atreviera a intentarlo—. Pero no olvidó el tema. Estaba a punto de proponerle salir a dar un paseo y que hablaran lo que tuvieran que hablar, cuando una pelirroja despampanante los interrumpió.

—¿No me vas a invitar a bailar, Dougie? —Su voz sonó ridícula y Samantha empezó a echar fuego por los ojos—. Sería la primera vez, ¿no?

—¡Catriona! —Doug parecía realmente sobresaltado; en aquel momento, pensó que quizá debería haber echado un vistazo, aunque fuera breve, a la lista de invitados a aquel enlace—. No tenía ni idea de que habías venido.

—¿Has olvidado que nuestros padres son íntimos? —Ella se acercó, en opinión de Samantha *demasiado*, y le repasó un dedo por la botonera de la camisa—. Aunque espero que no tanto como nosotros, claro.

—Catriona, te presento a Samantha. —Doug hizo fuerte su agarre sobre la mano de Samantha. Habían tenido excusa mientras bailaban, pero la canción ya había cambiado, sus pies se habían detenido y ellos seguían tomados de la mano delante de sus respectivas familias y amigos. No le importó una mierda—. Ella es... Es la razón por la que no vamos a bailar. Y ahora, si me disculpas...

Samantha ni siquiera escuchó la réplica de aquella chica, porque se vio arrastrada por Doug hacia aquella misma puerta lateral por la que había entrado él en el castillo un rato antes. Allí se encontraban unos cuantos cuartos de baño, que estaban aquel día habilitados para los invitados, pero los pasaron de largo, ignorando las miradas curiosas de varios de los presentes. Llegaron en apenas unos segundos a un cuarto que hacía las veces de lavandería.

—No aguantaba más, joder —dijo Doug, mientras se lanzaba hacia sus labios como un naufrago hacia su última botella de agua.

Se besaron durante minutos, con mucha lengua y ganas, con algo diferente a lo que siempre había en los besos que compartían. Algo más profundo. Algo mejor.

—¿Quién era esa chica? —Samantha no quería preguntarlo, de verdad que no quería, pero al final... no puedo evitarlo.

—Es una... ¿amiga? Da igual, Sammy. No es nadie. —Doug acercó su frente a la de ella y se quedó allí unos segundos, respirando su aliento—. Nadie es nadie ya.

—¿Qué te pasa, Doug?

—Nada.

—Dímelo, por favor... —suplicó Samantha—. Me quedan apenas unas horas aquí y no querría irme con la duda de...

—¿Eso es lo que me pasa, Sammy! —Doug se sentó en un taburete que había por allí—. Que te vas mañana. Y que... no quiero que te vayas.

—Pero Doug... desde el principio hablamos de que...

—Ya sé lo que hablamos. —Doug estaba serio. Tan serio que Samantha solo quería abrazarlo—. Pero no me digas que tú te sientes igual que hace una semana, porque entonces está claro que soy el mayor gilipollas al norte de Edimburgo.

—¿Pues claro que no me siento igual! Pero las cosas son como son, Doug... Yo vivo en Estados Unidos, tú aquí... Ha sido una semana fantástica. No, eso no es verdad. —Samantha fue tajante y sus palabras atrajeron la atención de Doug—. Me he quedado muy corta. Ha sido la mejor semana de mi vida.

—También de la mía.

—Pero...

—No digas el «pero», Sammy. —Ella iba a hablar, pero Doug la interrumpió—. Yo lo sé, tú lo sabes... ¿De qué sirve repetirlo más que para amargarnos?

Samantha asintió y, juntos, decidieron volver a la fiesta. Bailaron, juntos y separados, bebieron unas cuantas copas, felicitaron a sus padres más veces de las que habrían esperado hacerlo y... cuando nadie miraba, se escaparon a las cuadras.

Se podrían contar muchas cosas sobre lo que ocurrió en aquel moderno apartamento de Doug en esa noche estrellada de Clashindarroch. Que hicieron el amor hasta que se aprendieron la piel del otro. Que fueron los protagonistas de una auténtica noche de bodas. Que se besaron con la esperanza de llegar a encontrar algún día en otros labios las mismas sensaciones que les transmitían aquellos. Que quisieron llorar, pero no se atrevieron a hacerlo porque romper la felicidad de aquella despedida debía de ser incluso pecado.

—¿Me dejarás que te lleve mañana al aeropuerto? —le preguntó Doug, cuando ya era inevitable que estuvieran a punto de dormir. El día había sido largo, el *ejercicio físico* de las últimas horas intenso y ya no eran capaces de aguantar con los ojos abiertos.

—No.

—¿No? —Doug se incorporó sobre un codo y todo el sueño que un segundo antes lo estaba torturando desapareció.

—No soporto las despedidas. Mucho menos en los aeropuertos. Me pasaría llorando todo el vuelo, Doug.

—Pero me habías dicho que...

—Te dije que podías llevarme cuando aún no sabía que...

—¿Qué? ¿Qué no sabías, Sammy? —No es que Doug quisiera presionarla para que lo dijera; es que necesitaba el empuje para ser él mismo quien hablara.

—¿Merece la pena decirlo a estas alturas?

—Siempre merece la pena decirlo. —Doug acarició con la yema de su dedo pulgar el labio inferior de Samantha, que temblaba un poco, y se atrevió a hacer una propuesta—. ¿Los dos a la vez?

Y en aquella noche estrellada sonaron dos «te quiero» simultáneos, que hicieron temblar los cimientos de todo aquello que pensaban unas semanas atrás. Se habían enamorado. Y solo quedaban cinco horas para que tuvieran que separarse. Qué final tan inesperado para una semana que no olvidarían jamás.

Doug no podía estar más equivocado cuando, de madrugada, había pensado que se moría de sueño. No consiguió pegar ojo en toda la noche. Fue imposible, con el cuerpo sinuoso de Samantha a apenas unos milímetros del suyo, moviéndose inquieta sobre la sábana. No era la primera noche que dormían juntos, así que aquello lo sorprendió; solía permanecer horas en la misma posición. Así que Doug supuso que Samantha también estaba insomne. Pero no hablaron. No se dijeron nada. Ni siquiera hablaron cuando, a las siete de la mañana, Samantha se levantó, recuperó su ropa, que había quedado esparcida por diferentes lugares de la habitación, y se marchó. ¿Para qué iban a hablar si lo más importante ya se lo habían dicho? ¿Qué podría ser más determinante que un «te quiero»? Mejor quedarse con esas palabras que estropearlo con más súplicas, más imposibles.

El vuelo de Samantha salía alrededor de la una del mediodía; Doug no sabía mucho más que eso. No quería saberlo. Un rato después de las ocho, escuchó el motor de un coche en medio de la quietud que reinaba en el castillo después de una noche que había sido demasiado larga para todos. Samantha se marchaba. No había hecho ni el menor amago de quedarse; él no había hecho el menor intento por retenerla. Se iba.

Doug remoloneó un rato más en la cama, pero no con esa pereza placentera de los días en que no hay que madrugar. Más bien fue un rato largo de tortura; de muchos «y si...» y demasiados «ojalá...». A las nueve y media, decidió que lo único que podía arreglar aquel día de mierda era perderse sobre su moto entre aquellas carreteras que conocía tan bien. De camino a las cocheras, se encontró con su primo Pete.

—¡Hey! ¿Dónde está tu chica? —le preguntó, con una sonrisa burlona en medio de la cara de resaca que tenía.

—Mi chica... —La carcajada de Doug fue tan amarga que hasta asustó a Pete—. Mi chica va camino de Boston.

—Joder... ¿Y qué piensas hacer?

—Voy a salir a dar una vuelta en moto. Sé que... —Doug se sintió culpable por no quedarse con Pete, que siempre había sido más un amigo que un primo; casi un hermano—. Sé que hoy no sería la mejor compañía. Necesito despejarme la cabeza, pero mañana soy todo tuyo, ¿de acuerdo?

Pete asintió, sin mucho más que decir, y renunció a explicarle a Doug lo que realmente había querido decir. Que pensara en algo que hacer para recuperar a aquella chica, porque lo que él había visto entre ellos mientras bailaban la noche anterior en la boda era algo demasiado mágico como para dejarlo pasar; quizá en toda la vida no volviera a hacer saltar aquellas chispas con otra mujer.

Doug arrancó y dio unas cuantas vueltas por caminos conocidos antes de decidirse a enfilar en dirección norte. Sintió algo que lo molestaba en la cabeza, pero comprobó enseguida que no era que el casco estuviera mal abrochado, ni un mosquito que se hubiera colado en algún descuido, ni siquiera que le doliera la cabeza —lo cual tenía su mérito, porque el día anterior le había dado buen uso al *whisky*, además de que las preocupaciones no ayudaban—. Lo que le rondaba la cabeza eran unas palabras de Pete que él no había sabido interpretar. «¿Y qué piensas hacer?». A Doug casi le dio la risa al percatarse de que su primo no le estaba preguntando por sus planes para aquel día; lo estaba urgiendo a pensar en algo para evitar que Samantha se fuera al otro lado del mundo.

Y entonces lo supo. Que tenía que hacer algo. Que era muy probable que fracasara, pero que no habría peor fracaso que no intentarlo. Que solo había una respuesta: dar media vuelta y dirigirse al aeropuerto de Edimburgo. Allí, solo allí, estaba la última esperanza. Y Doug se agarró a ella con la misma fuerza que al manillar de su Harley Davidson.

Un par de veces durante aquel trayecto, Doug pensó que la multa a la que tendría que enfrentarse si los radares de la autopista estaban de guardia sería antológica. Pero eso no le importó una mierda, como en aquel momento no lo hacía nada que no fuera la propia Samantha y todo lo que al fin reconocía que sentía por ella. Le daba igual que, desde hacía apenas unas horas, ella fuera su hermanastra; le daba igual la posible reacción adversa de su padre e incluso de Connie; le daba igual que ella tuviera algunas ideas sobre la vida tan diferentes a las suyas; incluso le daba igual que viviera a unos seis mil kilómetros y con todo un océano de por medio. Ya encontrarían la manera de hacerlo funcionar, porque, al fin y al cabo, lo más importante de todo sí lo tenían asegurado: que se querían, que se habían enamorado, que no concebían la vida el uno sin el otro.

Doug se sorprendió al darse cuenta de que pensaba en plural. Tenía muchos miedos en aquel trayecto hacia el aeropuerto de Edimburgo. Que ella prefiriera la comodidad de su vida en América a la posibilidad de quedarse con él, que no quisiera ni plantearse que fuera él el que se mudara, que le diera miedo embarcarse en una relación con alguien a quien la unía un vínculo familiar, aunque fuera indirecto... pero en ningún momento temió que ella no le correspondiese. Samantha estaba tan enamorada de él como Doug lo estaba de ella. De eso estaba completamente convencido.

Llegó al aeropuerto de Edimburgo alrededor del mediodía. Abandonó su moto en el primer aparcamiento que encontró —esperaba que la estancia no fuera demasiado larga, porque era también el que tenía una tarifa más alta por minuto— y corrió hacia la terminal con el corazón atronándole en el pecho. Al entrar, comprobó que solo había dos vuelos a Boston ese día, uno que saldría en aproximadamente cuarenta minutos y otro, unas cuantas horas más tarde. No había duda de que el de Samantha debía de ser el primero. Se acercó corriendo al mostrador de facturación y preguntó si Samantha Rebecca Sanders había embarcado ya.

—No podemos darle esa información, señor. —La empleada de mediana edad miraba con gesto de hastío la pantalla de su ordenador, mientras sus gafas de cerca le resbalaban sobre la nariz hasta casi rozar la punta—. Cuestiones de protección de datos.

—Pero es muy importante para mí saber si ha atravesado ya el control de seguridad o no. —Doug, por si acaso, no perdía de vista el control de pasaportes, aunque ya estaban llamando al embarque del vuelo y estaba seguro de que Samantha, previsora como era, habría atravesado ya aquella barrera; no le quedaría más remedio que soltarle su discurso para convencerla de que se quedara con él, aunque solo fuera un tiempo, en apenas unos minutos.

—Seguramente igual de importante que para mí mantener mi puesto de trabajo, señor. Lo perdería si le diera esa información.

—Pues tendré que comprobarlo personalmente... —Doug resopló con fastidio—. Supongo que para atravesar el control necesito un billete, ¿verdad?

—Supone bien.

—Pues deme un billete en turista para cualquier vuelo que salga de esta terminal en las próximas horas. El más barato, si no le importa, aunque... me da igual. Deme un billete, por Dios, el que sea. —Doug desesperaba un poco más con cada minuto que veía pasar en el reloj enorme que presidía aquella zona de la terminal.

—En este mostrador solo puedo emitirle billete para el vuelo a Boston que sale dentro de

treinta y dos minutos. Si quiere billete para cualquier otro vuelo, debe ponerse a la cola en el mostrador número...

—A Boston. Está bien. El que sea, le he dicho.

—Me temo que solo quedan plazas disponibles en primera clase.

—De acuerdo, de acuerdo. —Doug resopló. Daba gracias por que su economía estuviera saneada, porque aquel billete de última hora no iba a resultar barato—. ¿En cuánto me va a salir la broma?

—Tres mil doscientas veintitrés libras. Con cuarenta y cuatro céntimos.

—Está bien. —Doug tiró encima del mostrador su tarjeta de crédito y el pasaporte, que milagrosamente llevaba consigo y en el que tenía aún en vigor el visado para Estados Unidos por un viaje de negocios que había hecho unos meses atrás—. No se olvide de cobrarme los cuarenta y cuatro céntimos, por Dios.

—¿Disculpe?

—Nada, es igual.

—¿Equipaje facturado o de mano? —preguntó la trabajadora de la compañía, a la que nada parecía alterar, al contrario que a Doug.

—Nada, nada, no llevo nada.

—Aquí tiene, caballero. Buena suerte en...

Doug ni siquiera escuchó el final de aquella frase. Cuando al fin consiguió atravesar el control de seguridad —a pesar de que no llevaba equipaje, le tocó cumplir con un registro aleatorio complementario; ley de Murphy, claramente—, quedaban dieciséis minutos para que despegara el vuelo a Boston y ya todos los pasajeros se encontraban en fila, accediendo por las dos puertas habilitadas para el embarque. Doug ignoró la de primera clase y se dedicó a recorrer la otra fila en busca de Samantha. En aquel momento, habría dado su moto, su castillo y hasta su mano derecha por encontrar su pelo rubio entre aquella maraña de personas dispuestas a atravesar el Atlántico. Pero no lo hizo. Le tocó a continuación el turno a la fila de primera y *business class*, pero allí tampoco tuvo suerte. Después de tantas horas con el corazón y la cabeza funcionando a mil revoluciones por minuto, al fin reparó en que la opción más sencilla era llamarla por teléfono, pero, cuando marcó su número, se encontró con un mensaje odioso que le comunicaba que el móvil se encontraba apagado o fuera de cobertura. Cuando al fin llegó al mostrador en el que comprobaron su billete y su pasaporte, ya solo le quedaba una carta por jugar. La de la lástima. Cruzó los dedos para que la azafata fuera una romántica redomada o no le quedaría más remedio que bajar la cabeza y volver a su refugio en las Highlands con un fracaso en el bolsillo.

—Disculpe, señorita, ¿podría hacerme un favor?

—Claro, caballero, por supuesto. —Viajar en primera clase siempre ayudaba a que la amabilidad fuera mayor—. ¿Qué es lo que desea?

—Necesito saber si mi... si mi novia ha embarcado ya. Nos hemos perdido en el camino hacia el aeropuerto y ahora no estoy seguro de si ella está camino de Boston o la he perdido de nuevo en algún punto de la terminal.

—Vaya, me temo que eso va contra las normas, pero... podemos hacer una pequeña excepción. —Doug respiró hondo—. ¿Cuál es su nombre?

—Samantha Rebecca Sanders.

—¿Viaja en primera clase también?

—Pues... no estoy seguro. —Doug no podía dejar de pensar en la imagen que estaría dando ante aquella azafata, después de confirmarle que había perdido a su novia y que, además, ni siquiera viajaba con ella en primera clase. O sí. Que ni siquiera lo sabía, vaya.

—Me consta que Samantha Rebecca Sanders figura entre la lista de pasajeros, pero no puedo confirmarle si ha subido al avión. De todos modos, el comandante acaba de confirmarnos que vamos completos, así que... hay un noventa y nueve por ciento de posibilidades de que sí haya embarcado.

—De acuerdo y... ¿podrían llamarla para que salga un momento? Le juro que seré rápido.
—Doug ya había perdido la vergüenza por completo, así que se lanzó con una frase que hizo sonreír a la empleada de la compañía aérea—. Solo necesito decirle que la quiero y... con un poco de suerte, les dejaremos dos asientos libres en el vuelo.

—Ay, pues... me temo que eso no será posible. De hecho, si no embarca en los próximos... —la azafata echó un vistazo a la pantalla de su *tablet* y suspiró— dos minutos, será usted quien se quede en tierra. Vamos ya muy justos sobre la hora de despegue.

—¡A la mierda! —La azafata se sobresaltó ante las palabras de Doug, pero él enseguida se apresuró a aclararle lo que quería decir—. Embarcaré. ¿Usted va como personal a bordo en este vuelo?

—Sí. —La azafata le sonrió.

—Pues prepárese para ver una declaración de amor en toda regla a bordo.

Y así, con aquella determinación, Doug atravesó la puerta del avión y se dispuso a ser más sincero que en toda su vida. A hacer una declaración pública que no olvidaría nadie que la presenciara.

Samantha había pasado todo el día llena de dudas. Nunca, en toda su vida, había tenido que hacer un acto de fuerza de voluntad mayor que el de aquella mañana, cuando abandonó la calidez segura del lecho que había compartido con Doug y tomó la horrible decisión de volver a su vida *normal*. Le supuso un esfuerzo sobrehumano regresar al que había sido su cuarto durante aquellas dos semanas en el castillo, meter en la maleta los pocos objetos personales que aún rondaban por allí y confirmarle al chófer que le había asignado Edward que debía llevarla de vuelta al mismo aeropuerto al que había llegado quince días antes, lo que le parecía toda una vida atrás; tal vez *era* toda una vida. No quiso despedirse de Doug porque sabía que no podría hacerlo. Por suerte, de su madre y Edward ya lo había hecho la noche anterior, después del baile nupcial, porque ni le parecía oportuno despertarlos tan temprano tras su noche de bodas, ni estaba segura de no derrumbarse, llorando como una niña pequeña, en los brazos de su madre.

El trayecto hasta Edimburgo fue un infierno. Por suerte, el chófer de la familia entendió rápido que ella no quería conversación y, además, Samantha fingió estar dormida la mayor parte del tiempo. Tuvo que ser aquel hombre, que había soportado su silencio durante más de tres horas, quien la avisara de que habían llegado a la terminal de salida de vuelos internacionales.

—Muchas gracias —fue lo único que se sintió capaz de decirle...

... al menos durante unos segundos.

—¡Espere, espere! —Samantha salió corriendo detrás de él apenas un instante después de haber entrado en la terminal—. ¿Regresa usted a Clashindarroch?

—Sí, claro, señorita.

—Llámeme Samantha. —Le sonrió—. ¿Usted...? ¿Podría...?

—¿Sí? —El chófer arqueó una ceja con gesto divertido.

—¿Podría llevarme allí de vuelta?

—Pero... ¿no tiene usted un vuelo a América en poco más de una hora?

—Pues... lo tenía, sí. Lo *tenía*.

No hicieron falta más explicaciones y Samantha volvió a subirse al asiento trasero del coche. El sueño empezaba a atacarla, después de demasiadas horas privada de él. Y una extraña sensación de calma se adueñaba de su cuerpo. La calma de haber tomado una decisión. Era una locura, ella lo sabía. Su vida estaba en Boston, estaría en pocas semanas en Nueva York. Hasta hacía apenas dos semanas, su único sueño era trabajar en un estudio de arquitectura en Manhattan y vivir en un apartamento céntrico. Después de conocer las maravillas de las Highlands... de repente, no le importaba nada abandonar ese supuesto sueño para vivirlo todo. Todo. Lo que aquella tierra pudiera ofrecerle, lo que Doug le daba cuando estaban juntos, lo que podrían llegar a ser si decidían lanzarse a aquella aventura que ya había empezado.

Se quedó dormida. Tal vez, si no lo hubiera hecho, habría visto que una Harley Davidson, a cuyos lomos iba un hombre tan desesperado de amor como lo estaba ella, recorría la carretera en sentido contrario, en dirección a un aeropuerto donde, aquel día, se estaban tomando demasiadas decisiones.

Samantha llegó a Clashindarroch a la hora en que su avión debería haber estado ya sobrevolando el Atlántico. Se rio en voz alta cuando se dio cuenta de esa paradoja. El chófer del castillo la miró

extrañado; no tenía demasiadas dudas de que debía de considerarla una desequilibrada, pero... le daba igual. Entre otras cosas, porque ella misma no tenía demasiada fe en su propia salud mental, dadas las circunstancias.

Bajó del coche cruzando los dedos para no encontrarse aún con su madre ni con Edward. La única persona a la que quería ver era Doug y él se encontraría probablemente en los antiguos establos, así que se dirigió hacia allí. Por el camino, recuperó su teléfono móvil del fondo de su bolsa de viaje —la maleta había quedado a cargo del chófer y Samantha ni siquiera sabía qué iba a hacer con ella— y comprobó que se había quedado sin batería; por la noche no lo había cargado en la habitación de Doug y ahora pagaba las consecuencias. Tampoco es que le importara demasiado. Nada que no fuera encontrar a Doug lo hacía.

Solo que... después de un cuarto de hora largo inspeccionando los alrededores de sus apartamentos privados, deseó haber tenido a mano algún medio para comunicarse con él porque Doug no aparecía.

—¡Hey, Samantha! —Fue Pete, en cambio, quien asomó la cabeza por allí—. ¿Tú no tenías un vuelo hoy?

—Yo... Sí. Lo tenía —le repitió las mismas palabras que había dicho al chófer y que ya se habían convertido en un mantra para ella. *Tenía* una vida en Estados Unidos a la que no le apetecía volver. *Tenía* unas ganas locas de encontrar a Doug y empezar de cero. O de uno, mejor dicho, porque tal vez los pasos más importantes ya los habían dado. Desconectó su cerebro de las elucubraciones en las que llevaba inmersa ya demasiado tiempo y volvió a la conversación con Pete—. ¿Sabes dónde está Doug, por casualidad?

—Pues... no exactamente. Sé que ha salido con su moto esta mañana, así que... supongo que estará recorriendo carreteras de las Highlands y pasando de mí.

—¿Pasando de ti? —Samantha esbozó una débil sonrisita. Su euforia se estaba desinflando y necesitaba hablar de otra cosa, de cualquier otra cosa.

—Me había prometido que pasaríamos juntos el día, pero al parecer su moto era un plan más interesante.

Pete no estaba realmente enfadado, más bien preso de un enfurruñamiento divertido, pero Samantha no tuvo demasiado tiempo de analizar eso. Lo único en lo que fue capaz de pensar en ese momento era en que, mientras ella había cancelado todos sus planes de vida para regresar a Clashindarroch a buscarlo, él había seguido con sus rutinas. Un domingo de moto, carretera y bonitos paisajes antes de afrontar la semana laboral. Una jornada larga al aire libre y en solitario para olvidar una aventura de verano que había sido algo más intensa de lo esperado. Solo Samantha había pensado en sacrificarlo todo por él. En ningún momento se le había pasado por la cabeza pedirle a él que lo dejara todo y la acompañara al otro lado del charco. Y esa no era una buena premisa de comienzo para una historia que pudiera salir bien.

Con las lágrimas pugnando por salir de sus ojos, Samantha regresó al camino de acceso al castillo. George, el chófer del que al fin había averiguado el nombre, se afanaba en limpiar el parabrisas y las llantas del vehículo, a pesar de que, aparentemente, estaban ya relucientes. Tuvo claro antes de hablar que él la consideraría definitivamente una loca, pero... le dio igual de nuevo.

—George, yo...

—¿Sí? —le preguntó él, con un tono de voz a medio camino entre la diversión y el fastidio.

—Va a pensar que he perdido el juicio, pero...

—Deje que adivine. —George puso los brazos en jarras, pero sonrió, así que Samantha

consiguió relajarse—. ¿Quiere que vuelva a llevarla a Edimburgo?

—Hay un vuelo nocturno a Boston... —Samantha hablaba sin atreverse a mirarlo, con la vista fija en la pantalla de su teléfono móvil, donde consultaba el horario de vuelo y las plazas disponibles—. ¿Cree que llegaremos a tiempo al aeropuerto?

—Ni siquiera he descargado su maleta. —George estiró su americana y se preparó para sentarse en el asiento del conductor—. Suba rápido y agárrese fuerte.

Menos de tres horas después, Samantha entraba de nuevo en la terminal de salidas internacional del aeropuerto de Edimburgo. Lo hizo con lágrimas en los ojos, no solo por el fracaso del primer acto de locura espontánea que había cometido en su vida, sino también por la pena de despedirse de aquella tierra que la había enamorado tanto como uno de sus habitantes. Soñaba con que llegara el día en que las heridas de su corazón se convirtieran en cicatrices y fuera capaz de valorar en toda su grandeza lo maravillosa que había sido la experiencia escocesa.

Pero cuando subió al avión, cuando la azafata le indicó cuál era su asiento, Samantha ya no era capaz de desprenderse del pañuelo que había rescatado de su bolso. Se recostó en el asiento, se arrebujó en la manta que le habían ofrecido y cruzó los dedos para quedarse dormida y que, al llegar a su tierra, la pena doliera menos.

Samantha tenía la sensación de que hacía una eternidad que había salido de Edimburgo. El vuelo había sido un infierno, lleno de turbulencias que le habían impedido dormir. Había llegado con casi dos horas de retraso, lo que hizo que el pasaje de ese vuelo se uniera con otros dos que venían también desde Europa y la cola para coger un taxi parecía que llegaba hasta Kentucky. Samantha intentó encender su móvil para avisar a su madre de que había llegado —esperaba sinceramente que Connie y Edward estuvieran demasiado ocupados con su luna de miel como para plantearse por qué ella llevaba tantas horas sin dar señales de vida—, pero la batería, como era de esperar, seguía muerta. Cuando el taxi que (¡al fin!) había conseguido enfiló la calle donde vivía, Samantha ya solo soñaba con meterse en la cama y dormir hasta que se le olvidara aquella sensación que le pesaba en el corazón de que la vida, la verdadera vida que quería disfrutar, se la había dejado en las Highlands.

Era primera hora de la tarde cuando metió la llave en la cerradura de su apartamento. La recibió un aroma habitual, el de las galletas de vainilla que su compañera de piso Amy horneaba cuando estaba estresada —y eso era bastante habitual—.

—¡Holaaaa! —Samantha rescató el último miligramo de energía que le quedaba en su cuerpo para saludar con algo de ánimo a su amiga y que no se preocupara por verla llegar tan triste de su viaje a Europa; ya habría tiempo de que le contara todo... harían falta más de esas galletas—. ¿Qué tal todo por aquí?

—Mmmm... interesante —le respondió Amy alzando una ceja—. ¿Qué tal tú? No has dado demasiadas señales de vida en estas semanas, ¿no?

—Ha sido...

—¿Raro?

—Sí. —Samantha asintió. Tenía demasiado sueño como para echar mano del diccionario mental—. Creo que «raro» es el mejor adjetivo. Al menos, es el único que se me ocurre ahora mismo.

—Puede que al entrar en tu cuarto se te ocurran algunos más...

Samantha ya tenía una mano en el pomo de la puerta de su cuarto cuando procesó la frase de Amy y el tono burlón con que la había pronunciado. Pero no le dio tiempo a preguntarle a qué se refería antes de llevarse la mayor sorpresa de su vida.

—¿¡Doug?!

Doug estaba allí. En Boston. En su apartamento. En su dormitorio. Sentado sobre su cama. El mismísimo Douglas McDougall estaba allí y ella no entendía por qué. Su imagen, en su retina, estaba indiscutiblemente ligada a Escocia, a las Highlands, a aquellos parajes inolvidables y perfectos. Por un momento, llegó a dudar si todo sería un sueño, una alucinación provocada por el cansancio o un agujero espacio-temporal que la hubiera devuelto de golpe al castillo de Clashindarroch.

Pero no. Era real. Era él. Porque solo él sonreía así y solo le sonreía así a ella. Y entonces, de golpe y porrazo, desaparecieron el cansancio, el sueño, la añoranza y la pena. Desapareció todo menos la necesidad de tumbarse a su lado y abrazarlo. Pero... aún tendría que esperar.

—Sí que has tardado en llegar, niña.

A Samantha se le escaparon las lágrimas de los ojos cuando escuchó que él la llamaba así. Estaba demasiado sensible o algo. O quizá es que él había conseguido arañar la superficie de

hielo con la que ella siempre había sabido recubrirse. La había derretido a base de besos, caricias y palabras de amor.

—¿Qué estás... haciendo aquí? —Samantha seguía parada en el centro de su habitación, incapaz de dar un paso hacia él, de hacer nada más que balbucear mientras intentaba entender cómo había aparecido Doug allí.

—Pues... aún no lo sé muy bien. —Samantha frunció el ceño y Doug se interrumpió a sí mismo—. Me he explicado mal. Tengo clarísimo lo que estoy haciendo aquí. Lo que no tengo muy claro es por qué he llegado nueve horas antes que tú.

A Samantha se le contagió el gesto cuando a Doug le dio la risa. E intentó hacer una composición de lugar de qué podía haber ocurrido aquel día tan raro, tan loco.

—¿Has llegado en el avión del mediodía?

—En el que había entendido que viajarías tú, sí. La verdad, Sammy... Cuando te marchaste, entendí que me iba a resultar muy difícil vivir sin ti, ¿sabes? —Aquella declaración de amor cayó como una bomba de relojería en el exiguo espacio de la habitación—. Así que me planté en el aeropuerto con la idea de pedirte que te quedaras en Escocia, pero no te encontré y... acabé subido a un avión.

—Yo no llegué a hacerlo —susurró Samantha.

—De eso me di cuenta después de recorrer fila por fila todo el avión y que me llamaran la atención no una ni dos, sino tres veces. —Se rieron juntos y... qué bonitas sonaron aquellas risas al unísono—. Por cierto, mi Harley sigue en el aparcamiento más caro del aeropuerto de Edimburgo. Me temo que hay demasiadas cosas en esta historia que tardaré en perdonarte.

—Yo me di la vuelta en la terminal porque tampoco tenía muy claro que me apeteciera vivir lejos de ti, Douglas McDougall. ¿Puede que eso te ablande un poco?

—Puede... Y aquí estamos ahora. —Doug la miró y sus ojos verdes se le clavaron tan adentro que Samantha se sintió como atraída por un imán—. Aunque sigues demasiado lejos.

—No sé si me atrevo a acercarme. —No es que Samantha se sintiera tímida. Es que seguía aterrorizada a que todo aquello fuera un sueño. Parecía demasiado bonito para ser real.

—Pues deberías hacerlo...

—¿Por qué?

—Porque me he pasado veintinueve años de mi vida intentando enamorarme sin conseguirlo. Y cuando había abandonado toda esperanza de que pasara, tú pusiste mi mundo patas arriba en solo dos semanas.

Doug no se levantó, así que, cuando Samantha se acercó, la primera parte de sus cuerpos que se rozó fueron sus rodillas. A continuación llegaron las manos; se cogieron de ellas en un gesto que sellaba un compromiso, aunque ellos en aquel momento aún no lo supieran. O quizá sí lo sabían. Doug tiró de Samantha y ella cayó a su lado en el colchón. Se miraron durante un instante eterno y, entonces... llegó el beso. El que lo sellaría todo. El que los convertiría en lo que iban a ser después. La ropa voló. Las emociones volaron. Y Samantha y Doug se desnudaron de todas las maneras en que dos cuerpos pueden hacerlo; de todas las formas en que dos almas pueden desnudarse. Si alguien escuchó sus jadeos, seguro que habría sabido leer que allí había mucho más que sexo. Allí había amor del bueno.

Epílogo

Cinco años después

Samantha estaba histérica aquella mañana. En cinco años, le habían pasado tantas cosas emocionantes que cualquiera diría que estaría preparada para cualquier cosa, pero... aquel evento estaba a punto de conseguir sacarla de quicio. *Evento*. Si Doug la escuchara referirse así al día de su boda, se enfadaría; quizá lo hiciera solo para burlarse un poco de él. Bueno... lo haría si tuviera un solo minuto libre en aquella mañana de locos que habían diseñado entre Amy —maldita fuera su antigua compañera de piso cuando se metía en el papel de estricta organizadora de bodas— y Connie.

Sí, habían sido cinco años intensos. Habían empezado en aquella tarde que cambiaría la vida de ambos, aquella en la que Doug había aparecido por sorpresa en la habitación de Samantha en Boston. Ya nunca volvieron a separarse. Doug quiso quedarse unos días allí con ella, conocer su mundo como Samantha había conocido el de él. Tuvo que gestionar su negocio a distancia —y pagar una millonada de *ticket* de aparcamiento a su vuelta—, pero todo mereció la pena por ver a su chica en su salsa. «Su chica». A él le encantaba llamarla así.

Cuando habían pasado unos diez días y el negocio de Doug ya no podía sostenerse sin su presencia física en Clashindarroch, llegó la gran conversación. La que marcaría todo lo que estaba por venir.

—Tengo que volver a Escocia, Sammy, pero... —La cara de él estaba circunspecta mientras cenaban en un restaurante muy *chic* de Manhattan, donde habían pasado unos días, que aprovecharon para que Samantha presentara a su padre y a Doug—. Estoy dispuesto a quedarme el menor tiempo posible en el castillo, el necesario para delegar en otra persona las funciones más que sea imposible realizar a distancia, pero... serán unos meses, me temo.

—Pero...

—Lo siento, cariño, me encantaría que fuera de otra manera, pero la ganadería es así, no se pueden tomar demasiados días libres y, aunque me fio de mis trabajadores al cien por cien, hay cosas de las que tengo que encargarme en persona.

—Pero...

—No, Sammy, déjame hablar. Yo...

—No, Doug, cállate un momento. —A Samantha le dio la risa, pero el gesto serio de él la hizo interrumpirse—. ¿Tu idea es venirte a vivir a Nueva York?

—¡Claro! No pensarás que vamos a tener una relación a distancia, ¿no? —le preguntó Doug, con una ceja alzada con incredulidad.

—¿Y no te has planteado la opción de que sea yo la que me vaya a las Highlands?

—No, Sammy, de ninguna manera. —Doug negaba con la cabeza; Samantha sonrió al darse cuenta de que llevaba el discurso muy interiorizado—. No pienso permitir que renuncies a la vida con la que llevas tantos años soñando por venirte conmigo.

—¿Pero tú puedes renunciar a la vida que tanto luchaste por conseguir?

—Tenemos un problema. —Doug se echó hacia atrás en su silla y cerró los ojos, con el pesar reflejado en su gesto.

—No, Doug, no tenemos ninguno. —Samantha empezó a carcajearse y Doug recordó que, a cambio de tener aquel sonido como banda sonora de su vida, todo merecía la pena; incluso las renunciadas—. Si me hubieras dejado hablar desde el principio, ni siquiera te habrías atormentado este ratito. Hace días, desde que llegué de Escocia, incluso antes de encontrarte en mi cuarto, que

me di cuenta de que aquellos viejos sueños ya no son los míos. Sueño cada noche con Clashindarroch. Quiero pasar el tiempo libre caminando por paisajes que nunca habría podido imaginar, no corriendo por Manhattan o viniendo a cenar a sitios pijos como este en el que, si quieres que sea sincera, ni siquiera me está gustando la comida. ¡Y antes pensaba que era mi favorito! Quiero que mis hijos se críen en plena naturaleza...

—¿Hijos? —La cara de Doug era ahora burlona.

—Vamos a ir poco a poco, semental.

—Mucho me temo, Sammy, que no hay demasiado trabajo para una arquitecta minimalista en un pueblo perdido de las Highlands.

—Ya nos las arreglaremos.

Brindaron por aquel plan que sonaba a locura, pero que ellos sabían que tenía las raíces bien hundidas en tierra. Solo se equivocaron en dos cosas: acabó sobrando trabajo para una arquitecta minimalista en las Highlands y los hijos... tampoco llegaron poco a poco.

Pero aún quedaba mucho por caminar hasta llegar a eso.

Antes, les tocó regresar a Escocia y pasar por el trago de explicarles a sus padres lo que estaba ocurriendo. Se olvidaban a menudo, pero, legalmente, Samantha y Doug eran hermanastros. Su regreso a Clashindarroch coincidió con la vuelta de Connie y Edward de su idílica luna de miel por el Adriático. Se reunieron a cenar en el castillo, con una sombra de sospecha pintada en los rostros de sus padres; la presencia de Samantha aún en Escocia era demasiado desconcertante.

—¿Te has enrollado con tu hermanastra?! —le gritó Edward a Doug, sin querer escuchar que aquella relación de amor que había nacido entre ellos, que estaba creciendo día a día, era mucho más que «un rollo».

—Papá, ¿es que no has escuchado ni una palabra?

—¿Qué se supone que tengo que escuchar?! Douglas, te juro que podía esperar muchas cosas de ti, pero esto...

—Esto estaba claro desde el primer minuto, Eddie, por Dios... —Connie estalló en una carcajada que dejó a su marido, su hija y su hijastro/yerno atónitos—. Ya me fastidia haber empezado nuestro matrimonio teniendo que ocultarte algo, pero si no te diste cuenta de todas las veces que se escaparon a sus habitaciones, ni de lo emocionados que regresaron de esa escapada a Edimburgo, si ni siquiera te diste cuenta de que pasaron juntos tooooda la semana anterior a nuestra boda... ¿no podías al menos haberte percatado de cómo bailaban en la recepción?? ¡¿Estás tonto o qué te pasa?! —

—¿Tú lo sabías? —El tono de Edward había descendido varios tonos—. Connie...

—Lo sabía yo y habría jurado que lo sabría toda Escocia, pero se ve que toda tu fortuna procede de tu apellido, no de tu inteligencia.

Entre burlas y risas, aquella comida acabó bien. Samantha y Doug insistieron en asegurarles que no permitirían que los avatares de su relación afectaran a la de sus padres. No es que tuvieran pensado separarse —nunca en todas sus vidas, si hubieran podido elegir—, pero no estaba de más prevenir. Ante todo eran familia y debían un respeto a sus respectivos padres. No pensaban interferir en nada.

Y así fue. Pronto toda la familia aceptó que, aunque no se hubieran conocido de una manera convencional, Samantha y Doug eran una pareja con todas las letras. Los primeros seis meses de Samantha en Escocia se les pasaron habilitando parte del castillo para su nueva vida. El apartamento de Doug era una preciosidad, pero decidieron reformarlo un poco para que allí estuvieran los despachos de ambos y mudarse ellos a vivir a la planta noble del castillo. Sería una buena forma de separar la jornada laboral del tiempo para disfrutar y, si en el futuro decidían

ampliar la familia, necesitarían algunos de los cuartos de la construcción principal.

Samantha disfrutó como una niña de la reforma del castillo. Respetando siempre los elementos tradicionales, imprimió a aquella construcción su sello de minimalismo y modernidad. Todo combinaba a la perfección con el estilo de aquellas cuerdas que Doug había reformado unos cuantos años antes, cuando ni podía imaginar que una arquitecta entraría en su vida para arrasarlo con todo.

Una tarde de primavera, cuando Samantha llevaba ya nueve meses viviendo en Escocia, un grupo de empresarios visitaron a Doug para firmar unas transacciones relacionadas con la ganadería del castillo. Cuando ya se marchaban, repararon en las reformas que Samantha dirigía en la planta principal y... preguntaron. Fue una carambola, un cúmulo de casualidades, pero aquella reunión improvisada que tuvieron en el jardín central, que acabó derivando en una cena, terminó con Samantha haciéndose cargo de la reforma de tres castillos más en la región. Desde entonces, su nombre resonaba fuerte entre un grupo de arquitectos escoceses —ella ya prácticamente lo era— que combinaban la arquitectura tradicional con las nuevas tendencias. La primera vez que su nombre apareció publicado en una revista del sector, a Doug estuvo a punto de reventarle el pecho de orgullo.

Samantha llevaba solo un año viviendo en las Highlands, y apenas unas semanas echando a andar su nuevo negocio, cuando se llevó una sorpresa. Una sorpresa enorme. La más brutal y maravillosa de su vida.

—Doug, creo... —le dijo aquella noche—. Creo que estoy embarazada.

Doug no supo responder, Samantha malinterpretó su silencio y se echó a llorar. Él no tardó ni dos segundos en correr hacia ella, abrazarla con fuerza y decirle las palabras que hicieron que a ella le desaparecieran de la cabeza todos los fantasmas.

—Creía que no había nadie en el mundo a quien pudiera querer más que a ti, pero tú... Tú embarazada de nuestro hijo es más amor del que soy capaz de tener en el pecho.

Amelia Sophie McDougall nació un soleado día de junio, cuando el verano ya empezaba a despuntar en las Highlands. En el trayecto en coche entre el castillo y el hospital de Inverness, Samantha estaba convencida de que a Doug le daría un infarto y ella tendría que reanimarlo mientras daba a luz en cuclillas en una cuneta, pero, contra todo pronóstico, eso no ocurrió. La niña llegó al mundo en un parto inusualmente rápido, apenas lloró y, cuando Doug se decidió a hacerle la primera foto con la que comunicar al mundo su llegada, ya estaba agarrada al pecho de su madre.

Los dos siguieron trabajando duro. Y aprendiendo cada día a amarse un poco más, un poco mejor. Ninguno de los dos estaban viviendo la vida que algún día habían soñado, pero... lo que estaban viviendo era aún mejor.

—Quizá es que ni siquiera nos habríamos atrevido a soñar con una vida como esta —le dijo una vez Samantha a Doug, mientras veían atardecer sentados en las hamacas del jardín, con Amelia recostada sobre el pecho de su padre, adormilada, y Samantha revisando unos presupuestos en su iPad.

Y es que aquello era la vida perfecta. Trabajar juntos en el mismo espacio, mientras Amelia correteaba entre una mesa y otra, reclamando atención a ratos, descansando tranquila otros ratos... Los negocios iban bien, la niña crecía sana y preciosa, el castillo se había convertido en un lugar moderno —bonito ya era antes— y Doug y Samantha no habían tenido ni una sola crisis en un par de años.

¿Cómo podrían complicarse la vida?

—¿Recuerdas el día que te dije que los perros no eran negociables? —le preguntó Doug

con cara de cachorrito, nunca mejor dicho, una noche después de hacer el amor.

—Juraría que también has dicho eso sobre los *haggis*.

—Es que los *haggis* son una delicia que no has aprendido a apreciar porque cometiste el enorme error de nacer en Norteamérica.

—No me líes, McDougall. ¿Qué decías de un perro?

—Que hace ya años que no tengo... Y que siempre he sido un firme defensor de que los niños crecen más felices rodeados por animales domésticos de los que cuidar, los ayudan a ser responsables y...

—¡Dios...! Toda la vida hablando demasiado, cuando ya me tenías convencida desde antes de empezar. —Samantha se carcajeó, lo que le costó una buena venganza en forma de cosquillas por parte de Doug y una sesión de sexo rápido que no tuvo nada que ver en su decisión.

En la semana siguiente a esa conversación, en la vida de Samantha y Doug pasaron tres cosas: la primera fue que acudieron a un refugio de animales abandonados cercano a Inverness para adoptar al nuevo miembro de la familia; la segunda, que se enamoraron de dos *bearded collie*, hermanos, recién abandonados por algún criador cruel... y volvieron a casa con ambos; y la tercera fue que a Samantha se le retrasó el periodo y un *test* de embarazo les trajo una nueva sorpresa. En cuestión de seis días, tenían el doble de perros de lo que habían planeado e iban por el camino de que les ocurriera lo mismo con los niños.

El enésimo Douglas McDougall nació una noche de invierno, después de muchas horas de parto, una cesárea de urgencia y el miedo más atroz que Doug había pasado en toda su vida. Cuando el médico le confirmó que tanto Samantha como el bebé se encontraban perfectamente y que podía pasar a verlos a la habitación, Doug habría estado dispuesto a cualquier cosa como agradecimiento. Samantha podría haber aprovechado para pedirle que se pensara dos veces lo del nombre del bebé, pero, después de ocho meses y medio interiorizándolo, su hijo ya se llamaba Douglas McDougall dentro de su cabeza.

Y la vida siguió. Y no dejó de ser bonita ni un solo día. Samantha no le podía pedir más a la vida, pero Doug... Doug pensó que sí. Por eso, una noche, se arrodilló bajo las estrellas que titilaban sobre el césped del jardín del castillo, abrió una caja antigua de joyería y dijo las palabras mágicas.

—Cásate conmigo, Sammy. Ya lo tenemos todo. Mostrémoselo a nuestros seres queridos y que se mueran de envidia.

Ella no pudo más que partirse de risa. Y decir que sí, por supuesto. Desde aquel momento, en el dedo anular de su mano izquierda, Samantha lució con orgullo el anillo de plata envejecida que había pertenecido a la madre de Doug.

Y así había llegado a aquella mañana. Samantha había arriesgado tanto con el vestido de novia que ahora, de repente, estaba aterrada a la reacción que tendría Doug al verla. Connie la urgió a salir rápido de su cuarto, porque ya había visto que Doug entraba a la capilla del castillo acompañado por Edward, y ambas tuvieron un *déjà vu* a otro día de septiembre de un lustro atrás, en el que las vidas de ambas cambiaron para siempre.

—Estás espectacular, Samantha. Sal ahí fuera y reclama a tu hombre.

—Eso ha sonado un poco medieval, ¿no, mamá?

—Estás en un castillo de las Highlands a punto de casarte con un tipo que, unos cuantos siglos atrás, sería un *laird* de primera. La ocasión lo pedía a gritos.

Ambas estaban aún riéndose cuando Samantha enfiló la alfombra de cuadros de tartán — con los colores del clan de los McDougall, por supuesto—. Doug abrió la boca de par en par cuando la vio. Ni siquiera el caminar torpe pero tierno de sus hijos, que abrían la comitiva

nupcial, logró distraerlo de la belleza deslumbrante de Samantha.

El vestido era de color blanco roto, con un corte medieval que combinaba perfectamente con el entorno. Pero lo que ni Doug ni nadie aparte de Connie sabían hasta aquella mañana era que, bajo la falda acampanada, lucía una enagua con los colores del clan, los que sabía que tanto significaban para Doug. Y a él no le pasó desapercibido el detalle cuando la repasó de arriba abajo.

—Estás tan preciosa que no sé cómo voy a ser capaz de aguantar la misa sin desnudarte aquí mismo.

—¡Doug!

No solo el pastor que oficiaba la ceremonia lo oyó. También lo hicieron su padre Edward —que le pegó un puñetazo en la espalda—, su suegra Connie —que estalló en una carcajada— y su hija Amelia —que frunció el ceño con cara de querer preguntar qué significaba aquello—.

Cuando se intercambiaron los anillos y leyeron sus votos, ninguno de los sesenta y dos invitados pudo contener la emoción. Incluso a Doug se le escapó una lágrima, igual que le había ocurrido el día del nacimiento de sus dos hijos. No era un hombre que acostumbrara a llorar, pero había momentos demasiado trascendentales para pasarlos sin lágrimas.

—¿Sabes, Sammy? —le dijo, mientras salían de la capilla cogidos del brazo—. Pensé que este día sería solo un trámite, pero...

—Pero no. Es algo más —le respondió ella, muy firme.

—Es una forma más de decirte que eres la mujer de mi vida. Que nunca querré a nadie como te quiero a ti.

—Más te vale, *highlander*. Porque yo opino exactamente igual.

FIN

Si quieres enterarte de mis novedades y conocer todas mis novelas, puedes seguirme en [Facebook](#) o [Instagram](#).

~OLIVIA KISS~